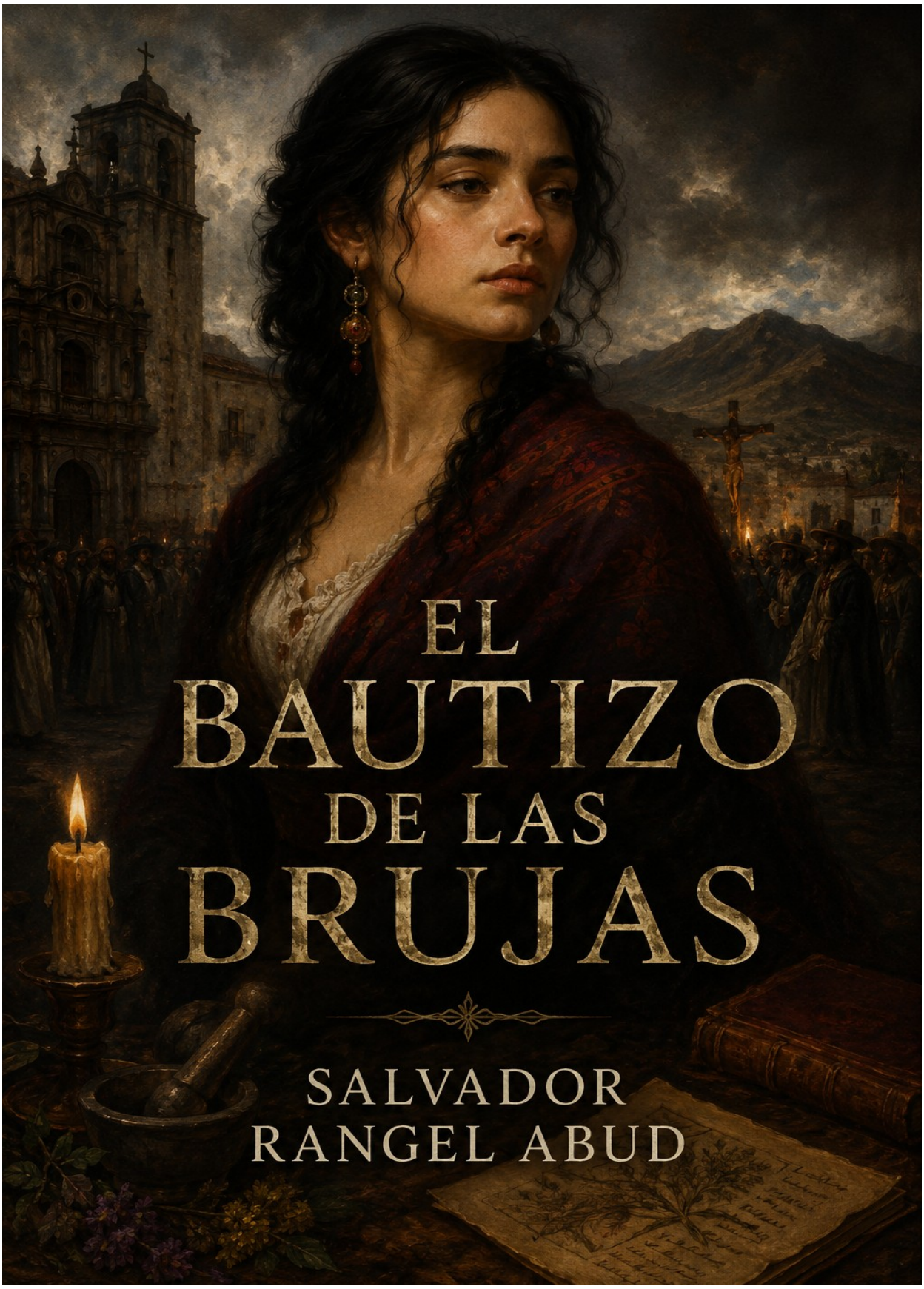
EL
BAUTIZO
DE LAS
BRUJAS
SALVADOR
RANGEL ABUD

EL BAUTIZO DE LAS BRUJAS

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Las campanas comenzaron a sonar antes del amanecer, cuando la niebla todavía cubría las calles empedradas de San Jerónimo de los Altos y el pueblo entero despertaba con la sensación de que algo irreversible estaba por ocurrir. En el centro de la plaza, una tarima esperaba vacía. La leña estaba lista. El miedo también.

Macaria Arriozábal Xólotl, hija de una curandera indígena y de un aristócrata novohispano muerto en circunstancias oscuras, ha crecido marcada por un doble estigma: demasiado mestiza para unos, demasiado inteligente para otros. Heredera del conocimiento herbolario de su madre Ixchel, Macaria aprende desde niña a leer los silencios, las culpas y las mentiras de quienes acuden de noche a pedir ayuda mientras la condenan de día desde el púlpito y el cabildo.

Pero en San Jerónimo de los Altos el verdadero peligro nunca fue la brujería. Fue el conocimiento. Fue la memoria. Fue saber demasiado sobre los hombres que gobiernan el pueblo y sobre los secretos que necesitan enterrar para conservar el poder.

El bautizo de las brujas es una novela histórica y psicológica ambientada en el altiplano novohispano mexicano, donde la superstición funciona como instrumento político y donde una mujer termina convertida en monstruo no por lo que hizo, sino por lo que otros necesitaban que representara.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene violencia psicológica, persecución institucional, fanatismo religioso, manipulación política, discriminación racial y de género, referencias a tortura inquisitorial, muerte, abuso de poder y dinámicas de exclusión social propias del periodo colonial novohispano.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctor en ciencias, además de escritor. Su obra literaria explora géneros diversos que abarcan la novela histórica, el thriller psicológico, la sátira política, la ciencia ficción de base científica y la ficción especulativa mexicana.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: El bautizo de las brujas

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Thriller histórico / Novela psicológica histórica / Drama inquisitorial mexicano

Extensión: Novela larga

Estructura: Prólogo + 15 capítulos + Epílogo

Ambientación: Altiplano novohispano mexicano

Idioma: Español

Año de publicación: 2026

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta histórica y humana: ¿cuántas mujeres fueron convertidas en “brujas” simplemente porque poseían conocimiento, independencia o la capacidad de ver aquello que los poderosos necesitaban mantener oculto?

Aunque ambientada en un pueblo ficticio del México novohispano, la historia refleja mecanismos reales de persecución social, manipulación religiosa y construcción colectiva del miedo que han existido en múltiples épocas y sociedades.

El bautizo de las brujas no trata sobre magia sobrenatural. Trata sobre algo mucho más humano y peligroso: la necesidad que tienen algunas sociedades de fabricar culpables para preservar sus jerarquías.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

México novohispano · inquisición social · brujería · novela histórica · thriller psicológico · curanderismo · altiplano mexicano · fanatismo religioso · mestizaje · poder colonial · violencia institucional · novela mexicana · superstición · mujeres perseguidas · memoria histórica

---

TEMAS PRINCIPALES

La novela explora la fabricación social del enemigo como mecanismo de control político y religioso. A través de la historia de Macaria Arriozábal Xólotl y de su madre Ixchel, El bautizo de las brujas examina el miedo colectivo como herramienta de poder, la persecución del conocimiento femenino, el conflicto entre medicina tradicional y autoridad eclesiástica, el peso de la sangre y el apellido en el sistema colonial, y la violencia psicológica ejercida por comunidades enteras sobre quienes resultan diferentes.

La obra también aborda el mestizaje como condena social en una estructura obsesionada con la pureza de origen, así como la hipocresía de una sociedad que busca ayuda en secreto de las mismas personas que condena públicamente.

CITAS DESTACADAS

“Cuando el miedo ha sido autorizado por Dios, ir a verlo no requiere explicación.”

“No era bruja. Eso conviene dejarlo dicho desde el principio, aunque la novela entera sea la demostración de que esa aclaración no le importó nunca a nadie.”

“Las personas rara vez dicen lo que quieren. Dicen lo que creen que deben decir.”

“La verdad y el momento de decirla son dos cosas distintas.”

“Lo peligroso no era la magia. Lo peligroso era saber demasiado.”

COMPARACIONES LITERARIAS

Umberto Eco (El nombre de la rosa): por la relación entre conocimiento, religión y poder institucional.

Rosario Castellanos (Balún Canán): por la tensión entre herencia indígena, violencia estructural y jerarquías sociales mexicanas.

Juan Rulfo (Pedro Páramo): por la atmósfera rural suspendida entre memoria, culpa y mito colectivo.

Arthur Miller (Las brujas de Salem): por la construcción política de la histeria social y la persecución moral.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿Hasta qué punto el miedo colectivo necesita siempre un enemigo visible para sostener el orden social?

¿Macaria es perseguida por lo que sabe, por lo que representa o por ambas cosas al mismo tiempo?

¿Por qué las comunidades suelen recurrir en secreto a las mismas personas que condenan públicamente?

¿Qué papel juega la religión en la novela: fe auténtica, instrumento político o ambas?

¿La verdadera “brujería” de Macaria consiste en conocimiento, inteligencia, independencia o simple diferencia?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA:
Rangel Abud, S. (2026). El bautizo de las brujas. Internet Archive. https://archive.org

MLA:
Rangel Abud, Salvador. El bautizo de las brujas. Internet Archive, 2026.

Chicago:
Rangel Abud, Salvador. El bautizo de las brujas. Internet Archive, 2026.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de numerosas novelas y obras de ficción en géneros diversos, incluyendo thriller científico, sátira política, drama psicológico, ciencia ficción de base científica, novela histórica, comedia negra y ficción especulativa mexicana.

Sus obras exploran recurrentemente temas como el poder institucional, la desigualdad, la manipulación colectiva, la ciencia, la identidad mexicana y la tensión entre progreso y corrupción social.

Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

Durante siglos, muchas mujeres fueron llamadas brujas simplemente porque entendían demasiado bien el dolor humano, porque conocían remedios que otros ignoraban o porque se negaban a ocupar el lugar de obediencia que la sociedad les había reservado.

El bautizo de las brujas intenta recordar que el verdadero horror histórico rara vez provino de poderes sobrenaturales. Provino de comunidades enteras convencidas de que destruir a alguien era necesario para sentirse seguras.

Y quizá esa forma de miedo nunca desapareció del todo.

ÍNDICE

PRÓLOGO: El bautizo de las brujas
CAPÍTULO 1: La hija de Ixchel
CAPÍTULO 2: Macaria Arriozábal Xólotl
CAPÍTULO 3: Los que consultan de noche
CAPÍTULO 4: La muerte de Ixchel
CAPÍTULO 5: La niña del barranco
CAPÍTULO 6: El olor de la mentira
CAPÍTULO 7: El expediente de las sombras
CAPÍTULO 8: La casa del conde muerto
CAPÍTULO 9: La confesión de Jacinta
CAPÍTULO 10: El bautizo oscuro
CAPÍTULO 11: La carta de Leonor
CAPÍTULO 12: La sangre de los Arriozábal
CAPÍTULO 13: El juicio de las campanas
CAPÍTULO 14: Las mujeres del manantial

CAPÍTULO 15: La noche sin hoguera
EPÍLOGO: La leyenda de Macaria Xólotl

PRÓLOGO

El bautizo de las brujas

San Jerónimo de los Altos, altiplano novohispano. Madrugada.

Dicen que aquella mañana los perros no ladraron.

Dicen que el viento no soplaba hacia el monte sino hacia la iglesia, como si algo en el aire hubiera cambiado de dirección durante la noche y nadie hubiera notado el momento exacto en que ocurrió. Dicen que los niños despertaron llorando antes de que sonara la primera campana, y que las madres los callaron con una prisa que no era solo desvelo sino miedo, el miedo específico de quien sabe que ese día el pueblo va a hacer algo que no podrá deshacerse después.

Lo que sí puede decirse sin leyenda, con la sobriedad de quien recuerda lo que sus ojos vieron y no lo que el tiempo fue agregando alrededor, es que las campanas comenzaron a las tres de la madrugada y que su sonido no era el de los domingos ni el de las fiestas patronales. Era un sonido más lento, más pesado, el que produce el metal cuando quien hala la cuerda no celebra sino convoca. Y el pueblo entero, desde las casas blancas de cal hasta los jacales de adobe y palma que subían por la ladera del cerro del Tejocote, escuchó ese sonido y supo sin que nadie tuviera que explicarle nada que hoy no era un día ordinario.

Las puertas se cerraron antes de abrirse.

Eso es lo primero que conviene entender de San Jerónimo de los Altos: que su gente aprendió desde hace mucho tiempo a mirar sin dejarse ver. Las ventanas de madera se entornaron con cuidado, lo suficiente para que el ojo cupiera en la rendija pero no lo suficiente para que la rendija fuera visible desde la calle. Las mujeres se pusieron el rebozo por encima de la cabeza y los hombres tomaron el sombrero del clavo junto a la puerta y lo bajaron

sobre los ojos, y nadie le dijo a nadie que iba a la plaza porque no era necesario decirlo. Todos iban a la plaza. Cuando el miedo ha sido autorizado por Dios, ir a verlo no requiere explicación.

La niebla bajaba desde los cerros como siempre en las madrugadas de ese altiplano, cubriendo las calles empedradas y los techos húmedos y los muros blancos donde los años habían dibujado manchas de humedad que algunos interpretaban como signos y otros como lo que eran: agua que encuentra las grietas porque el agua siempre encuentra las grietas. Esa mañana la niebla era más densa que de costumbre, o así lo recuerdan quienes estuvieron, aunque es probable que la densidad pertenezca más al recuerdo que a la niebla misma.

En el centro de la plaza se levantaba una tarima de madera.

Todavía sin fuego. Todavía sin reo. Pero ya con toda la geometría del castigo instalada: los postes, las cuerdas, la pila de leña a los lados que alguien había apilado con la meticulosidad de quien hace bien su oficio porque su oficio no le da vergüenza. La tarima olía a madera verde y a algo más que nadie habría sabido nombrar con exactitud. Quizás era el olor del miedo acumulado, que también tiene olor aunque los libros de filosofía no lo consignen.

Nadie decía todavía el nombre de Macaria Arriozábal Xólotl.

Pero todos lo pensaban. Se pensaba en ese pueblo de la manera en que se piensan las cosas peligrosas: en silencio, con los labios apretados, como si pronunciarlo pudiera convocarla antes de tiempo o traer sobre uno la misma sombra que ya cubría a ella. Macaria Arriozábal Xólotl. El nombre tenía dos apellidos que no debían estar juntos, uno de conde y otro de india, y esa juntura imposible era ya en sí misma una acusación para quienes creían que el orden del mundo era también el orden de los nombres.

Frente al atrio de la iglesia esperaba fray Anselmo de la Cruz.

Era un hombre de cincuenta años, delgado hasta la severidad, con el hábito marrón de su orden y un crucifijo de madera oscura que sostenía con las dos manos a la altura del pecho, no como quien ora sino como quien se protege. Fray Anselmo no era necesariamente un hombre perverso. Había llegado a San Jerónimo de los Altos dos décadas atrás con la convicción genuina de que el demonio entraba por las grietas de la duda, y dos décadas de sermones, confesiones, exorcismos menores y disputas con curanderas habían afilado esa convicción hasta convertirla en algo más parecido a un filo que a una creencia. Esa mañana sostenía el crucifijo con la rigidez de quien no va a salvar un alma sino a no perder dominio sobre los vivos.

—¿Cuánto falta? —dijo en voz baja, sin dirigirse a nadie en particular.

—Pronto —respondió a su lado don Baltasar de Echeverría.

Don Baltasar era el alcalde mayor de San Jerónimo, un hombre de cuarenta y cinco años con la corpulencia de quien come bien y duerme con la conciencia tranquila que da el poder, cuando el poder es suficientemente

grande para no dejar espacio a la duda. Esa mañana vestía ropa oscura, casi de luto, que era la elección de alguien que ha calculado cómo debe verse el dolor sin haberlo sentido demasiado. Tenía la mano derecha envuelta en un trapo oscuro, una herida reciente que no había explicado a nadie y que nadie, en presencia de don Baltasar, se atrevía a preguntar.

—Que nadie se acerque a la tarima hasta que yo lo indique —dijo don Baltasar, también en voz baja, con el tono de quien da instrucciones que no necesitan ser repetidas porque no existe la posibilidad de que no sean obedecidas.

Fray Anselmo asintió sin mirarlo.

A espaldas de ambos, casi invisible en la penumbra del atrio, permanecía inmóvil un tercer hombre. Nadie del pueblo lo conocía por nombre. Había llegado dos días antes con un caballo de viaje y una carta sellada que no mostró a nadie, y desde entonces habitaba la posada con la discreción de quien está acostumbrado a presenciar cosas sin ser recordado. Tenía unos sesenta años, rasgos cerrados, ropa de calidad discreta, y una manera de observar la plaza que no era la del curioso ni la del funcionario sino la del hombre que ya sabe cómo va a terminar lo que todavía no ha comenzado. Era el emisario del marqués de Santillana, aunque ese nombre tampoco se pronunciaba en voz alta en San Jerónimo de los Altos, por razones que la novela irá revelando con la paciencia que los secretos antiguos requieren.

La multitud crecía. Llegaban de las calles laterales, en grupos de dos o tres, con el paso apresurado de quien no quiere parecer que tiene prisa. Las mujeres rezaban en voz baja. Los hombres miraban la tarima con una atención que tenía algo de hambre y algo de vergüenza, mezcladas en la proporción exacta que produce el espectáculo público del castigo. Los niños que lograron escapar de los brazos de sus madres corrían entre las faldas de los adultos con esa alegría impropia de los niños que todavía no saben qué tipo de fiesta es la que los rodea.

—¿La trajeron ya? —preguntó una mujer a otra.

—Dicen que viene.

—¿Sola?

—¿Quién se acerca a esa?

El murmullo recorrió la plaza como recorren las cosas que todos saben pero nadie quiere ser el primero en decir. Macaria Arriozábal Xólotl. Hija de la bruja Ixchel Xólotl, que murió hacía ya algunos años sin que la Iglesia le permitiera tierra bendita. Nieta de nadie que el pueblo quisiera recordar, pero biznieta, por la parte del padre, de una familia de condes cuyo apellido ella llevaba como una piedra al cuello: el Arriozábal que nadie le quería reconocer y que nadie tampoco podía quitarle del todo, porque los apellidos son más difíciles de borrar que las personas.

Fray Anselmo levantó una mano y la multitud fue callándose por secciones, como se apagan las velas en una habitación: una, luego otra, luego otra,

hasta que el silencio fue casi completo y solo quedó el sonido de la niebla moviéndose entre las calles y el crujido de la leña apilada al lado de la tarima.

—Esta mañana —dijo el sacerdote, con la voz que había usado durante veinte años para llenar espacios que el miedo dejaba vacíos—, esta mañana San Jerónimo de los Altos va a limpiar lo que el demonio manchó. No con odio. No con venganza. Con la obediencia que debemos a Dios y con la misericordia que Dios tiene para con los que reconocen su pecado.

Nadie respondió. Pero varios hombres se persignaron, y ese movimiento colectivo, esa mano que sube desde el pecho hasta la frente y baja de nuevo, tenía algo de alivio: la sensación de que si uno se persignaba con suficiente convicción quedaba del lado correcto de lo que iba a ocurrir.

Don Baltasar miró hacia la entrada de la calle del Tejocote.

El emisario del marqués de Santillana no se movió. Solo sus ojos recorrieron la plaza con la atención metódica de quien está verificando que todo está en su lugar. Y todo estaba en su lugar: la tarima, la leña, la gente, el sacerdote, el alcalde. Solo faltaba ella.

Entonces alguien gritó desde el fondo de la plaza: —¡Ahí viene!

La multitud se abrió. No de golpe, no con dramatismo, sino con el movimiento gradual de un cuerpo de agua que se aparta para dejar pasar algo que no puede detener. Se abrió hacia los lados y quedó un pasillo de piedra mojada y niebla baja por el que empezaron a escucharse pasos.

Pasos lentos. Seguros. Sin cadenas, aunque varios en la multitud habían esperado escucharlas. Solo el sonido de unas botas sobre la piedra húmeda de la madrugada.

Fray Anselmo apretó el crucifijo.

Don Baltasar no parpadeó.

El emisario del marqués de Santillana movió levemente la mandíbula, el único gesto que se permitió en toda esa mañana.

Y entre la niebla, avanzando por el pasillo que el miedo había abierto, apareció la figura de una mujer.

Aquí termina lo que el prólogo puede decir. Aquí comienza la historia de cómo llegó esa mujer a convertirse en el centro del miedo de todo un pueblo, y de por qué ese miedo nunca tuvo que ver con la brujería.

CAPÍTULO 1

La hija de Ixchel

San Jerónimo de los Altos. Años atrás.

El manantial nunca se secaba.

En los años de sequía, cuando el monte se ponía amarillo desde las lomas hasta el fondo de las barrancas y los animales bajaban al pueblo buscando

agua en los bebederos de los corrales, el manantial de Ixchel Xólotl seguía brotando con la misma insistencia tranquila de siempre, como si el agua que lo alimentaba viniera de un lugar más profundo que los mismos cerros, de algún sitio donde las estaciones no mandaban. Los hombres de San Jerónimo de los Altos atribuían esa permanencia a razones que preferían no examinar demasiado. Las mujeres, en cambio, lo atribuían a Ixchel, y en esto último no había necesariamente superstición: había la observación práctica de que donde vivía esa mujer el agua no faltaba y los remedios funcionaban, y en una tierra dura como esa, eso bastaba.

La casa de Ixchel estaba apartada del pueblo. No tanto como para que fuera incómodo llegar, pero sí lo suficiente para que quien llegara tuviera que hacer el camino con intención, sin la excusa de que pasaba por allí de casualidad. Era una casa de adobe, baja, con el techo de teja roja que el tiempo había oscurecido, rodeada de un huerto donde crecían plantas que en otros patios no crecerían: epazote, ruda, gordolobo, yerba santa, toloache cuidado con la distancia que merecen las cosas que curan en pequeña dosis y matan en grande, un árbol de pirul viejo cuyas ramas bajaban hasta casi tocar el suelo y que los niños del pueblo llamaban el árbol de la bruja, aunque en el pueblo había varios árboles de pirul y a ningún otro se le decía así.

Ixchel Xólotl tenía alrededor de cuarenta años en los tiempos en que esta historia comienza, aunque la edad era en ella una cuestión difícil de precisar porque el tiempo no parecía desgastarla de la manera habitual. Era una mujer de estatura media, piel oscura, cabello largo que recogía con un mecate de fibra de maguey, y unos ojos negros que la gente describía de maneras distintas según hubiera salido bien o mal de la consulta. Los que salían bien decían que tenía ojos de lechuza, lo cual en ese altiplano era elogio. Los que salían mal decían que tenía ojos de perro negro, lo cual no lo era.

No era bruja. Eso conviene decirlo desde el principio, aunque la novela entera sea la demostración de que esa aclaración no le importó nunca a nadie.

Lo que era, en cambio, resultaba más difícil de explicar con las palabras que ese siglo tenía disponibles. Era una mujer que miraba. Una mujer que escuchaba. Una mujer que había aprendido de otras mujeres anteriores a leer en el cuerpo humano señales que el cuerpo humano produce constantemente sin que sus dueños se den cuenta: el color de las uñas, el modo de sostener la mandíbula, la respiración que se acelera cuando se miente, el temblor casi imperceptible que produce el miedo antes de que el miedo llegue a la cara, la manera en que los ojos buscan la salida de la habitación cuando alguien siente culpa. Conocía hierbas, raíces, infusiones y cataplasmas. Conocía partos difíciles. Conocía fiebre, tristeza profunda, mordida de alacrán, mal de ojo entendido como estrés severo en un niño, y la diferencia entre la tos que mata y la tos que pasa.

Pero sobre todo conocía a las personas.

Y eso, en San Jerónimo de los Altos, era lo que realmente asustaba.

Acudían a ella de noche, con la cara cubierta, usando el camino del cerro para no ser vistos desde la calle principal. Llegaban mujeres embarazadas con miedo a parir, niños con fiebres que el médico no había podido bajar, hombres con dolores que no sabían explicar, muchachas desesperadas por amores que les estaban destruyendo la salud. Llegaban también, y esto era lo que nadie admitía, personas con apellido: criollos respetables que de día le decían a sus conocidos que la india del manantial era una supersticiosa peligrosa, y de noche llegaban con el sombrero en la mano y la voz baja a pedirle que los ayudara con alguna cosa que el médico no podía resolver porque no era enfermedad del cuerpo sino enfermedad de la conciencia.

Ixchel los recibía a todos. No hacía distinción de sangre, aunque sí hacía distinción de honestidad. A quien llegaba fingiendo que consultaba por otro cuando en realidad consultaba por sí mismo, se lo decía de frente. A quien llegaba con dinero que no podía permitirse gastar, le devolvía la mitad. A quien llegaba con mentiras demasiado elaboradas, le respondía con silencios que eran más eficaces que cualquier argumento.

Fue en ese contexto, una tarde de primavera con el olor del copal todavía flotando en el cuarto de las hierbas, cuando llegó a la casa un muchacho de dieciséis o diecisiete años con un papel doblado en la mano y la expresión de quien ha sido enviado a hacer algo que no le convence.

Se llamaba Tomás de Arévalo. Era hijo natural de un funcionario menor del cabildo, lo cual significaba que tenía acceso a los papeles del poder sin tener acceso al poder mismo, posición que había aprendido a manejar con la cautela de quien sabe que no puede equivocarse porque no tiene quién lo respalde. Llevaba pocos meses como aprendiz del escribano principal y ya había descubierto que buena parte de su trabajo consistía en hacer cosas que sus superiores no querían firmar con su nombre.

—Busco a la señora Ixchel —dijo desde el umbral, porque había algo en el interior del cuarto que no lo invitaba a entrar sin permiso.

Ixchel lo miró desde donde estaba, sentada frente a una mesa con un mortero y un manojo de ruda entre las manos.

—Ya la encontró —dijo.

Tomás extendió el papel.

—Traigo un aviso del cabildo.

—¿Del cabildo o del señor Landeros?

El muchacho vaciló. El señor Landeros era el alcalde subalterno que le había encargado el recado, cuyo nombre no aparecía en ninguna parte del documento.

—Del cabildo —repitió.

Ixchel no tomó el papel. Lo miró desde la distancia con la atención que ponía en todas las cosas.

—Ese papel tiene un error de fecha —dijo—. El señor Landeros lo sabe, pero prefiere que sea usted quien reciba la vergüenza de entregarlo. Vuelva al despacho y revise la firma del mes. Dice marzo. Debería decir abril. Con esa discrepancia el procedimiento no tiene validez y cualquier juez lo anulará en el primer trámite.

Tomás la miró sin saber qué decir.

—¿Cómo sabe usted—?

—Porque los avisos de desalojo tienen una fecha de vigencia que debe coincidir con el registro del mes en curso —dijo Ixchel, con la paciencia de quien explica algo evidente a alguien que todavía no ha tenido tiempo de aprenderlo todo—. Y porque el señor Landeros tiene el hábito de firmar papeles del mes anterior cuando tiene prisa. No es la primera vez que manda a un muchacho a hacer el trabajo que él no quiere hacer mal.

Tomás bajó el papel. Lo dobló de nuevo despacio, con el movimiento de quien necesita tiempo para recalibrar lo que acaba de ocurrir.

—¿Y qué le digo?

—La verdad —dijo Ixchel—. Aunque eso probablemente no le convenga a ninguno de los dos.

El muchacho se fue. Y Ixchel volvió al mortero y al manojo de ruda y no pensó más en él, porque tenía mucho trabajo y porque los recados del cabildo rara vez anunciaban nada que valiera la pena recordar.

Sin embargo Tomás de Arévalo sí pensó en ella durante el trayecto de regreso. Pensó en ella con esa mezcla específica de desconcierto y reconocimiento que produce en los jóvenes el primer encuentro con alguien que ve más de lo que debería poder ver. Regresó al despacho, revisó el papel, encontró el error exactamente donde la mujer del manantial había dicho que estaba, y pasó el resto de la tarde con la sensación incómoda de que había formas de saber que no cabían en ningún formulario del cabildo.

Eso ocurrió en primavera.

Antes de que llegara el verano, la vida de Ixchel cambió de una manera que ella no había previsto, lo cual era en sí misma una ironía que el pueblo habría encontrado satisfactoria si hubiera podido saberla: la mujer que veía lo que otros no veían no vio lo que le venía encima.

Don Alonso Arriozábal llegó a San Jerónimo de los Altos a mediados de junio, enviado por su familia desde la ciudad para resolver una disputa de tierras que llevaba años en los juzgados. Tenía veintiséis años, era el segundo hijo varón de un conde de poca hacienda pero mucho apellido, y cargaba con la seguridad descuidada de quien creció sin que nadie le dijera que no a ninguna cosa importante. Era guapo con la facilidad de los hombres que no han tenido que ganarse nada, alto, de ropas buenas aunque no extravagantes, con una voz que usaba para dar órdenes sin darle a las órdenes el tono de exigencia, porque los hombres de su clase habían

aprendido que el poder más cómodo es el que no necesita demostrar que es poder.

Escuchó hablar de Ixchel en la posada, la segunda noche.

—¿Y dice usted que adivina? —le preguntó al posadero con una sonrisa que era a medias curiosidad y a medias burla.

—Dice lo que ve —respondió el posadero, que era hombre prudente y no quería entrar en definiciones.

—¿Y qué ve?

—Lo que la gente trae encima sin saber que lo trae.

Don Alonso sonrió de nuevo. Era el tipo de sonrisa que producen los hombres cuando creen que van a ganar algo fácilmente.

Llegó a la casa de Ixchel una mañana, sin el sombrero inclinado sobre la cara que usaban los demás visitantes, sin la prisa de quien no quiere ser reconocido. Llegó de día, con su ropa de viaje, como quien va a ver un espectáculo que le han recomendado.

Ixchel lo recibió en el cuarto de afuera. Lo miró una sola vez, de arriba abajo, con la brevedad de quien no necesita más tiempo.

—Siéntese —dijo.

Don Alonso se sentó con la facilidad del que está acostumbrado a que le ofrezcan asiento. Cruzó los brazos y la miró con la expresión de quien espera ser impresionado y tiene pocas esperanzas de que eso ocurra.

—Me dijeron que usted sabe cosas —dijo.

—Todo el mundo sabe cosas —dijo Ixchel—. La pregunta es cuáles.

—Las mías.

—Las suyas. —Ixchel lo observó durante un momento que duró exactamente lo que necesitaba durar—. Tiene una deuda de juego que no ha pagado. No por falta de dinero, sino porque cree que el hombre al que le debe no se atreverá a cobrársela públicamente. Se equivoca. Ese hombre ya habló con alguien. Y el alguien ya habló con otro. En menos de dos meses, lo que usted considera un asunto privado será del dominio de personas que le importan.

Don Alonso dejó de sonreír.

—¿Quién le dijo eso?

—Nadie —dijo Ixchel—. ¿Quién tendría que habérselo dicho?

Él no respondió. Descruzó los brazos despacio, con el movimiento de quien acaba de darse cuenta de que la postura que traía era la equivocada.

—¿Y qué más ve?

—Que teme más a la vergüenza que a la muerte —dijo Ixchel—. Que el asunto de tierras que lo trajo aquí no es el único asunto que lo trajo aquí. Y que la persona que más le importa en este momento no está en este pueblo

ni en esta ciudad sino en un lugar que usted no quiere nombrar porque nombrarlo hace que la distancia sea real.

Don Alonso la miró durante un momento largo.

Cuando se fue, esa primera mañana, dejó sobre la mesa más dinero del que Ixchel había pedido, que era ninguno. Ella lo dejó ahí un rato antes de guardarlo, porque aceptar dinero de hombres como ese requería decidir primero cuánto de ese dinero era pago y cuánto era otra cosa disfrazada de pago.

Volvió al día siguiente. Y al otro.

La relación entre Ixchel y don Alonso Arriozábal fue breve, secreta y desigual en todas las formas en que ese tipo de relaciones son siempre desiguales: él tenía apellido, dinero y la protección invisible del mundo que lo había formado; ella tenía la casa del manantial, el conocimiento de las plantas y la inteligencia que nadie con poder le reconocería nunca. Que se atrajeron el uno al otro no necesita ser explicado con más detalle del que la vida suele usar para explicar estas cosas: a veces dos personas distintas se reconocen en algo que no tiene que ver con el mundo que las rodea, y por un tiempo breve ese reconocimiento pesa más que todo lo demás.

Pero el tiempo breve terminó, como siempre termina.

Don Alonso fue llamado de regreso a la ciudad por sus acreedores, que resultaron ser más impacientes de lo que él había calculado. Partió una mañana de agosto con las alforjas llenas y la promesa vaga de volver, que era el tipo de promesa que los hombres de su clase hacían con sinceridad en el momento de decirla porque en ese momento todavía no sabían que no iban a cumplirla.

Ixchel no lo detuvo. No era su estilo detener a nadie.

Tres meses después llegó la noticia de la muerte de don Alonso. La trajo un arriero de paso, entre otras noticias, con la indiferencia de los mensajeros que no saben el peso de lo que cargan. Don Alonso Arriozábal había muerto en duelo con el marqués de Santillana, a causa de una deuda de juego que al final sí se cobró de la manera en que las deudas de ese tipo se cobraban entre hombres de ese mundo: con pistola, a las seis de la mañana, en un descampado fuera de la ciudad.

Ixchel escuchó la noticia sin cambiar la expresión.

Esa noche, sin embargo, cuando el pueblo dormía y el manantial seguía brotando en la oscuridad con su insistencia tranquila, salió al huerto y permaneció de pie junto al árbol de pirul durante un tiempo que nadie midió porque nadie estaba despierto para medirlo. Y se tocó el vientre con las dos manos, despacio, con un gesto que no era todavía alegría ni todavía dolor sino algo anterior a ambos: la comprensión de que una cosa había terminado y otra había comenzado sin que ella pudiera hacer nada para separarlas.

La criatura que llevaba adentro tendría dos apellidos que no debían estar juntos.

Y ese sería el primero de sus problemas.

CAPÍTULO 2

Macaria Arriozábal Xólotl

San Jerónimo de los Altos. Los años de la infancia.

Macaria nació en noviembre, en plena lluvia, cuando el manantial estaba tan crecido que el sonido del agua podía escucharse desde adentro de la casa. Ixchel la trajo al mundo sola, como había traído al mundo a docenas de criaturas ajenas, con la eficiencia tranquila de quien conoce ese proceso desde sus partes más oscuras y sabe que el miedo, en esos momentos, es el único enemigo que no tiene cura de hierbas.

Nadie del pueblo vino a ver a la recién nacida. No hubo vecinas con tortillas calientes, no hubo comadres con consejos, no hubo el ritual de visitas que en San Jerónimo de los Altos marcaba el nacimiento de cualquier criatura cuya madre tuviera apellido reconocible o marido que la respaldara. Ixchel no tenía ninguna de las dos cosas, y el mundo del pueblo supo administrar esa ausencia con la misma eficiencia con que administraba todas las exclusiones: sin decir nada, sin hacer nada, dejando simplemente que la distancia hablara por sí sola.

Así que Macaria llegó al mundo acompañada solo del agua y del viento, que era quizás la mejor compañía disponible para alguien que iba a pasar la vida entera siendo demasiado para algunos y demasiado poco para otros.

Desde muy pequeña fue evidente que no era como las demás criaturas del pueblo. No porque hiciera cosas imposibles, sino porque hacía lo posible con una atención que incomodaba. Aprendió a hablar tarde, quizás porque antes prefería mirar. Cuando finalmente habló, sus palabras tenían la precisión de quien lleva tiempo seleccionándolas en silencio antes de usarlas. A los cuatro años le dijo a una vecina que su gallina iba a morir antes del domingo. La gallina murió el sábado. La vecina nunca volvió a acercarse a la casa del manantial.

—No digas lo que ves si no te preguntan —le dijo Ixchel aquella tarde, mientras molía en el metate con movimientos largos y regulares.

—Pero era verdad —dijo Macaria.

—La verdad y el momento de decirla son dos cosas distintas, hija.

—¿Cómo sé cuál es el momento?

Ixchel levantó los ojos del metate y la miró durante un segundo.

—Cuando te pregunten —dijo—. Y a veces ni entonces.

Esa lección Macaria la aprendió a medias, que era la única manera en que las lecciones importantes se aprenden: suficiente para entenderla, insuficiente para obedecerla siempre.

Heredó de su madre el don de la observación y de su padre la apariencia que nadie esperaba. Tenía la piel más clara que Ixchel, las facciones de alguien cuyo linaje no era exclusivamente indígena, y unos ojos oscuros con una intensidad que resultaba difícil de sostener durante mucho tiempo. Esa combinación producía en la gente del pueblo una incomodidad doble: no era india del todo ni criolla del todo, y en un mundo organizado alrededor de la pureza de la sangre, esa ambigüedad era en sí misma una ofensa. Las mujeres indígenas la veían demasiado blanca. Las familias criollas la veían manchada por la sangre de Ixchel. Los hombres del cabildo la miraban con el tipo de atención que tiene más de cálculo que de reconocimiento.

Algunos niños del pueblo la llamaban *condesita*, burlándose del apellido Arriozábal que nadie le quería reconocer formalmente pero que tampoco podía borrarse del acta de bautismo donde Ixchel lo había inscrito con la decisión tranquila de quien ejerce el único derecho que nadie puede quitarle: nombrar a su hija. Otros niños la llamaban *la brujita*, que era la herencia que sí le reconocían. Macaria no respondía a ninguno de los dos apodos. Se acostumbró temprano a que su nombre completo fuera una rareza en la boca de los demás, y esa costumbre le fue formando el carácter con la paciencia de la piedra que el agua trabaja sin descanso: hacia adentro, hacia adentro, hasta volverse algo más duro y más liso que lo que era antes.

Ixchel la educó en el conocimiento de las plantas, pero sobre todo en el conocimiento de los seres humanos, que era lo que en realidad les daba de comer y les daba sentido.

—Las personas rara vez dicen lo que quieren —le enseñaba mientras caminaban por el monte recogiendo hierbas, con la canasta al brazo y el sol todavía bajo—. Dicen lo que creen que deben decir, o lo que creen que el otro quiere escuchar, o lo que tienen miedo de no decir. Lo que quieren de verdad está en otra parte.

—¿Dónde? —preguntaba Macaria.

—En cómo respiran cuando mencionan el nombre de alguien. En si te miran cuando hablan del dinero o miran al suelo. En si sus manos están quietas o hacen algo mientras hablan. En lo que no dicen cuando dejan de hablar.

—¿Y si lo que no dicen es lo más importante?

—Siempre lo es —dijo Ixchel—. Por eso nosotras escuchamos lo que callan.

Esas caminatas por el monte eran las horas más largas e importantes de la educación de Macaria. Ixchel le enseñaba el nombre de las plantas y sus propiedades, pero también le enseñaba a leer el monte mismo: dónde crecía qué cosa y por qué, qué animales indicaban qué condiciones de suelo o de agua, cómo era diferente el olor del aire antes de la lluvia y antes de la sequía. Era una lectura del mundo que no venía de los libros sino de generaciones de mujeres que habían necesitado entender su entorno para sobrevivir en él, y que habían transmitido ese entendimiento de la única manera posible: caminando y hablando.

—No adivinamos, hija —le dijo Ixchel una tarde, cuando Macaria tenía unos ocho años y acababa de asombrar a una mujer del pueblo con una observación demasiado precisa sobre su estado de ánimo—. Solo miramos donde otros no miran.

Era la frase más importante que Ixchel le diría en toda su vida, aunque en ese momento ninguna de las dos lo sabía todavía.

Fue alrededor de los diez años cuando Macaria tuvo el primero de sus choques directos con la autoridad religiosa del pueblo. Fray Anselmo llevaba ya varios años predicando contra las mujeres que cambiaban el agua bendita por cocimientos de monte, sin nombrar nunca a Ixchel directamente pero con la claridad de quien sabe que sus feligreses distinguen sin problema entre la alusión y el nombre. Ese domingo en particular, el sacerdote habló con especial dureza sobre los *bautizos del demonio*, la expresión que usaba para describir a las mujeres marcadas por soberbia, sangre impura y desobediencia a la autoridad divina.

Macaria estaba sentada en la última banca de la iglesia, donde se sentaban los que tenían menos certeza sobre su derecho a estar dentro. Escuchó el sermón con la misma atención que ponía en todas las cosas. Al salir, en el atrio, se cruzó con fray Anselmo.

El sacerdote la miró. Era un niño cuando él llegó al pueblo, pero ya había crecido suficiente para que su cara resultara reconocible: la hija de Ixchel Xólotl. Los ojos que no bajaban.

—¿Estás bien, hija? —dijo el sacerdote, con una amabilidad que tenía el mismo peso que una trampa.

—Sí, padre —dijo Macaria.

—¿Entendiste el sermón de hoy?

—Sí, padre.

—¿Y qué entendiste?

Macaria lo miró durante un momento con sus ojos oscuros de intensidad difícil de sostener.

—Que hay personas a las que se les pone nombre antes de que hagan nada —dijo.

Fray Anselmo no respondió. Se alejó con el hábito recogido entre los dedos, y Macaria lo vio irse con la certeza tranquila de que esa conversación no era la última que tendrían.

Tenía razón, como tenía razón en la mayoría de las cosas que observaba. Pero la razón, ya lo estaba aprendiendo, no siempre era protección suficiente.

El verano en que Macaria cumplió once años, un niño de cuatro enfermó con una fiebre intestinal que el médico del pueblo declaró imposible de tratar. Los padres, desesperados, llegaron de noche a casa de Ixchel con la criatura envuelta en una manta. Ixchel preparó una infusión de guayaba con carbón

activado, revisó la hidratación del niño, le limpió el vientre con una preparación de epazote, y le indicó a la madre qué dar, cuándo y en qué cantidad. Macaria observó todo sin hablar, como hacía siempre cuando su madre trabajaba.

El niño sobrevivió.

El domingo siguiente, la madre agradeció públicamente en la misa a la intercesión de san Jerónimo, que era el patrono del pueblo. Fray Anselmo recibió el agradecimiento con la gravedad de quien lo merece. Nadie mencionó a Ixchel. Nadie mencionó la infusión de guayaba ni el carbón activado ni las instrucciones precisas que la madre había seguido durante cuatro noches. La salvación fue atribuida a la oración, que era gratuita, milagrosa y no dejaba deudas con nadie.

Ixchel escuchó la noticia con un cansancio que no era nuevo.

—¿Y eso no le molesta? —preguntó Macaria esa tarde, mientras ayudaba a su madre a clasificar hierbas.

—Siempre ha sido así —dijo Ixchel.

—Pero el niño no se curó con la oración.

—No. —Ixchel apartó un manojo de ruda y lo puso en el cesto de lo que ya estaba seco—. Pero la madre sí necesitaba rezar para seguir ayudando al niño. Así que las dos cosas fueron necesarias, aunque de diferente manera.

Macaria no quedó convencida, pero guardó el argumento de su madre en algún lugar de la cabeza donde guardaba las cosas que todavía no terminaba de entender.

Fue ese mismo verano cuando Tomás de Arévalo volvió.

Tenía ahora algo más de veinte años, había crecido en la altura y en el oficio, y llegó a la casa del manantial no por encargo oficial sino con la excusa delgada de que pasaba por esa parte del camino. Ixchel lo recibió con la misma cortesía con que recibía a todo el mundo y sin la pregunta de por qué había vuelto, que era la pregunta que la gente bien educada no hace porque generalmente ya sabe la respuesta.

Macaria estaba en el huerto cuando llegó. Lo miró desde la distancia con la atención que ponía en los visitantes nuevos.

—¿Es el del papel? —le preguntó a su madre en voz baja.

—El mismo —dijo Ixchel.

—¿Por qué volvió?

—Eso pregúntele a él.

Macaria no le preguntó nada. Pero lo observó durante el tiempo que duró la visita con la misma fijeza que ponía en todo lo que quería entender. Tomás hablaba con su madre sobre el pueblo, sobre los cambios en el cabildo, sobre un nuevo alcalde que había llegado desde la ciudad con ideas que no todos

compartían. Era conversación de relleno, la clase de conversación que la gente usa cuando el motivo real de la visita no tiene nombre todavía.

Antes de irse, Tomás la miró directamente por primera vez.

—¿Usted es la hija?

—Macaria —dijo ella.

—¿Cuántos años tiene?

—Once.

Tomás asintió, no con el gesto condescendiente que los adultos usan con los niños, sino con el gesto de quien está tomando nota de un dato que puede importarle después.

—¿Y también sabe lo que sabe su madre? —preguntó.

Macaria lo miró.

—Sé lo que he aprendido —dijo—. Que es diferente.

Tomás pareció considerar esa respuesta durante un momento.

—¿En qué sentido?

—Mi madre aprendió sola. Yo aprendo con ella. Eso cambia lo que se aprende, aunque sean las mismas cosas.

Tomás no supo qué responder a eso. Se fue con la expresión de quien sale de un sitio llevando más de lo que trajo, aunque no sepa todavía qué es lo que lleva.

Macaria lo vio irse desde el umbral del huerto.

—¿Volverá? —le preguntó a su madre.

—Sí —dijo Ixchel, sin levantar los ojos de las hierbas.

—¿Cómo lo sabe?

Ixchel sonrió apenas, lo suficiente para que Macaria lo viera.

—Porque tiene la cara de los que todavía no han terminado de preguntarse algo —dijo.

Los años siguientes transcurrieron con la lentitud específica de las infancias que se viven en un solo lugar: sin grandes rupturas visibles, pero con acumulaciones. Macaria creció. Aprendió más plantas, más remedios, más maneras de leer a las personas. Aprendió también las reglas invisibles del pueblo: a quién saludar y a quién evitar, qué casas no debían ser visitadas sin invitación, cuándo el silencio de la gente era miedo y cuándo era desprecio, que a veces se parecían tanto que solo la dirección de los ojos los diferenciaba.

Aprendió que su nombre completo producía reacciones distintas según quién lo escuchara. Los indígenas del pueblo escuchaban Xólotl y bajaban levemente la cabeza, en un gesto que tenía algo de reconocimiento y algo de pena. Los criollos escuchaban Arriozábal y fruncían ligeramente el ceño, con la incomodidad de quien escucha una palabra en el lugar equivocado.

Los que la conocían de toda la vida la llamaban simplemente Macaria, que era una forma de decirle que pertenecía al pueblo sin decirle que pertenecía del todo.

Fue hacia los catorce años cuando descubrió la verdad parcial de su origen.

No mediante una confesión solemne de Ixchel, que nunca fue mujer de confesiones solemnes. Sino a través de fragmentos que el tiempo fue poniendo frente a ella en el orden desordenado en que el tiempo pone las cosas: primero el medallón que encontró en la caja de madera debajo del catre de su madre, con el escudo de los Arriozábal grabado en el metal y algo que parecía el inicial de un nombre en el reverso. Luego el retrato deteriorado que encontró entre las páginas de un libro de remedios, donde un hombre joven de facciones que ella reconoció vagamente como propias miraba a la distancia con la expresión de quien todavía no sabe lo que el tiempo le tiene preparado. Y finalmente el comentario de una beata en el atrio, dicho sin pensar, en una conversación con otra mujer: *es hija del difunto Arriozábal, dicen, aunque Dios sabrá si eso es orgullo o vergüenza para la difunta.*

Esa noche, Macaria le preguntó a su madre.

No con gritos ni con lágrimas. Con la franqueza que había aprendido de Ixchel misma: una pregunta, clara, frente a frente.

—¿Era don Alonso Arriozábal mi padre?

Ixchel la miró durante un momento. Puso sobre la mesa el tazón de caldo que tenía en las manos.

—Sí —dijo.

—¿Lo supo él?

—No.

—¿Por qué no se lo dijo?

—Porque se fue antes de que hubiera algo que decir. Y porque cuando regresó la noticia de su muerte ya no había para qué.

Macaria permaneció en silencio durante un momento.

—¿Lo quería usted?

Ixchel tardó en responder. Era la pregunta que menos esperaba, y quizás la que más merecía una respuesta honesta.

—Era un hombre que podía ver más de lo que su mundo le permitía ver —dijo al fin—. Eso lo hacía interesante. También lo hacía peligroso para sí mismo.

—¿Y para nosotras?

—Ya vemos cómo.

Macaria asintió. No lloró. Pero tomó el medallón de la caja y lo puso sobre la mesa entre las dos, y lo miró durante un tiempo largo como quien mira un

objeto que debe decidir si guarda o tira, porque guardarlo tiene un costo y tirarlo tiene otro y ninguno de los dos costos es el que uno quisiera pagar.

—Me llamo Macaria Arriozábal Xólotl —dijo finalmente, con el tono de alguien que dice su nombre en voz alta para verificar que todavía le pertenece.

—Sí —dijo Ixchel.

—Y ese nombre nadie me lo va a quitar.

—No —dijo Ixchel—. Ese no.

Afuera, el manantial seguía brotando con su insistencia tranquila, como siempre, como si no hubiera nada en el mundo capaz de detenerlo. Y Macaria Arriozábal Xólotl guardó el medallón en el bolsillo de la falda y siguió cenando, porque esa noche había caldo de verdura y el caldo se enfriaba si se dejaba demasiado tiempo sobre la mesa.

CAPÍTULO 3

Los que consultan de noche

San Jerónimo de los Altos. Los años de la adolescencia.

Las visitas nocturnas comenzaban siempre igual: un golpe suave en la puerta, dos veces, con el intervalo específico que Ixchel había establecido hacía años para distinguir a quien venía por necesidad genuina de quien venía por curiosidad o por malicia. Luego pasos en el corredor, el crujido del banco de madera frente a la mesa de las hierbas, y el silencio de quien ha llegado cargando algo que no sabe cómo empezar a decir.

Macaria aprendió a despertar con ese golpe antes de que su madre se moviera. Aprendió a reconocer, por el sonido de los pasos, si quien llegaba era hombre o mujer, si venía de prisa o de lejos, si traía miedo o vergüenza, que en ese pueblo casi siempre era lo mismo pero no exactamente lo mismo. Con los años, empezó a levantarse ella también, a sentarse en el rincón detrás de la cortina de manta donde Ixchel la dejaba quedarse mientras atendía, no para aprender los remedios sino para aprender algo más difícil: cómo escuchar a alguien que no sabe decir lo que necesita.

Cuando Ixchel empezó a cansarse, primero de noche y luego también de día, Macaria tomó su lugar sin que nadie le pidiera que lo hiciera y sin que nadie se lo impidiera. Tenía dieciséis años la primera vez que recibió sola a una visitante. Era una mujer de mediana edad, beata conocida del pueblo, que llegó con el rebozo jalado hasta los ojos y preguntó por Ixchel.

—Mi madre está descansando —dijo Macaria—. ¿En qué puedo ayudarle?

La mujer la miró con desconfianza. Macaria la miró de regreso con atención.

—Es cosa de mi hija —dijo la mujer finalmente, porque la alternativa era irse y no quería irse.

—Siéntese.

La mujer se sentó. Acomodó las manos sobre las rodillas y comenzó a hablar de su hija con el tono de quien describe a alguien más mientras en realidad habla de sí mismo: que estaba triste, que no quería comer, que lloraba de noche y no sabía explicar por qué. Macaria escuchó sin interrumpir. Observó las manos de la mujer sobre las rodillas, la manera en que los dedos se movían levemente sobre la tela de la falda como si tejieran algo invisible. Observó el ángulo de la cabeza, ligeramente inclinada hacia la derecha como quien escucha una voz interna. Observó cómo esquivaba ciertos nombres en la conversación, dejando huecos donde debería haber personas.

—¿Cuándo empezó la tristeza de su hija? —preguntó Macaria.

—En el mes de septiembre.

—¿Qué ocurrió en septiembre?

La mujer vaciló.

—Nada en particular.

—¿Nada? —dijo Macaria, sin acusación en la voz, solo con la paciencia de quien tiene todo el tiempo del mundo.

La mujer miró sus propias manos sobre las rodillas.

—Hubo una cosa —dijo después de un momento—. Pero no tiene que ver.

—¿Cómo sabe que no tiene que ver?

Otro silencio. Más largo este.

—Es que ella se enteró de algo —dijo la mujer al fin—. Sobre un muchacho. Algo que ese muchacho hizo que ella no sabía.

Macaria asintió despacio.

—¿Y usted sí lo sabía?

Las manos de la mujer se detuvieron sobre la tela de la falda.

—¿Qué está preguntando? —dijo, y en su voz había algo que no era exactamente indignación sino su pariente cercana: el miedo de haber sido vista.

—Pregunto si usted sabía lo que ese muchacho hizo —dijo Macaria—, y si eligió no decírselo a su hija porque creía que era mejor así, o por alguna otra razón.

El silencio que siguió fue de los que tienen peso propio. La mujer lo sostuvo durante varios segundos, mirando sus manos, y luego lo dejó caer.

—Qué se le va a hacer —dijo, muy quedito, con la voz de alguien que ha guardado algo durante meses y ya no puede seguir cargándolo—. Uno protege a los hijos como puede.

—Sí —dijo Macaria—. Y a veces la tristeza de su hija no es de su hija. Es suya. Y su hija la carga sin saber por qué.

La mujer no respondió. Pero cuando salió, media hora después, dejó en la mesa una moneda y una expresión en el rostro que Macaria aprendió a

reconocer con el tiempo como el alivio específico de quien ha dicho lo que cargaba, aunque no haya encontrado ninguna solución.

Ixchel la escuchó desde el cuarto, sin salir.

—¿Cómo le fue? —preguntó cuando Macaria volvió a cerrar la puerta.

—Bien, creo —dijo Macaria.

—¿Le dio un remedio?

—No. No era enfermedad de plantas.

—No —dijo Ixchel—. Pocas veces lo es.

Las visitas nocturnas de ese año le enseñaron a Macaria lo que ningún libro de remedios podía haber enseñado: que San Jerónimo de los Altos era un pueblo sostenido por secretos, y que esos secretos tenían cuerpo, temperatura y domicilio. La beata que venía a preguntar por el casamiento de su hija y traía en los ojos la pregunta que no se atrevía a hacer: si el muchacho que la cortejaba tenía ya compromisos en otro pueblo. El arriero que llegaba preocupado por la salud de su esposa pero miraba demasiado hacia la puerta cuando hablaba de ella. La muchacha indígena que pedía un remedio para las rozaduras de la piel de las muñecas y no quería que Macaria viera las marcas de cerca. El escribano auxiliar del juzgado que llegó una noche con cara de no haber dormido a preguntar si ciertos papeles que había perdido podían haber llegado a manos equivocadas.

A ese último, Macaria le preguntó qué tipo de papeles eran.

—Documentos del juzgado —dijo el hombre—. Nada importante.

—Si no fueran importantes no estaría usted aquí a las once de la noche —dijo Macaria.

El hombre la miró. Tenía unos cuarenta años, cara de funcionario prudente, manos que se movían demasiado cuando intentaba parecer tranquilo.

—¿Usted puede encontrar cosas perdidas? —preguntó.

—No —dijo Macaria—. Pero puedo decirle dónde mirar si me dice qué estaba haciendo cuando los perdió.

El hombre consideró eso durante un momento.

—Estaba en la hacienda de don Baltasar —dijo al fin—. Llevé unos documentos para que los firmara. Y al salir...

Se detuvo. Miró hacia la puerta como si esperara que alguien entrara.

—Al salir no los tenía —terminó.

Macaria lo miró con la atención que ponía en las cosas que todavía no terminaba de entender pero que sentía como importantes.

—¿Don Baltasar los firmó?

—Sí.

—¿Usted tiene copia?

—La copia… también desapareció.

Macaria asintió despacio, sin decir lo que estaba pensando, que era que los documentos probablemente no estaban perdidos sino guardados, y que quien los guardaba tenía razones para ello que no tenían que ver con el extravío. Le dijo al hombre que revisara el bolsillo interior de la chaqueta que usó ese día, que a veces las cosas que creemos perder están en el lugar más cercano, solo que el miedo nos impide mirar allí primero.

El hombre se fue sin estar completamente satisfecho pero sin poder decir exactamente por qué.

Ixchel escuchó esa conversación desde el cuarto.

A la mañana siguiente le dijo:

—Ese hombre tiene miedo de don Baltasar.

—Lo sé —dijo Macaria.

—¿Y le dijiste algo sobre los documentos?

—Le dije que revisara su chaqueta.

—Bien —dijo Ixchel. Y no dijo más.

Fue en esos meses cuando Tomás de Arévalo comenzó a visitar la casa con una regularidad que ya no podía atribuirse a casualidad. Tenía veinticinco años, llevaba tres como escribano auxiliar, y había desarrollado una habilidad para moverse entre los documentos del poder con la discreción de quien entiende que la información es siempre más valiosa que quien la produce. Llegaba generalmente al atardecer, cuando las visitas nocturnas todavía no comenzaban, y se quedaba el tiempo de una conversación, a veces dos. Ixchel lo dejaba hablar con Macaria sin intervenir, lo cual era una forma de decir que confiaba en el juicio de su hija, que era una confianza que Ixchel no entregaba a nadie sin haberlo observado primero con suficiente cuidado.

Una tarde de octubre, Tomás llegó con una expresión diferente. Se sentó frente a la mesa de las hierbas y dejó pasar un rato antes de hablar, que era algo que no hacía habitualmente porque Tomás era hombre de palabras directas.

—Hay algo que debo decirle —dijo finalmente.

Macaria lo miró.

—El expediente del cabildo sobre esta casa —dijo Tomás—. Sobre su madre.

—¿Qué expediente?

—Hay uno. Desde hace años. Denuncias de vecinos, registros de visitas nocturnas, algunas declaraciones de personas que dicen haber recibido remedios que la Iglesia consideraría... inadecuados.

—¿Y cuántos de esos vecinos han venido aquí de noche? —dijo Macaria.

Tomás la miró.

—Varios —admitió.

—¿Varios que ahora firman las denuncias?

—No firman. Las denuncias son anónimas.

—Por supuesto que lo son —dijo Macaria. No con amargura sino con la objetividad con que se constata algo que ya se sabía.

—El expediente no tiene fuerza todavía —dijo Tomás—. Pero fray Anselmo ha estado añadiendo elementos. Y el alcalde subalterno... don Baltasar tiene influencia sobre el proceso.

—¿Por qué me dice esto?

Tomás tardó en responder. Miró la mesa, las hierbas ordenadas en manojos, el mortero de piedra, la vela encendida en el rincón.

—Porque alguien debería saberlo —dijo—. Y porque sería mejor que lo supiera usted que lo descubriera de otra manera.

—¿Y a usted qué le importa lo que descubramos nosotras?

Era una pregunta directa, de las que Macaria hacía cuando quería saber si lo que tenía frente a ella era honestidad o estrategia. Tomás la recibió sin quitarle la mirada.

—Eso es lo que todavía estoy tratando de entender —dijo.

Macaria lo miró durante un momento. Luego asintió, una sola vez, con el gesto de quien recibe una respuesta que no es la que esperaba pero que tiene la virtud de ser verdadera.

—¿Puede saber cuándo el expediente empiece a moverse? —preguntó.

—Puedo intentarlo.

—Entonces inténtelo.

Tomás se fue antes de que oscureciera. Macaria se quedó en la puerta del huerto mirándolo alejarse por el camino de tierra, con la canasta de hierbas en el brazo y el sol poniéndose detrás de los cerros del Tejocote.

Ixchel salió del cuarto a su lado.

—¿Qué quería?

—Advertirnos.

—¿Lo crees?

Macaria pensó en eso un momento.

—Creo que él mismo no sabe todavía si lo que quiere es advertirnos o entender por qué necesita advertirnos —dijo—. Pero creo que no es mala persona.

—Los que no son malas personas —dijo Ixchel— a veces hacen el mismo daño que los que sí lo son. Solo que con la conciencia más tranquila.

—Lo sé —dijo Macaria—. Pero también pueden hacer lo contrario.

Ixchel consideró eso.

—Sí —dijo—. También pueden.

La crisis llegó antes de que Tomás pudiera avisarles de nada. Una noche de finales de ese otoño, cuando ya el frío bajaba desde los cerros y la niebla llegaba más temprano que de costumbre, una mujer llegó a la puerta de la casa del manantial con el paso de quien ha corrido parte del camino aunque no quiera que se note.

Era una sirvienta de la casa de los Echeverría. Tenía unos treinta años, cara de alguien que ha aprendido a no mostrar lo que siente en presencia de personas con más poder, y en ese momento mostraba miedo, que era señal de que la persona con más poder no estaba cerca.

—Necesito hablar con Ixchel —dijo desde el umbral.

—Pase —dijo Macaria, porque su madre estaba descansando y ella era quien abría las puertas.

La mujer entró y habló en voz muy baja, mirando hacia la puerta cada pocos momentos como si esperara que alguien llegara a buscarla.

—Vi sangre lavada en el patio —dijo—. Ropa quemada. Una niña encerrada que no debería estar encerrada. Y el amo que no quiere que nadie pregunte nada.

Macaria la escuchó sin interrumpir. Luego le hizo dos preguntas.

—¿La niña está viva?

—Sí. Cuando la vi, sí.

—¿De cuándo es la sangre?

—De anteayer.

Ixchel había salido del cuarto y escuchaba desde la entrada. Calmó a la mujer, le dio una infusión caliente para el temblor que le hacía castañear los dientes, y le dijo que hiciera lo que pudiera para no levantar sospechas en la casa.

Cuando la mujer se fue, madre e hija se quedaron en silencio frente a frente.

—¿Qué piensas? —preguntó Ixchel.

—Que no es superstición —dijo Macaria—. Que algo ocurrió en esa casa y alguien quiere que no salga de esas paredes.

—¿Y la niña?

—No sé quién es. Pero si hay sangre y ropa quemada y alguien encerrado, lo que ocurrió ya ocurrió. Lo que puede ocurrir todavía es que a esa mujer le pase algo por haber venido a contárnoslo.

Ixchel asintió.

—¿Y nosotras?

—Nosotras ya sabemos —dijo Macaria—. Y eso también es peligroso.

Tenía razón. La mujer desapareció al día siguiente. Nadie la buscó. Fray Anselmo predicó ese domingo sobre las lenguas mentirosas y el castigo que reciben de Dios. Macaria escuchó el sermón desde la última banca, con las

manos sobre las rodillas y los ojos fijos en el altar, y comprendió con una claridad que todavía no tenía nombre completo que las consultas nocturnas no eran solo la vida de los márgenes, no eran solo el oficio heredado de Ixchel y de las mujeres anteriores a Ixchel. Eran también el punto exacto donde el poder del pueblo mostraba su cara más verdadera: la cara que necesitaba destruir lo que sabía demasiado.

Y ella sabía demasiado. Siempre había sabido demasiado.

La pregunta era cuánto tiempo más tardarían los demás en decidir que eso era suficiente razón para bautizarla de otra manera.

CAPÍTULO 4

La muerte de Ixchel

San Jerónimo de los Altos. El invierno.

Ixchel empezó a enfermarse en diciembre, cuando los cerros del Tejocote amanecían blancos de escarcha y el manantial echaba vapor en las mañanas como si el agua misma tuviera fiebre. No fue una enfermedad repentina ni dramática. Fue de las que llegan despacio, con la paciencia de algo que lleva tiempo esperando el momento correcto: primero el cansancio que no se iba con el sueño, luego la fiebre que subía al atardecer y bajaba de madrugada sin desaparecer del todo, luego el delirio que llegaba de noche y mezclaba nombres de plantas con nombres de muertos como si fueran la misma cosa.

Macaria notó el primer síntoma un domingo por la tarde, cuando Ixchel dejó a medias la clasificación de unas hierbas que normalmente terminaba sin levantarse del banco. No dijo nada. Solo recogió las hierbas y las terminó ella, con el orden exacto que su madre usaba, porque desordenar el sistema de Ixchel habría sido una forma de admitir que algo estaba pasando, y admitirlo en voz alta le daba al miedo un espacio que todavía no quería darle. Ixchel la observó hacerlo desde la silla donde se había sentado a descansar, sin decir que estaba cansada, que tampoco era su estilo.

Macaria la atendió con todo lo que su madre le había enseñado y con algo más que no tiene nombre en los libros de remedios: la atención sostenida de quien cuida a alguien porque no puede imaginar el mundo sin esa persona, que es una forma de amor que no necesita declararse porque se ejerce en la temperatura del caldo, en la manera de cambiar los paños húmedos, en el silencio que se guarda cuando la fiebre habla.

Pero Ixchel no mejoraba.

En los momentos de lucidez, que llegaban generalmente en las primeras horas de la mañana cuando la fiebre cedía un poco, Ixchel hablaba. No deliraba en esos momentos: hablaba con la claridad específica de quien sabe que el tiempo se acorta y quiere usar bien lo que queda.

—Las notas del cajón de madera —le dijo una mañana, con los ojos abiertos y la voz más firme que en días.

—Las conozco —dijo Macaria—. Las he revisado muchas veces.

—¿Todas?

Macaria vaciló un momento.

—Creo que sí.

—Hay una que no está en el cajón —dijo Ixchel—. Está en el forro del rebozo café. El que tiene el remiendo en la orilla. Cósela ahí tú también cuando yo no esté. Las que traen peligro no van en el cajón.

—Mamá —dijo Macaria—. No hable así.

—Hablo así porque es necesario, no porque me guste —dijo Ixchel, con el tono tranquilo de quien no tiene tiempo para rodeos—. Escucha. Lo que esa nota dice sobre los Echeverría es lo que yo no pude probar en vida. Tú tampoco podrás probarlo fácilmente. Pero necesitas saberlo para entender lo que venga.

—¿Qué viene?

—No lo sé con precisión. Pero viene. —Ixchel cerró los ojos un momento y los volvió a abrir—. Hay una cosa más.

—Dígame.

—Aprende a callar más de lo que ves. Yo nunca lo aprendí del todo y por eso llegaron los problemas que llegaron. Tú ves más que yo, hija. Y eso te va a costar más que a mí si no aprendes cuándo guardar lo que ves.

—¿Cómo saber cuándo?

Ixchel la miró con los ojos que tenía cuando miraba cosas que nadie más podía ver.

—Cuando lo que sabes puede hacerte más daño que la ignorancia del que tienes enfrente —dijo—. Entonces callas. Siempre.

Macaria asintió. Guardó esa instrucción en el mismo lugar donde guardaba las cosas que todavía no terminaba de entender pero que sabía que necesitaría después.

La fiebre subió de nuevo esa noche y ya no bajó del todo.

Ixchel murió tres días después, al amanecer, cuando el manantial empezaba a echar su vapor de costumbre y los primeros pájaros se movían en el árbol de pirul. Murió sin gritos ni convulsiones, con la misma tranquilidad con que había vivido las cosas difíciles: haciéndoles un lugar en el cuerpo y dejándolas estar. Macaria estaba junto a ella cuando ocurrió. Le cerró los ojos con las dos manos, le cruzó los brazos sobre el pecho, y permaneció sentada a su lado durante un tiempo que no midió porque el tiempo en esos momentos no mide de la manera habitual.

Luego salió al corredor y respiró el aire frío de la mañana.

Luego volvió adentro y empezó a preparar lo necesario.

El pueblo respondió con la hipocresía feroz que Macaria ya conocía pero que en esa escala todavía le producía algo parecido al asombro. Muchas de las

mujeres que habían recibido ayuda de Ixchel durante años no se atrevieron a acompañarla en el velorio, porque acompañarla públicamente era declarar algo que preferían guardar en la oscuridad de las visitas nocturnas. Algunas dejaron flores junto a la puerta antes del amanecer, sin firma y sin cara. Otras mandaron a sus criadas con un tazón de comida que dejaban en el umbral sin entrar.

Fray Anselmo se negó.

Macaria fue a buscarlo al atrio, sola, con el rebozo sobre los hombros y los ojos que no bajaban.

—Padre —dijo—. Mi madre fue bautizada en esta iglesia. Recibió los sacramentos. Tiene derecho a tierra bendita en el camposanto.

Fray Anselmo la miró con la expresión que reservaba para las conversaciones donde necesitaba ser firme sin parecer cruel.

—Las circunstancias de la vida de tu madre plantean dudas sobre la naturaleza de sus prácticas —dijo—. La Iglesia tiene la obligación de ser cuidadosa con a quién permite descansar en tierra consagrada.

—¿Qué circunstancias, padre?

—Las que tú conoces mejor que nadie, hija.

—Las que yo conozco —dijo Macaria, con la voz quieta de quien controla algo que no quisiera tener que controlar—, son las de una mujer que ayudó a nacer a la mitad de los niños de este pueblo, que curó fiebres que el médico no pudo curar, que escuchó confesiones que usted nunca escuchó porque la gente sabía que aquí no se repetían. Eso es lo que yo conozco, padre. ¿Cuáles son las suyas?

Fray Anselmo guardó silencio un momento.

—El tono no es apropiado, hija.

—El tono —dijo Macaria— es el único que tengo disponible cuando me niegan lo que es justo.

El sacerdote consideró sus opciones. Había en Macaria algo que lo incomodaba profundamente y que no era el descaro, aunque el descaro también estaba. Era algo más difícil de combatir: la razón. La hija de Ixchel tenía razón en lo que decía, y fray Anselmo lo sabía, y ese conocimiento compartido entre ambos hacía la conversación más difícil que si ella hubiera estado equivocada.

—Puede haber entierro —dijo finalmente—. En el borde del camposanto. Sin misa solemne.

—Gracias, padre —dijo Macaria, con el tono de quien acepta lo que hay porque lo que debería haber no está disponible.

Caminó de regreso a la casa sin mirar atrás.

Tomás de Arévalo llegó al entierro.

Era el único hombre del cabildo que se presentó, aunque lo hizo sin anunciarlo y sin que su nombre apareciera en ningún registro de ese día. Llegó cuando el pequeño grupo de personas ya estaba junto al hoyo, al borde del camposanto donde fray Anselmo había accedido a dar tierra, y se colocó entre dos hombres indígenas que cargaban el ataúd de pino sin decir nada y sin que nadie le preguntara qué hacía allí.

Macaria lo vio llegar desde lejos pero no le dijo nada durante la ceremonia. Había algo en la presencia de Tomás que no requería palabras: era un hombre que estaba donde estaba por decisión propia y a costo propio, y eso tenía un valor que las palabras habrían reducido.

Cuando la tierra cubrió el ataúd y los que habían venido empezaron a dispersarse, Tomás se quedó un momento más. Luego se acercó a Macaria.

—Lo siento —dijo.

—Gracias por venir —dijo ella.

—¿Cómo está?

—Bien —dijo Macaria. Y luego, porque la verdad era más compleja que eso—: No bien. Pero de pie.

Tomás asintió.

—Si necesita algo —dijo.

—Lo sé —dijo Macaria—. Ya sé dónde encontrarlo.

Tomás se fue. Macaria se quedó sola junto al borde del camposanto durante un rato más, mirando el montículo de tierra fresca que era ahora lo único visible de su madre desde afuera. El frío de diciembre bajaba desde los cerros con la insistencia de siempre. El manantial, que podía escucharse desde esa distancia en los días de silencio, seguía brotando.

Regresó a la casa cuando empezó a oscurecer.

Lo primero que hizo fue encontrar el rebozo café con el remiendo en la orilla y sacar la nota que Ixchel había cosido en el forro. Era un papel doblado tres veces, escrito con la letra apretada de su madre, en la que Ixchel mezclaba el español y algunas palabras de la lengua antigua cuando quería decir algo que el español no terminaba de decir con precisión.

Lo leyó dos veces.

Luego abrió el cajón de madera con todas las anotaciones de Ixchel y buscó las referencias correspondientes. Las encontró: consultas de los últimos años, personas que habían llegado a la casa con historias que no terminaban de cuadrar, síntomas que apuntaban en direcciones que no coincidían con las explicaciones dadas. Entre esas anotaciones, una línea escrita con trazo más firme que el resto, como si Ixchel hubiera presionado más el lápiz porque la frase requería ese peso: *la criatura de Echeverría no murió de fiebre. Alguien la silenció.*

Macaria leyó esa línea tres veces.

Luego buscó la fecha anotada junto a ella: era la misma semana en que la sirvienta de los Echeverría había llegado de noche a la puerta del manantial y había desaparecido al día siguiente.

Permaneció sentada frente a las anotaciones durante mucho tiempo, con la vela encendida y el frío entrando por las grietas de la puerta, ordenando lo que sabía. Ixchel había visto algo antes de morir. Había conectado algo. Y había muerto sin poder explicárselo.

O quizás había muerto precisamente por haber empezado a conectarlo.

Esa posibilidad la dejó quieta durante un momento que no fue agradable.

Luego cosió la nota de Ixchel en el forro de su propio rebozo, con los mismos puntos pequeños y seguros que su madre usaba para las cosas que no debían verse desde afuera. Y guardó las anotaciones en el cajón, con excepción de tres hojas que puso en el mismo forro, debajo de la nota.

Esa noche no durmió bien. Pero al amanecer estaba de pie, con el agua puesta a calentar y las hierbas de la mañana ya clasificadas sobre la mesa, porque el mundo no se detiene por nadie y el manantial seguía brotando y había cosas que necesitaban hacerse.

Lo que sí había cambiado, y lo sabía con la claridad de las cosas que ya no pueden deshacerse, es que desde esa mañana Macaria Arriozábal Xólotl no era ya solamente la hija de la curandera. Era la custodia de lo que su madre había visto y no había podido decir. Era la heredera de una memoria que alguien en San Jerónimo de los Altos tenía razones para querer destruir.

Y eso, comprendió mientras bebía el primer atole de la mañana en silencio frente a la ventana, era exactamente el tipo de herencia que no viene con protección pero sí viene con obligación.

La obligación de no callar lo que Ixchel no pudo decir.

Aunque callar hubiera sido, por primera vez en su vida, la decisión más segura. Aunque Ixchel misma le hubiera dicho que aprendiera a callar más de lo que veía. Aunque todo en esa mañana fría de diciembre, con el vapor del manantial subiendo afuera y el olor de las hierbas llenando la casa vacía, le dijera que el camino que tenía por delante no iba a ser corto ni tranquilo.

Bebió el atole hasta el fondo. Lo puso sobre la mesa con un movimiento pausado y deliberado. Y empezó el día, que era lo único que podía hacer y que resultaba ser, en los momentos más difíciles, suficiente.

CAPÍTULO 5

La niña del barranco

San Jerónimo de los Altos. Las fiestas de San Jerónimo.

Las fiestas patronales de San Jerónimo de los Altos duraban tres días y eran la única ocasión del año en que el pueblo dejaba de comportarse como pueblo y empezaba a comportarse como otra cosa: algo más ruidoso, más permisivo, más dispuesto a mezclar lo que habitualmente mantenía

separado. Los indígenas bailaban en la plaza junto a los criollos, aunque en filas distintas. Los niños corrían entre las faldas de los adultos sin que nadie les prestara demasiada atención. Los hombres bebían tepache y aguardiente con la solemnidad de quien cumple una obligación festiva. Las mujeres caminaban en grupos apretados, hablando en voz baja, vigilando a sus hijos con el tipo de atención que la celebración exige precisamente porque la celebración distrae.

Macaria no solía ir a las fiestas. Desde la muerte de Ixchel, su presencia en cualquier acto público del pueblo tenía el efecto de enfriar las conversaciones cercanas y calentar las lejanas. La gente hablaba de ella más cuando no estaba que cuando estaba, que era la condición específica de los que se han convertido en tema sin haberse propuesto serlo. Ese año fue porque una mujer le mandó recado diciéndole que su niño tenía calentura y que quería llevarla a la misa para pedirle consejo discretamente al salir.

Fue. Llegó tarde, cuando la procesión ya había comenzado, y caminó en el borde del trayecto, donde podía ver sin ser el centro de ninguna mirada. La música de los chirimoyos llenaba las calles. Las velas de la procesión bailaban con el viento que bajaba de los cerros. El olor del copal se mezclaba con el de la pólvora de los cohetes y con el olor de la gente apretada en un espacio demasiado pequeño para tanta gente.

Fue entonces cuando notó que algo en la procesión no estaba bien.

No lo notó por revelación ni por ninguna de las cosas que el pueblo le atribuía. Lo notó porque entre la gente que caminaba detrás de la imagen del santo había un espacio, pequeño pero real, donde debería haber habido un cuerpo y no había ninguno. Un espacio del tamaño de una niña de siete u ocho años, entre una criada de la casa Echeverría y la nana mayor que generalmente acompañaba a los hijos del alcalde mayor.

Macaria siguió caminando sin detenerse. Pero empezó a observar.

La procesión terminó. La gente se dispersó hacia la plaza para el baile y la comida. Macaria buscó a la criada que había visto en el espacio vacío y la encontró junto a un puesto de buñuelos, con la cara de quien intenta parecer tranquila y no lo está consiguiendo del todo.

—¿Dónde está la niña Leonor? —le preguntó, sin preámbulos.

La criada la miró con los ojos de alguien a quien acaban de nombrar su miedo más concreto.

—Se perdió en la procesión —dijo—. Ya la están buscando.

—¿Cuánto tiempo lleva buscándola?

—Un rato.

—¿Lo sabe don Baltasar?

La criada vaciló.

—Todavía no.

Macaria asintió. No le dijo nada más a la criada. Pero esa frase, *todavía no*, le dijo todo lo que necesitaba saber: la criada no había avisado porque avisar significaba confesar que había perdido de vista a la niña, y perder de vista a la niña de don Baltasar era el tipo de error que producía consecuencias que esa mujer prefería retrasar todo lo posible.

Macaria fue sola al camino del barranco del Tejocote.

Lo fue siguiendo los rastros que los demás no habían buscado porque los demás estaban buscando en los lugares evidentes: los alrededores de la plaza, las calles laterales, los puestos del mercado. Nadie buscaba en el camino del barranco porque ese camino no era por donde una niña pequeña se extraviaría sola. Era un camino largo, empinado, oscuro entre los árboles incluso de día. Una niña no bajaba a ese barranco accidentalmente.

A menos que no hubiera bajado sola.

Macaria encontró la primera señal a los doscientos pasos del inicio del camino: una cinta de tela color guinda, del tipo que usaban las niñas de familias acomodadas para el cabello, enganchada en una rama a la altura exacta en que habría quedado si alguien hubiera jalado a la dueña por el brazo sin que la cinta pudiera seguirlos. No caída. Jalada.

Siguió bajando.

Encontró más signos. Huellas mezcladas por la humedad que el aire del barranco dejaba en la tierra, pero suficientemente visibles para quien sabía mirarlas: pasos pequeños, los de la niña, junto a pasos más grandes y más seguros que no apuntaban al tropiezo sino al trayecto deliberado. Y entre las piedras del fondo del barranco, cuando llegó allí con las enaguas embarradas y el corazón haciendo algo que no era exactamente miedo pero se le parecía, encontró lo que había temido encontrar.

Leonor Echeverría tenía ocho años. Era una niña pequeña y delgada, de pelo oscuro y manos que en ese momento estaban frías aunque la tarde todavía no lo estaba del todo. Estaba entre las piedras del fondo del barranco en una posición que no correspondía a una caída: los brazos cruzados sobre el pecho, las piernas juntas, la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado. Había marcas en las muñecas, finísimas, del tipo que deja una cuerda delgada. Había restos de cera blanca en las piedras cercanas. Había tierra bajo las uñas, como de quien arañó algo antes de que ya no pudiera arañar nada más. Y había una herida pequeña detrás de la oreja derecha, casi invisible entre el cabello, que no correspondía a ningún golpe contra las piedras del barranco.

Macaria se arrodilló junto a la niña.

Permaneció así durante un momento, mirando, guardando en la memoria cada detalle con la precisión que le había enseñado Ixchel: no con el corazón sino con los ojos, no con el horror sino con la atención. Luego se puso de pie y miró el barranco alrededor. El sonido de la fiesta llegaba apenas desde el

pueblo, amortiguado por la distancia y los árboles. Nadie había bajado con ella. Nadie sabía que estaba allí.

Subió sola.

En la entrada del camino encontró a tres hombres que venían hacia el barranco con antorchas y la expresión de quien busca sin esperar encontrar nada demasiado grave. Los detuvo.

—Está en el fondo —dijo—. No la muevan. Avisen al cabildo antes de bajar.

Los hombres la miraron.

—¿Cómo sabe dónde está? —dijo uno.

—Porque acabo de verla.

Llegaron más hombres. Llegó el médico del pueblo. Llegó fray Anselmo con el cáliz para la extremaunción que ya no tenía caso administrar. Y llegó don Baltasar de Echeverría, con la cara de un hombre que recibe la peor noticia posible y que al mismo tiempo tiene algo en los ojos que no es exactamente sorpresa.

Macaria lo notó. Lo notó con la atención que ponía en todas las cosas, y lo guardó en la memoria junto a los demás detalles del barranco.

Tomás de Arévalo llegó después, enviado por el cabildo para levantar el acta. Bajó al barranco con una vela y su libreta y vio lo mismo que Macaria había visto: la colocación del cuerpo, la cera, las marcas en las muñecas, la herida detrás de la oreja. Vio también algo que nadie más parecía ver: entre los hombres que habían bajado al barranco, había uno que no miraba el cuerpo de la niña. Todos los demás lo miraban, por horror o por curiosidad o por el tipo de fascinación que producen las cosas terribles. Ese hombre miraba hacia arriba, hacia el camino de entrada, con los ojos calculando algo que no tenía que ver con la niña muerta sino con si alguien había observado el descenso.

Tomás anotó el nombre de ese hombre en su libreta personal, con fecha y hora.

Subió del barranco y encontró a Macaria esperando en la entrada del camino, con el rebozo sobre los hombros y la mirada en la dirección del pueblo iluminado por las antorchas de las fiestas que nadie había detenido todavía porque la noticia todavía no había llegado a todos.

—La pusieron ahí —le dijo Macaria en voz baja, sin mirarlo, como si hablara consigo misma.

—Lo sé —dijo Tomás, también en voz baja.

—No cayó. La llevaron.

—Sí.

—¿Lo anotó?

—Sí.

Macaria lo miró entonces.

—¿Y el hombre que no miraba el cuerpo?

Tomás vaciló un momento.

—¿Lo vio usted también? —dijo.

—Desde arriba. No pude ver su cara. ¿Quién era?

—El administrador de la casa Echeverría —dijo Tomás.

Macaria asintió. Guardó eso junto a todo lo demás.

—Saber y probar —dijo— son dos países distintos.

—Lo sé —dijo Tomás.

—¿Qué va a hacer con lo que anotó?

Tomás miró la libreta en su mano.

—Por ahora, guardarlo —dijo—. El acta oficial va a decir lo que don Baltasar quiera que diga. Pero lo que está en esta libreta es mío.

—No lo pierda —dijo Macaria.

—No lo pierdo.

La noticia llegó al pueblo con el viento de la noche y borró la fiesta como se borra una palabra escrita en arena. Las músicas se detuvieron. Los cohetes dejaron de tronar. La gente empezó a moverse hacia el camino del Tejocote en grupos que crecían a medida que la noticia pasaba de boca en boca, deformándose levemente en cada traspaso como deforman los rumores: la niña había caído, la niña había sido arrastrada por las aguas, la niña había sido encontrada con marcas de garras, la niña había sido ofrendada.

La última versión llegó al velorio antes que el cuerpo.

Macaria entró a la casa de los Echeverría cuando el velorio comenzó, no por invitación sino porque nadie tuvo el tiempo ni la compostura de impedirlo en el primer momento de caos. Quería ver la sala, ver a la familia, ver el espacio donde Leonor había vivido sus últimas horas. Vio a don Baltasar recibir condolencias con la rigidez de un hombre que sujeta algo que no quiere soltar. Vio a la madre de Leonor llorando junto al ataúd pequeño con el dolor verdadero de quien no sabe nada y por eso sufre sin filtro. Vio a los criados con la cara de quien sabe algo que no puede decir.

Y entonces la madre la vio a ella.

—¡Fuera! —gritó, con la voz rota de los gritos que nacen del miedo y no del odio, aunque el resultado sea el mismo—. ¡No la dejen acercarse a mi hija!

Alguien dijo *bruja* desde el fondo de la sala. Otro lo repitió. Fray Anselmo, que estaba en el rincón con el rosario en la mano, no dijo nada. Y ese silencio fue más ruidoso que todas las palabras que se dijeron en esa sala esa noche.

Macaria salió sin correr. Sin mirar hacia atrás. Con el paso de quien ha salido de lugares difíciles antes y ha aprendido que la dignidad no depende de la velocidad.

En la calle oscura, Tomás la alcanzó.

—El administrador de los Echeverría —dijo, sin preámbulos—. Se llama Celso Garduño. Lleva doce años en la casa.

Macaria caminó sin detenerse.

—¿Está casado?

—Viudo.

—¿Tiene deudas?

—No que yo sepa. Pero tiene algo mejor que dinero.

—¿Qué?

—Secretos de don Baltasar —dijo Tomás—. Y eso en esta casa vale más que cualquier deuda.

Macaria se detuvo al final de la calle, donde la oscuridad era completa y nadie podía verlos desde las ventanas.

—¿Va a ayudarme? —preguntó.

Tomás tardó un momento en responder. No porque dudara, sino porque quería que la respuesta fuera exacta.

—Ya lo estoy haciendo —dijo.

Macaria asintió. Y siguió caminando hacia el manantial, que en la oscuridad de esa noche seguía brotando con su insistencia de siempre, indiferente a los muertos y a los vivos por igual, que era quizás la única cosa completamente honesta en todo San Jerónimo de los Altos. Y mientras caminaba, Macaria fue ordenando en silencio lo que sabía: la cinta jalada, las huellas de dos pares de pies, la cera, las marcas en las muñecas, la herida detrás de la oreja, el hombre que no miraba el cuerpo, el nombre de Celso Garduño. Cada dato en su lugar. Cada dato esperando al que venía después.

CAPÍTULO 6

El olor de la mentira

San Jerónimo de los Altos. Los días después.

El velorio de Leonor duró dos noches y fue el evento más concurrido del año en San Jerónimo de los Altos, lo cual decía algo sobre el pueblo que el pueblo prefería no decirse a sí mismo. Vinieron familias de haciendas lejanas, funcionarios del cabildo, un fraile de paso que se quedó sin entender bien de qué trataba el asunto pero que de todas formas rezó con la solemnidad apropiada. Vinieron mujeres que nunca habían hablado con Leonor en vida y que lloraron con una efusividad que tenía más de espectáculo que de dolor. Y vino también, con el peso de alguien que ha decidido que no puede seguir mirando desde afuera, Celso Garduño, el administrador de la casa Echeverría, que se sentó en la segunda fila del velorio con las manos sobre las rodillas y los ojos fijos en el ataúd pequeño durante las dos noches, con la

inmovilidad de quien tiene mucho que esconder y ha aprendido que lo mejor es esconderlo quieto.

Fray Anselmo predicó en el velorio sobre la inocencia de las criaturas y la maldad del mundo, con la habilidad del hombre que habla de los hechos sin nombrarlos directamente, dejando que cada oyente llene los huecos con lo que ya cree. Nadie mencionó el nombre de Macaria Arriozábal Xólotl en el velorio. No hacía falta. El nombre ya estaba en el ambiente como el olor del copal, presente sin que nadie lo pusiera allí deliberadamente, flotando entre las personas con la persistencia de las cosas que tienen demasiados portadores para localizarse en uno solo.

Macaria no volvió al velorio. No porque le importara la expulsión de la primera noche, que no era el tipo de cosa que le cambiara los planes, sino porque lo que necesitaba entender sobre Leonor no estaba en la sala donde todos la lloraban. Estaba en el barranco del Tejocote, que al día siguiente del hallazgo ya había sido pisado por docenas de curiosos y por los hombres de don Baltasar que habían llegado temprano a recoger algo, aunque nadie supo exactamente qué.

Fue con Tomás.

No fue fácil convencerlo de volver. No porque le faltara disposición, sino porque las implicaciones de ser visto dos veces en el mismo sitio comprometedor empezaban a pesarle de la manera que pesan las cosas cuando uno todavía tiene algo que perder.

—Si alguien nos ve bajar —dijo Tomás, mientras caminaban por el camino del Tejocote en la mañana gris de después de la fiesta—, va a ser difícil explicarlo.

—¿Difícil para quién?

—Para los dos.

—Para usted más que para mí —dijo Macaria—. A mí ya me explicaron públicamente.

Tomás no respondió a eso, porque era verdad y ambos lo sabían.

El barranco estaba revuelto. Las huellas originales habían sido borradas por los pies de los que bajaron la noche anterior, y la piedra donde habían encontrado el cuerpo de Leonor tenía encima los restos de una vela que alguien había encendido, posiblemente fray Anselmo o alguno de los que vinieron a rezar. Macaria lo estudió todo con la misma atención de siempre, sin apresurarse, sin dejarse desalentar por el desorden que otros habían dejado.

—Lo que borran dice tanto como lo que no borran —le dijo a Tomás mientras miraba el suelo.

—¿Qué quiere decir?

—Que vinieron a limpiar. Y que cuando la gente viene a limpiar, la pregunta no es qué quitaron sino qué no pudieron quitar porque no sabían que estaba.

Tomás la observó trabajar. Observó cómo se arrodillaba, cómo usaba los dedos para separar la tierra sin moverla de lugar, cómo olía las piedras, cómo estudiaba el ángulo de las marcas en la roca. Había en ese proceso algo que no se parecía a la brujería ni al milagro sino a otra cosa que Tomás había visto pocas veces y que no tenía nombre reconocible en el vocabulario del cabildo: atención extrema, convertida en método.

—Aquí —dijo Macaria finalmente, desde el lado este del barranco, donde las piedras formaban una saliente pequeña que daba sombra incluso de mañana.

Tomás se acercó.

Entre las piedras, en una grieta que los hombres de la noche anterior no habían inspeccionado porque estaba demasiado abajo y demasiado al margen del lugar evidente, había restos de algo: un fragmento de cera perfumada, diferente a la vela de los rezos, con el olor específico de las ceras importadas que solo se usaban en casas con dinero. Una astilla de madera oscura y barnizada que no correspondía a ningún árbol del barranco sino a un objeto trabajado. Y entre las piedras más pequeñas, casi invisible, una fibra de tela de calidad, del tipo que no usa la gente que camina por el barranco de noche por voluntad propia.

Macaria recogió la fibra con cuidado y la puso en el paño que llevaba en el rebozo.

—El cuerpo de Leonor llegó aquí en un vehículo —dijo—. Algo con madera barnizada. No un carro de campo. Algo más pequeño y más fino.

—¿Un carruaje?

—Quizás. O una caja de transporte de los que usan los Echeverría para mover cosas entre la hacienda y el pueblo. —Macaria se levantó—. La cera perfumada es del mismo tipo que la que vi en la sala de don Baltasar la primera vez que entré.

Tomás la miró.

—¿Usted entró a la casa Echeverría?

—La tarde del hallazgo. Antes de que llegara usted al barranco. Fui a llevar la cinta que encontré en el camino.

—¿Y lo dejaron entrar?

—Hasta cierto punto.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que vi lo que había en la sala antes de que un criado me bloqueara el paso hacia una puerta de dónde venía un sollozo de niño —dijo Macaria—. Vi un candelabro de cera perfumada igual a estos restos. Vi un carro pequeño con barniz oscuro en el patio. Vi una criada con el rostro golpeado. Y vi una mancha reciente en una alfombra que habían volteado.

Tomás guardó silencio durante un momento, procesando eso.

—¿Por qué no me lo dijo?

—Porque todavía no era el momento —dijo Macaria—. Esto sí.

Subieron del barranco cuando el sol empezaba a calentar y la niebla de la mañana se disolvía entre los árboles. En la entrada del camino se encontraron con el médico del pueblo, que venía en dirección contraria con su maletín y la expresión de quien acaba de recordar algo que olvidó hacer el día anterior.

El médico se detuvo al verlos.

—¿Qué hacen aquí? —dijo, mirando primero a Tomás y luego a Macaria con el tipo de desconfianza que no es completamente hostil pero tampoco es amistosa.

—Revisando el lugar del hallazgo —dijo Tomás—. Por encargo del cabildo.

—El cabildo ya dio por cerrado el asunto del barranco —dijo el médico.

—¿Qué asunto? —dijo Macaria.

El médico la miró.

—La caída de la niña.

—¿Cayó? —dijo Macaria, con el tono de quien pregunta algo que sabe pero necesita escuchar de otra voz.

El médico la miró durante un momento.

—El dictamen establecerá las causas —dijo, con la cautela de quien usa el lenguaje técnico para protegerse de la precisión.

—¿Qué encontró usted en el cuerpo, doctor?

—Eso es información del proceso oficial.

—¿Vio la herida detrás de la oreja derecha?

El médico vaciló. Era una vacilación breve, casi invisible, pero Macaria la vio.

—Hay varias heridas —dijo el médico—. Propias de una caída entre piedras.

—La herida detrás de la oreja derecha —repitió Macaria— no es de caída. No tiene la forma ni la dirección que tendría una herida de impacto. Es más pequeña y más profunda. La hizo algo fino y punzante, antes de que la niña llegara al barranco.

El médico la miró con una mezcla de incomodidad y algo que podría haber sido reconocimiento.

—Usted no tiene autoridad médica —dijo.

—No —admitió Macaria—. Pero tengo ojos.

El médico se fue sin responder. Tomás y Macaria lo vieron alejarse por el camino.

—Lo sabe —dijo Tomás.

—Sí.

—¿Y va a decirlo?

—No —dijo Macaria—. No sin que alguien más importante que nosotros se lo pida.

Esa tarde, Macaria decidió que necesitaba entrar a la casa Echeverría de manera más completa que la primera visita. No para confrontar a don Baltasar, que era una batalla que todavía no podía ganar, sino para ver el carro del patio y verificar si el barniz correspondía a la astilla del barranco. Fue con Tomás, que llegó con el pretexto de entregar un documento del cabildo, lo cual era algo que hacía con suficiente regularidad para no levantar sospechas inmediatas.

Don Baltasar los recibió en la sala de afuera, no en la sala principal donde Macaria había visto el candelabro y la alfombra volteada. Era un hombre que en su propio territorio ejercía el tipo de autoridad que no requiere alzar la voz porque la voz del poder no necesita volumen para ser escuchada.

—¿Qué trae el cabildo esta vez? —le preguntó a Tomás, sin mirar a Macaria, que para don Baltasar era o no era según le convenía en cada momento.

—Un registro de propiedades colindantes —dijo Tomás, con la naturalidad del escribano que ha aprendido a mentir de manera razonable cuando la situación lo requiere—. Para el expediente de la investigación.

—¿Qué investigación? —dijo don Baltasar.

—La del accidente de su hija, señor. El proceso requiere verificar los accesos al barranco del Tejocote desde las propiedades cercanas.

Don Baltasar lo miró durante un momento.

—El barranco no colinda con mis propiedades —dijo.

—No directamente. Pero el camino de acceso sí pasa junto a la hacienda norte de los Arriozábal, que tiene un convenio de uso con su casa. —Tomás abrió la carpeta—. Solo necesito verificar la fecha del convenio.

Era información verdadera, mezclada con una implicación falsa, que era exactamente el tipo de mentira que funcionaba con hombres que tenían demasiadas cosas que esconder para ponerse a verificar los detalles.

Don Baltasar los hizo pasar al corredor de afuera, donde había una mesa auxiliar. Desde ese corredor, Macaria podía ver el patio lateral. Vio el carro pequeño de barniz oscuro, parcialmente cubierto por una manta, con las varas levantadas. Y en la parte trasera del carro, en el listón de madera que cerraba la caja de transporte, una astilla fresca, reciente, del tamaño exacto de la que había encontrado en el barranco.

No lo dijo. No movió un músculo de la cara. Pero lo guardó con la misma precisión con que guardaba todo lo demás: en el lugar exacto de la memoria donde las cosas esperan su momento.

Cuando salieron, ya en la calle, Tomás la miró.

—¿Lo vio?

—El carro del patio —dijo Macaria—. La astilla del listón trasero.

—¿Coincide?

—Sí.

Tomás asintió despacio.

—¿Y ahora?

—Ahora necesito encontrar a Jacinta —dijo Macaria.

—¿La criada que desapareció?

—La misma. Ella vio algo esa noche. Por eso desapareció.

—¿Sabe dónde está?

—Todavía no —dijo Macaria—. Pero la mentira tiene olor, materia, habitación y guardianes. Y los guardianes de Jacinta, quienquiera que sean, también dejan rastros si uno sabe dónde mirar.

Tomás la miró durante un momento con la expresión que ponía cuando Macaria decía algo que tardaba un poco más de lo habitual en entender.

—¿Y usted siempre sabe dónde mirar? —dijo.

Macaria lo miró.

—No siempre —dijo—. Pero más seguido que la mayoría.

Y siguieron caminando, con el pueblo a su alrededor que seguía haciendo lo que los pueblos hacen cuando tienen miedo: hablar en voz alta de lo que no les asusta y en voz muy baja de lo que sí. Y detrás de ellos, en el patio de la casa Echeverría, el carro pequeño de barniz oscuro seguía con la manta encima y la astilla fresca en el listón trasero, esperando que alguien con autoridad suficiente se fijara en él. Macaria sabía que esa autoridad no era la suya todavía. Pero tenía algo que valía más que la autoridad en ese momento: tenía la astilla del barranco guardada en el paño del rebozo, y tenía a Tomás, que era la única persona en todo San Jerónimo de los Altos que anotaba las cosas en una libreta que no le pertenecía al cabildo.

CAPÍTULO 7

El expediente de las sombras

San Jerónimo de los Altos. El despacho del escribano.

El expediente de Macaria Arriozábal Xólotl tenía tres años de existencia cuando ella supo que existía, y en esos tres años había crecido con la paciencia silenciosa de las cosas que nadie alimenta de golpe sino poco a poco, con la regularidad de quien sabe que el tiempo trabaja a su favor si no se apresura.

Tomás lo descubrió por accidente una mañana de lunes en que el escribano principal lo mandó a ordenar el archivo de asuntos pendientes. Los asuntos pendientes eran el cajón más desorganizado del despacho, el que nadie quería tocar porque contener el desorden ajeno era una tarea que no producía reconocimiento visible. Tomás lo tocó porque no le quedaba

alternativa, y mientras ordenaba carpetas por fecha encontró una que no tenía fecha en la portada sino solo un nombre: *Xólotl. Asunto de fe.*

La abrió.

Eran dieciséis folios escritos en la letra apretada del escribano mayor, con adendas en tinta diferente que indicaban que distintas manos habían contribuido al documento en distintos momentos. Denuncias anónimas de vecinos que describían visitas nocturnas, remedios de origen incierto, palabras pronunciadas en lengua que nadie había podido transcribir con exactitud pero que sonaban, según los denunciantes, a invocaciones antiguas. Un reporte de fray Anselmo sobre las prácticas de Ixchel Xólotl que databa de hacía cinco años y que había sido firmado con suficiente cuidado como para no ser una acusación formal pero con suficiente sustancia como para servir de antecedente si alguien lo necesitara después. Y en las últimas páginas, añadidas en los meses recientes, referencias explícitas a Macaria: la hija que había heredado los métodos de la madre, que atendía visitas nocturnas, que había sido vista en el barranco del Tejocote la noche del hallazgo de Leonor Echeverría con una capacidad para describir la escena que ningún testigo ordinario habría podido tener.

Tomás leyó todo. Lo leyó dos veces. Luego cerró la carpeta, la volvió a colocar en su lugar entre los demás asuntos pendientes, y pasó el resto de la mañana ordenando el archivo con la concentración de quien necesita tiempo para decidir qué hacer con lo que acaba de descubrir.

Esa tarde fue a la casa del manantial.

Macaria lo estaba esperando, no porque supiera que vendría sino porque a esa hora del día casi siempre venía alguien, y la expresión que traía Tomás cuando llegó era diferente a la de las visitas anteriores: más seria, más hacia adentro, con algo que Macaria reconoció como el peso específico de quien ha visto algo que no puede dejar de ver.

—Hay un expediente —dijo Tomás, sentándose frente a la mesa sin esperar que le ofrecieran el banco.

Macaria puso las hierbas que estaba clasificando a un lado.

—¿Desde cuándo?

—Tres años por lo menos. Quizás más.

—¿Qué dice?

—Lo que usted esperaría que dijera si lo hubiera escrito alguien que lleva tres años recopilando razones para tener razón —dijo Tomás—. Denuncias de vecinos. El reporte de fray Anselmo sobre su madre. Y en las últimas páginas, desde la muerte de Leonor, referencias a usted.

Macaria lo miró.

—¿Puedo verlo?

—No puedo sacarlo del despacho. Pero puedo copiar las partes más relevantes.

—¿Lo hará?

Tomás la miró durante un momento.

—Ya lo estoy haciendo —dijo—. Llevo dos horas copiando de memoria desde que lo leí esta mañana.

Sacó de la chaqueta un papel doblado. Macaria lo tomó y lo leyó con la lentitud de quien lee algo importante: párrafo por párrafo, sin saltarse nada, sin mostrar en la cara lo que iba pensando.

Cuando terminó, dobló el papel y lo puso sobre la mesa.

—Los denunciantes son anónimos —dijo.

—Sí.

—¿Cuántos de ellos cree usted que han venido aquí de noche?

Tomás pensó en eso.

—Varios —dijo.

—¿Los puede identificar por la descripción de los remedios que mencionan?

—Algunos, quizás. La descripción de una infusión para la fiebre o de un cataplasma para las rozaduras no es suficientemente específica. Pero hay una denuncia que describe con mucho detalle un remedio para lo que llama *tristeza del alma*. Eso es más difícil de inventar si no se vivió.

—¿Quién es?

—No lo sé todavía. Pero puedo buscar.

Macaria asintió.

—¿Y el reporte de fray Anselmo sobre mi madre?

—Está firmado pero es cuidadoso. No la acusa de nada que pueda sostenerse como delito formal. Es el tipo de documento que no hace daño por sí solo pero que junto con otros puede usarse para construir un patrón.

—¿Y lo que dicen de mí desde la muerte de Leonor?

Tomás vaciló un momento.

—Que usted fue la primera en encontrar el cuerpo. Que describió la escena con un nivel de detalle imposible para alguien que llegó después. Que tiene antecedentes de prácticas heterodoxas heredadas de su madre. Y que su presencia en el velorio fue suficientemente perturbadora como para que la familia la expulsara.

—¿Eso último está en el expediente?

—Hay una nota marginal. Sin firma.

Macaria miró el papel doblado sobre la mesa.

—¿Quién lo alimenta? —preguntó—. No me refiero a los denunciantes anónimos. Me refiero a quién decide qué entra y qué no entra.

Tomás la miró.

—El escribano mayor recibe las denuncias. Pero hay cosas en ese expediente que el escribano mayor no habría incluido por su propia iniciativa. Alguien con más jerarquía le indica qué conservar.

—¿Don Baltasar?

—O fray Anselmo. Probablemente los dos, en distintos momentos.

—¿Y el expediente se enviará a alguna autoridad superior?

—Si llega a eso —dijo Tomás—, se enviaría al tribunal eclesiástico de la capital. Y ahí el proceso sería distinto. Más formal, más lento, y más difícil de detener desde afuera.

Macaria se levantó del banco y fue a la ventana. El manantial era visible desde allí, entre los magueyes, con su vapor de la tarde que ya empezaba a subir cuando el aire se enfriaba. Lo miró durante un momento.

—Entonces tenemos tiempo —dijo—. Pero no mucho.

—No —dijo Tomás.

—¿Qué necesita del expediente que no tengamos todavía?

—No del expediente. Lo que necesito es algo que contradiga el patrón que están construyendo. El expediente dice que usted sabe cosas que no debería poder saber. La única manera de destruir eso no es negarlo sino explicarlo.

—¿Explicar cómo?

—Explicar que lo que parece sobrenatural tiene una causa racional. Que usted encontró el cuerpo de Leonor porque siguió huellas que nadie más buscó. Que describe la escena con precisión porque tiene ojos y los usa. Que atiende enfermos porque conoce plantas y los conoce también. —Tomás hizo una pausa—. El problema es que una explicación racional, en este pueblo, es exactamente tan difícil de creer como una sobrenatural.

Macaria lo miró.

—¿Lo cree usted?

—¿Qué?

—Que lo que yo hago tiene explicación racional.

Tomás no respondió de inmediato. Era de los que tardaban en responder cuando la pregunta era importante, que era una de las cosas que Macaria valoraba en él precisamente porque era poco común.

—Sí —dijo finalmente—. Lo creo. Lo que no sé todavía es cómo hacer que otros lo crean también, cuando prefieren la otra versión.

—¿Por qué prefieren la otra versión?

—Porque la otra versión no los obliga a mirar lo que usted ve —dijo Tomás—. Si usted es bruja, el horror tiene origen sobrenatural y nadie tiene que preguntarse cómo llegó la niña al barranco. Si usted no es bruja, tienen que preguntárselo. Y la respuesta a esa pregunta tiene apellido.

Macaria lo miró con algo que no era exactamente sorpresa pero se le parecía: el reconocimiento de que Tomás de Arévalo había llegado solo a la misma conclusión que ella, por un camino diferente.

—Ahora busquemos a Jacinta —dijo.

Esa búsqueda tomó cuatro días y dos favores que Tomás no tenía guardados sino que tuvo que construir en el momento, lo cual era una manera de decir que hizo cosas que no estaban en su descripción de trabajo y que nadie le pediría que hiciera, pero que hizo de todas formas con la parsimonia del hombre que ha entendido que hay momentos donde la conveniencia y la conciencia no caben en el mismo espacio y hay que elegir.

La primera pista llegó de una mujer que debía un favor a la memoria de Ixchel: le dijo a Macaria que había visto a Jacinta siendo llevada hacia el norte del pueblo, hacia los jacales de la ladera del Tejocote donde vivían algunos peones de la hacienda Echeverría y donde los brazos de don Baltasar llegaban con la misma facilidad que llegaban en todas partes.

La segunda pista la consiguió Tomás revisando los registros de jornaleros del cabildo: un peón llamado Epifanio Garduño, hermano del administrador Celso, había firmado un registro de trabajo temporal en esa ladera la semana del hallazgo de Leonor. Eso no probaba nada. Pero ubicaba un apellido en el lugar correcto.

Tomás fue hasta ese jacal en la mañana, con el pretexto de verificar un registro de trabajo. Y en el segundo cuarto del jacal, detrás de una manta que hacía las veces de puerta, encontró lo que buscaban: una mujer de unos treinta años, acostada en un petate, con la cara de quien ha llorado mucho y duerme poco y tiene el tipo de miedo que no se va con el reposo.

—Es Jacinta —le dijo a Macaria esa tarde, cuando volvió al manantial.

—¿Está viva?

—Sí. Asustada y golpeada, pero viva.

—¿Habló con usted?

—No. Cuando me vio con la ropa del cabildo se hizo hacia la pared. Creo que me confundió con alguien enviado por don Baltasar.

Macaria pensó en eso.

—Entonces tiene que ser yo quien hable con ella —dijo.

—Eso es más arriesgado.

—¿Para quién?

Tomás hizo una pausa.

—Para las dos —dijo.

—Sí —dijo Macaria—. Pero es la única manera.

Tomás asintió, con el gesto de quien acepta algo que no le gusta porque entiende que la alternativa es peor. Luego sacó de la chaqueta el papel

donde había seguido copiando fragmentos del expediente durante los días anteriores.

—Hay algo más que encontré —dijo—. En las últimas páginas. Una nota que no estaba cuando lo leí la primera vez. Alguien la añadió en los últimos días.

—¿Qué dice?

—Que existe la posibilidad de elevar el caso a la autoridad eclesiástica superior antes de que concluya el proceso local. Y que hay al menos un testigo dispuesto a declarar que vio a Macaria Arriozábal Xólotl realizar prácticas nocturnas en el barranco del Tejocote la noche anterior a la desaparición de Leonor Echeverría.

Macaria lo miró.

—¿La noche anterior?

—Sí.

—Esa noche yo estaba en la casa.

—Lo sé.

—¿Hay algún testigo que pueda confirmar que yo estaba en la casa?

Tomás tardó en responder.

—No que yo sepa —dijo finalmente—. Las visitas nocturnas vienen a usted, no traen testigos.

Macaria asintió.

—Entonces el expediente puede destruirme aunque todo lo que dice sea mentira.

—Sí —dijo Tomás, con la honestidad del que no sabe mentir cuando la verdad es lo que la otra persona necesita escuchar—. Puede.

Macaria guardó silencio durante un momento. El manantial seguía brotando afuera, con su vapor de la tarde, con su insistencia de siempre. Desde donde estaban podía escucharse también, muy lejos, las campanas de la iglesia llamando al rosario, que era la oración de la tarde y que en ese pueblo tenía la puntualidad de las cosas que el miedo hace regulares.

—Mañana voy a ver a Jacinta —dijo Macaria.

—¿Sola?

—¿Usted quiere venir?

Tomás la miró.

—Sí —dijo.

—Entonces venga —dijo Macaria—. Pero deje la ropa del cabildo en casa.

Tomás se fue cuando la tarde empezaba a oscurecer. Macaria se quedó con el papel doblado de las notas sobre el expediente frente a ella, en la mesa de las hierbas donde su madre había atendido a medio pueblo durante décadas. Leyó el papel una vez más. Luego fue al rebozo donde guardaba las notas de Ixchel cosidas en el forro y añadió el papel de Tomás junto a ellas,

con los mismos puntos pequeños y seguros, porque lo que estaba escrito en ese papel era exactamente el tipo de información que no podía quedarse en ningún cajón ni en ningún lugar visible. Era la anatomía de la trampa que le estaban tendiendo. Y las trampas, le había dicho Ixchel una vez, no se evitan cerrando los ojos. Se evitan viéndolas antes de que se cierren.

CAPÍTULO 8

La casa del conde muerto

La hacienda Arriozábal. Días después.

La hacienda de los Arriozábal estaba a tres horas de camino de San Jerónimo de los Altos, hacia el norte, pasando dos cerros pelados y un arroyo que en temporada de lluvias se volvía intransitable y en temporada seca dejaba en su lecho una franja de piedra blanca y polvo fino que los viajeros cruzaban con la resignación de quien camina sobre lo que alguna vez fue agua. La hacienda misma era visible desde lejos: un conjunto de construcciones de adobe y piedra levantadas sobre una loma, con una capilla privada de la que solo sobresalía la cruz sobre los muros, y una casa principal de dos pisos que en otro tiempo había tenido pretensiones de nobleza y que ahora tenía solo el aspecto de quien ha sobrevivido a sus propias pretensiones.

Tomás consiguió el permiso para ir. No de don Baltasar, que no sabía que iban ni habría dado ningún permiso si lo hubiera sabido, sino de un pariente lejano de los Arriozábal que administraba la propiedad desde la ciudad y que firmó sin preguntar demasiado cuando Tomás presentó el asunto como una verificación rutinaria de linderos relacionada con el caso de la niña Echeverría.

—¿Por qué la hacienda Arriozábal tiene que ver con la niña Echeverría? —preguntó el pariente, que no era tonto sino simplemente ocupado.

—Porque el camino de acceso al barranco del Tejocote pasa por tierras que tienen un convenio de uso compartido con su hacienda —dijo Tomás, con la naturalidad del hombre que ha aprendido que la burocracia funciona bien cuando se le da una razón que suene suficientemente aburrida—. Es solo para descartar cualquier implicación en el proceso.

El pariente firmó.

Fueron en una mañana de cielo gris, que era el tipo de cielo que ese altiplano producía con regularidad en esa época del año: no exactamente nublado, no exactamente despejado, sino con una luz difusa que lo hacía todo levemente incierto. Tomás llevaba su maletín y Macaria llevaba el rebozo con las notas de Ixchel cosidas en el forro, porque había aprendido de su madre que las cosas importantes no se dejan en casa cuando uno no sabe en qué va a convertirse el día.

Hablaron poco durante el camino. No porque no hubiera qué decir, sino porque había demasiado que decir y el camino no era el lugar para decirlo. Macaria miraba el monte, las nopaleras, los magueyes, las barrancas que

cortaban el terreno como cicatrices antiguas, con la atención de siempre. Tomás miraba el camino y, cuando creía que ella no lo veía, la miraba a ella, con la expresión de alguien que está aprendiendo algo sin tener del todo claro qué es.

La hacienda tenía portón abierto cuando llegaron. Los perros los recibieron con ladridos de protocolo, sin convicción. Un muchacho salió a recibirlos y los llevó hasta la sala de la casa principal, donde los dejó esperando frente a un retrato grande de un hombre de peluca empolvada con el escudo de los Arriozábal al fondo.

Macaria miró el retrato.

—¿Ese es su abuelo? —le preguntó Tomás en voz baja.

—El padre de mi padre —dijo Macaria—. Mi abuelo. —Lo miró durante un momento—. No se parecía tanto a él como yo creía.

Antes de que pudiera decir más, entró Brígida.

Era una mujer de setenta años o más, de movimiento lento pero ojo vivo, con el tipo de cara que produce quien ha pasado décadas observando a personas con más poder que ella y ha aprendido a construir en la superficie una expresión que no dice nada, mientras adentro guarda todo. Llevaba el mandil de la hacienda y las manos manchadas de tierra húmeda, que indicaban que había estado en el huerto cuando llegaron y no se había tomado el tiempo de lavárselas antes de salir, lo cual a su vez indicaba que quería verlos antes de que cualquier otra persona de la hacienda tuviera oportunidad de hablar con ellos primero.

—¿Quién pregunta por los linderos? —dijo, mirando a Tomás.

—Yo. Soy el escribano auxiliar del cabildo de San Jerónimo.

—¿Y ella? —dijo, mirando a Macaria con una atención que no era hostil sino calibradora.

—Soy Macaria Arriozábal Xólotl —dijo Macaria.

Brígida la miró durante un momento largo. Luego dijo:

—Tiene los ojos del conde.

—Me dicen eso —dijo Macaria.

—¿Qué quiere saber?

—Lo que usted quiera contarme —dijo Macaria—. Sobre don Alonso. Sobre la hacienda. Sobre lo que ocurrió antes de que él muriera.

Brígida consideró eso durante un momento. Tenía el tipo de cara que no da información de manera gratuita, que calcula primero si el que pregunta merece lo que se le va a decir.

—¿Para qué?

—Para entender algo que empezó mucho antes de que yo naciera y que todavía no ha terminado —dijo Macaria—. Una niña murió en San Jerónimo. Y creo que los hilos que la mataron vienen de aquí, de algo que ocurrió entre

las familias Arriozábal, Echeverría y Santillana antes de que ninguna de las personas que hoy llevan esos apellidos supiera que existían esos hilos.

Brígida miró a Tomás.

—¿Y usted?

—Yo anoto —dijo Tomás.

Brígida los hizo pasar al corredor interior, lejos de la sala del retrato y de los oídos del muchacho que había ido a buscar agua. Se sentaron en bancos de madera junto a una ventana que daba al huerto, donde los surcos recientes y el olor de la tierra húmeda decían que Brígida había estado trabajando esa mañana con la seriedad de quien tiene ochenta años y no piensa dejar de hacer lo que sabe hacer porque el cuerpo ya no se lo pone fácil.

—Don Alonso —dijo Brígida, sin más preámbulo—. Era un hombre bueno en el sentido de los hombres de su clase: bueno para lo que su clase le permitía ser bueno. Para lo demás, era como todos. Derrochador. Orgulloso. Capaz de hacer daño sin darse cuenta porque el daño que hace uno sin darse cuenta es el que más duele a los que lo reciben.

—¿La conoció a mi madre? —dijo Macaria.

—Sé que existía. Él no hablaba de ella con nombre, pero hablaba de una mujer del pueblo del norte que tenía los ojos de las personas que ven más de lo que uno querría que vieran. —Brígida la miró—. Así que sí. La conocí sin conocerla.

—¿Sabe si supo que yo existía?

—No lo creo —dijo Brígida—. Pero hay algo que sí creo: que si lo hubiera sabido, habría tenido que decidir entre usted y todo lo demás que tenía. Y para esa decisión ya era tarde cuando murió.

Macaria asintió. Guardó eso sin comentarlo.

—El duelo con el marqués de Santillana —dijo—. ¿Fue solo por la deuda de juego?

Brígida tardó en responder. Miró el huerto por la ventana durante un momento, como si la respuesta estuviera entre los surcos y necesitara tiempo para encontrarla.

—La deuda de juego existía —dijo finalmente—. Pero no era suficiente para un duelo. Los hombres de esa clase se deben dinero constantemente y rara vez se matan por eso. —Hizo una pausa—. Don Alonso descubrió algo. Algo que los Echeverría y el marqués de Santillana hacían y que él no quería que siguiera haciéndose.

—¿Qué cosa?

—No lo sé con precisión. Él no me lo contó con detalle porque no era su costumbre contarme las cosas con detalle, y porque yo creo que él mismo no lo entendía completamente. Lo que sé es que en los meses antes de morir estuvo diferente. Inquieto. Revisando papeles a horas raras. Quemando cosas en la chimenea. Y tuvo una conversación con un hombre que no era

del pueblo ni de la hacienda, que llegó de noche y se fue antes del amanecer, y después de esa conversación don Alonso estuvo tres días sin hablar con nadie.

—¿Quién era ese hombre?

—No lo sé. Nunca vi su cara. Pero escuché parte de la conversación. Hablaron de niñas. De varios nombres que yo no reconocí. Y de una palabra que sí reconocí porque la había escuchado antes en boca de don Baltasar de Echeverría cuando vino a visitar la hacienda: *el cuarto cerrado.*

Tomás levantó los ojos de su libreta.

—¿El cuarto cerrado? —repitió.

—Eso escuché —dijo Brígida—. No sé qué cuarto ni dónde. Pero don Alonso lo dijo con el tono de quien habla de algo que no debería existir.

Macaria miró a Tomás un momento. Luego volvió a Brígida.

—¿Hay papeles de don Alonso todavía en la hacienda?

—Pocos. La mayoría los quemó él mismo. Algunos los llevaron los parientes de la ciudad cuando murió. Pero hay una caja en el cuarto del fondo que nadie ha abierto en años porque nadie tenía motivo para abrirla.

—¿Podemos verla?

Brígida los miró a los dos durante un momento.

—¿Encontrarán lo que buscan?

—No lo sé —dijo Macaria—. Pero encontraremos lo que haya.

Brígida los llevó al cuarto del fondo, que era el cuarto más alejado de la sala principal y el que olía más a tiempo sin abrir: polvo, madera seca, el olor específico de las cosas que llevan mucho tiempo en el mismo lugar esperando que alguien las necesite. La caja era de madera oscura, con una cerradura que Brígida abrió con una llave que llevaba colgada del cinturón entre otras llaves, con la naturalidad de quien guarda muchas cosas bajo llave y ya no recuerda cuál es más importante que las demás.

Adentro había papeles sueltos, un medallón semejante al que Macaria llevaba en el forro del rebozo, un libro de cuentas con las últimas páginas arrancadas, y una carta doblada que no tenía nombre en el exterior pero que al abrirla empezaba con *Alonso* en letra de alguien que escribía con urgencia.

Macaria la leyó de pie, junto a la ventana pequeña que daba al patio trasero.

Cuando terminó, dobló la carta y se quedó mirando el patio durante un momento.

—¿Qué dice? —preguntó Tomás.

—Que hay niñas —dijo Macaria, con la voz de quien elige las palabras con cuidado porque las palabras correctas importan—. Niñas que desaparecen. Niñas a las que nadie busca porque son de las que el mundo no busca. Y que los Echeverría y Santillana las usaban como moneda en negocios que no

tenían nombre presentable. Don Alonso quiso apartarse. O quiso detenerlo. La carta no dice exactamente qué intentó, pero dice que lo intentó. Y que quien la escribió le advertía que intentarlo era suficiente razón para que lo mataran.

El cuarto quedó en silencio durante un momento.

—¿Quién escribió la carta? —dijo Tomás.

—No hay nombre —dijo Macaria—. Pero hay una fecha. Y esa fecha es tres semanas antes del duelo con Santillana.

Tomás lo anotó en su libreta.

Entre los papeles sueltos, Macaria encontró también un registro de pagos a una partera que no pertenecía a San Jerónimo. Los pagos fueron hechos por encargo de los Echeverría, en fechas que no correspondían a ningún nacimiento registrado en la familia. Uno de esos pagos tenía una nota al margen, escrita con la letra de don Alonso: *la criatura de Echeverría, ¿dónde está?*

Macaria miró esa línea durante un tiempo largo.

—Leonor —dijo finalmente, en voz baja.

—¿Qué?

—Leonor pudo haber encontrado estos papeles. O algo parecido. Y pudo haber empezado a entender lo que significaban. Por eso la mataron. No porque fuera la hija de don Baltasar. Sino porque empezó a ser la hija que sabía demasiado.

Tomás la miró.

—¿Y nosotros? —dijo.

Macaria lo miró.

—Nosotros también empezamos a saber demasiado —dijo.

Fue entonces cuando escucharon pasos en el corredor exterior. Pasos que no eran de Brígida, que caminaba despacio y con un sonido reconocible. Eran pasos de alguien que caminaba rápido y que se detuvieron justo antes de la puerta del cuarto del fondo.

Macaria y Tomás se miraron.

Tomás cerró la libreta y la guardó en la chaqueta. Macaria dobló la carta y la puso en el forro del rebozo junto a las demás notas, con movimientos rápidos y seguros. Luego los dos se quedaron quietos, mirando la puerta.

Los pasos se alejaron.

Cuando salieron del cuarto, Brígida los esperaba en el corredor con la expresión de quien acaba de ver algo que no le gusta y que prefería no haber visto.

—Había alguien —dijo Macaria, sin preguntarlo.

—Un hombre —dijo Brígida—. No es de aquí. Llegó esta mañana antes de que ustedes llegaran. Dijo que venía de la ciudad a revisar el estado de la propiedad.

—¿Lo había visto antes? —dijo Tomás.

—No. Pero tiene la ropa y el porte de los que trabajan para personas que no aparecen en el papel con su nombre.

Macaria y Tomás se miraron de nuevo.

—Tenemos que irnos —dijo Macaria.

Se fueron. Caminaron rápido hacia el portón, sin correr, con el paso de quien tiene prisa pero no quiere que se note. En el portón, Brígida los alcanzó con los pasos que le permitía el cuerpo.

—Cuídense —les dijo, y era una advertencia sin adorno, del tipo que se da cuando el peligro ya no requiere ser descrito porque está en el aire.

En el camino de regreso, ya lejos de la hacienda, Tomás habló primero.

—El hombre de la hacienda —dijo.

—El emisario del marqués de Santillana —dijo Macaria—. O alguien que trabaja para él.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque Brígida dijo que tenía el porte de los que trabajan para personas que no aparecen en el papel con su nombre. Y el marqués de Santillana lleva años sin aparecer en ningún papel con su nombre en todo lo que tiene que ver con San Jerónimo.

—¿Sabe que estuvimos ahí?

—Probablemente.

—¿Y qué harán?

Macaria miró el camino hacia adelante, los cerros pelados, el arroyo seco, el polvo blanco que el viento levantaba en pequeños remolinos.

—Lo que siempre hacen los que tienen mucho que perder —dijo—. Apresurarse.

CAPÍTULO 9

La confesión de Jacinta

San Jerónimo de los Altos. La ladera del Tejocote.

Macaria fue sola al jacal de la ladera.

Tomás la acompañó hasta el inicio del camino y allí se detuvo, no porque no quisiera seguir sino porque Macaria había sido clara: una mujer golpeada y escondida no abriría la boca frente a un hombre con ropa de cabildo, aunque ese hombre llevara la ropa más informal que tuviera. El miedo de Jacinta no era el tipo de miedo que desaparece cuando el que asusta cambia de camisa.

—Si en una hora no bajo —le dijo Macaria—, suba.

—¿Y si cuando suba ya no hay nadie?

—Entonces busque en el arroyo del norte —dijo Macaria—. Hay una cueva pequeña, detrás de los ahuehuetes, que mi madre usaba cuando necesitaba estar en un lugar que no fuera ni el pueblo ni la casa.

Tomás la miró.

—¿Espera que las cosas se pongan así de mal?

—Espero que no —dijo Macaria—. Pero esperarlo no cuesta nada y no esperarlo puede costar mucho.

Subió sola por la ladera del Tejocote.

El jacal era el segundo de una hilera de tres, construidos con adobe y techo de paja, con el piso de tierra apisonada que en esa época del año recogía el frío desde abajo y lo guardaba toda la noche. Llegó cuando el sol ya estaba bajo y la sombra de los cerros cubría la ladera, que era la hora en que los trabajadores de campo volvían y el ruido de las voces y los animales hacía más fácil moverse sin ser el sonido más notable del lugar.

Llegó a la puerta y llamó con los nudillos, dos veces, con el intervalo que Ixchel usaba.

Nada.

Llamó de nuevo.

Una voz desde adentro, baja, apenas audible:

—¿Quién?

—Macaria Arriozábal Xólotl —dijo—. Hija de Ixchel Xólotl.

Silencio. Luego el sonido de algo moviéndose. Luego nada.

—No voy de parte de don Baltasar —dijo Macaria, con la voz quieta de quien habla con alguien a través de una puerta cerrada y sabe que el tono importa más que las palabras—. Fui al barranco del Tejocote. Vi lo que le hicieron a Leonor. Y sé que usted también lo vio.

Silencio largo.

Luego la puerta se abrió.

Jacinta era una mujer de unos treinta años que en ese momento parecía tener cuarenta y cinco. Tenía el ojo derecho todavía marcado con el amarillo que deja un golpe cuando pasa de la semana pero no ha desaparecido del todo. El labio inferior tenía una costra de sangre seca que no era de hoy pero tampoco era de hace mucho. Y tenía la expresión de quien ha llorado tanto que llorar ya no alivia nada sino que simplemente ocurre cuando el cuerpo decide que ocurra.

Macaria entró. Cerró la puerta. Se sentó en el único banco que había y esperó.

Jacinta se quedó de pie junto a la pared, mirándola con la desconfianza específica de quien ha aprendido que las personas que dicen venir a ayudar a veces vienen a otra cosa.

—¿Por qué usted? —dijo.

—Porque nadie más va a venir —dijo Macaria—. Y porque si no habla con alguien pronto, lo que sabe se queda solo en usted. Y sola con eso no va a poder.

—¿Y usted qué va a hacer con lo que le diga?

—Usarlo para entender qué le pasó a Leonor.

—¿Para qué? Ya está muerta.

—Para que lo que la mató no quede sin nombre —dijo Macaria—. Y para que no me maten a mí con la misma mentira que usaron con ella.

Jacinta la miró durante un momento. Luego fue despacio al petate en el rincón y se sentó en el borde, con las manos sobre las rodillas y la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante, en la postura de alguien que va a hablar pero todavía no sabe desde dónde empezar.

—La noche antes de la procesión —dijo finalmente, con la voz de quien escoge cada palabra como si cada palabra pudiera hacerle daño—, Leonor no estaba bien.

—¿Qué quiere decir?

—Estaba asustada. Llevaba días asustada pero esa noche era diferente. Más. Como cuando uno sabe que algo va a pasar y no sabe cómo decirlo.

—¿Habló con usted?

—Un poco. Me dijo que había visto algo en los papeles del escritorio de su padre. Algo que no entendía pero que le daba miedo.

—¿Qué cosa vio?

—No me lo dijo con claridad. Solo que había nombres. Nombres de niñas. Y una fecha que ella reconocía porque la había escuchado antes en una conversación que no debería haber escuchado.

—¿Qué fecha?

—No sé. No me lo dijo.

—¿Y los nombres?

—Tampoco. Solo dijo que eran niñas que ya no estaban y que nadie preguntaba por ellas.

Macaria guardó eso en el lugar de la memoria donde guardaba las cosas que todavía no tenían forma completa pero que la iban adquiriendo a medida que se juntaban con otras.

—¿Qué más le dijo Leonor esa noche?

Jacinta apretó las manos sobre las rodillas.

—Que había tomado un papel. Del escritorio de su padre. Que lo había guardado porque pensaba que necesitaba tenerlo pero que también tenía miedo de que alguien se diera cuenta.

—¿Dónde lo guardó?

—En el corpiño. Me lo dijo ella misma. Que si algo le pasaba, que buscaran el papel en el corpiño.

Macaria se quedó quieta un momento.

—¿Y en el barranco? ¿Tenía el papel cuando la encontraron?

—No lo sé. Yo no bajé al barranco. No me dejaron bajar.

—¿Quién no la dejó?

Jacinta vaciló. Era la primera vez que vaciló desde que empezó a hablar, y ese titubeo tenía el peso específico de las cosas que están demasiado cerca para decirse con facilidad.

—Celso Garduño —dijo finalmente.

—El administrador.

—Sí. Me dijo que las mujeres no tenían qué hacer allá abajo y que me fuera a la cocina. Y yo me fui porque cuando Celso Garduño le dice a una que se vaya, una se va.

—¿Por qué?

—Porque Celso Garduño sabe cosas —dijo Jacinta—. Y los que saben cosas de esa clase tienen maneras de hacer que los que no saben se queden callados.

—¿Qué tipo de cosas sabe?

—Las de todos en la casa —dijo Jacinta—. Pero sobre todo las de don Baltasar. Las que don Baltasar no puede contarle a nadie porque son las que lo destruirían si salieran.

—¿Y Celso Garduño las usa?

—No las usa —dijo Jacinta—. Las guarda. Que es peor. Porque cuando uno guarda algo que puede destruir a alguien, ese alguien sabe que la amenaza nunca termina.

Macaria asintió.

—La noche en que encontraron a Leonor —dijo—, usted dijo que vio sangre lavada en el patio y ropa quemada. ¿Qué más vio?

Jacinta miró sus propias manos.

—Vi a un hombre que no era del pueblo salir por la puerta trasera antes del amanecer. Un hombre viejo, de ropa oscura y cara cerrada.

—¿Cómo de viejo?

—Sesenta años, quizás más. Con el tipo de porte de los que han mandado toda la vida sin tener que decir que mandan.

Macaria guardó esa descripción junto a la del hombre que había visto en la hacienda Arriozábal al final del día de la visita. El emisario del marqués de Santillana. El hombre que aparecía cerca de los eventos sin aparecer en ningún papel.

—¿Lo había visto antes en la casa?

—Una vez. Meses atrás. Llegó a reunirse con don Baltasar de noche y se fue antes de que los criados empezaran su jornada.

—¿Sabe su nombre?

—No. Nunca escuché que lo nombraran.

—¿Y Leonor lo conocía?

Jacinta pensó en eso.

—No sé si lo conocía —dijo—. Pero el día que ese hombre llegó la primera vez, Leonor estuvo muy rara. Callada. Con los ojos de los que han escuchado algo que no deberían haber escuchado.

Macaria se puso de pie despacio.

—Jacinta —dijo—. Necesito que me dé algo.

—¿Qué cosa?

—Lo que tenga. Cualquier cosa que sea de esa noche y que no haya entregado a nadie.

Jacinta la miró durante un momento. Luego se levantó del petate y fue a un rincón del jacal donde había una bolsa de tela colgada en un clavo de la pared. Metió la mano, buscó, y sacó una llave pequeña de hierro, oscura por el uso, con una muesca en la parte superior que la hacía diferente de las llaves comunes.

—La encontré en el piso del corredor esa noche —dijo—. No sé de qué puerta es. Pero no era mía y no era de ningún cuarto que yo conociera en la casa.

Macaria tomó la llave. La sostuvo en la palma de la mano y la miró.

—¿Se la dio a alguien?

—A nadie. La guardé porque no supe qué hacer con ella. Y luego ya no tuve a quién dársela porque me encerraron aquí.

Macaria cerró la mano alrededor de la llave.

—Gracias —dijo.

—¿De verdad puede ayudarme? —preguntó Jacinta, con la voz de alguien que ha aprendido a no esperar que la ayuda llegue pero que todavía no ha terminado de aprender a no pedirla.

—No lo sé —dijo Macaria, porque la honestidad era lo único que podía darle que valiera algo—. Pero voy a intentarlo.

Salió del jacal cuando ya oscurecía. Bajó la ladera hacia donde Tomás la esperaba, con la llave apretada en la mano derecha dentro del bolsillo del rebozo.

Tomás la vio llegar y supo por la manera en que caminaba que había encontrado lo que fue a buscar.

—¿Habló? —dijo.

—Sí.

—¿Y?

—Leonor tomó un papel del escritorio de su padre antes de morir. Lo guardó en el corpiño. El papel tenía nombres de niñas que ya no estaban y que nadie buscaba.

Tomás guardó silencio durante un momento.

—¿El papel estaba cuando encontraron el cuerpo?

—No lo sé todavía. Pero si lo tenía encima cuando la bajaron al barranco, alguien lo tomó antes de que llegaran los hombres del cabildo.

—¿Celso Garduño?

—O el hombre viejo de ropa oscura que Jacinta vio salir por la puerta trasera antes del amanecer —dijo Macaria—. El mismo que vi en la hacienda Arriozábal.

—El emisario del marqués.

—Sí.

Tomás miró la mano cerrada de Macaria.

—¿Y eso que lleva en la mano?

Macaria abrió la palma. La llave pequeña de hierro brilló levemente con la última luz del atardecer.

—Una llave que Jacinta encontró en el piso del corredor esa noche —dijo—. De un cuarto que ella no conocía en la casa Echeverría.

Tomás la miró.

—¿El cuarto cerrado?

—Eso pensé yo también —dijo Macaria—. La pregunta es cómo entrar a la casa para verificarlo.

—Eso es muy peligroso.

—Sí —dijo Macaria—. ¿Y?

Tomás la miró durante un momento con la expresión de alguien que está a punto de decir algo sensato y sabe que no va a decirlo.

—¿Cuándo? —dijo.

—La próxima noche de vigilia religiosa —dijo Macaria—. Cuando don Baltasar esté en la iglesia y los criados estén ocupados con la ceremonia. Eso nos da entre una y dos horas.

—¿Y si la llave no abre nada?

—Entonces salimos con las manos vacías y nadie sabrá que entramos.

—¿Y si sí abre?

—Entonces lo que encontremos determinará todo lo que sigue —dijo Macaria.

Caminaron en silencio hacia el pueblo. La noche bajaba desde los cerros con la misma paciencia de siempre, cubriendo primero las cañadas, luego las laderas, luego los techos del pueblo que empezaban a iluminarse uno a uno con el fuego de las cocinas y las velas del rosario.

Pero antes de llegar al primer jacal del pueblo, Tomás se detuvo.

—Macaria —dijo.

Ella lo miró.

—Jacinta —dijo Tomás—. ¿Está segura allá arriba?

Macaria pensó en eso durante un momento que fue más largo de lo habitual.

—No —dijo.

—¿Entonces?

—Entonces hay que moverla antes de que los Echeverría se den cuenta de que habló —dijo Macaria—. ¿Conoce algún lugar?

Tomás pensó.

—Mi tía —dijo—. Vive sola en el borde sur del pueblo. No hace preguntas si yo le pido que no las haga.

—¿Lo hará?

—Si se lo pido, sí.

—Pídalo —dijo Macaria—. Esta noche.

Y siguieron caminando hacia el pueblo, con la llave en el bolsillo del rebozo y el nombre de Jacinta en la cabeza y la certeza compartida de que el tiempo que tenían para usar lo que sabían era exactamente el tiempo que sus adversarios necesitaban para darse cuenta de que lo sabían.

Lo cual no era mucho.

Lo cual nunca era suficiente.

Lo cual era, de todas formas, lo que había.

CAPÍTULO 10

El bautizo oscuro

San Jerónimo de los Altos. La plaza y la iglesia.

El nombre de Macaria Arriozábal Xólotl empezó a pronunciarse en voz alta cuando antes se pronunciaba solo en voz baja, y eso marcó el momento en que el miedo del pueblo pasó de ser privado a ser público, que era el momento más peligroso de todos porque el miedo público necesita un objeto y una ceremonia.

Ocurrió en el plazo de tres días.

El primer día, alguien arrojó sal frente a la puerta de la casa del manantial. Macaria lo encontró al amanecer, el montón blanco sobre la piedra del umbral, y lo barrió sin comentarlo. Sal frente a la puerta era una práctica antigua, de cuando el miedo del pueblo todavía no sabía si ponerse del lado de la Iglesia o del lado de los ritos anteriores a la Iglesia, y que por eso hacía las dos cosas al mismo tiempo con la esperanza de que al menos una funcionara.

El segundo día, los niños del pueblo cantaron una canción bajo su ventana que tenía la métrica irregular de las cosas inventadas en el momento pero el veneno preciso de las cosas que llevan mucho tiempo pensándose. Macaria los escuchó desde adentro sin salir. Luego escuchó a las madres llamarlos, no con la urgencia de quien llama porque los niños han hecho algo malo sino con la urgencia de quien llama porque los niños van a hacer algo que los adultos necesitan que hagan en otra parte.

El tercer día, fray Anselmo organizó una misa de desagravio.

No la nombró en el sermón. No era necesario. El sermón habló de mujeres bautizadas por la soberbia, de sangre mezclada como puerta del demonio, de prácticas nocturnas que corrompían la fe del pueblo, de la necesidad de purificarse colectivamente para que el mal no se extendiera como la plaga que era. Cada frase tenía un destinatario invisible que todos los presentes veían con claridad. La misa duró dos horas. Al salir, varios hombres se persignaron frente a la casa del manantial, que quedaba en el camino entre la iglesia y la plaza.

Fue después de esa misa cuando llegó el citatorio.

Macaria lo recibió de manos de un alguacil joven que lo entregó con la prisa de quien quiere cumplir el encargo y alejarse lo antes posible. Era un papel oficial del cabildo que la citaba a comparecer ante el alcalde mayor y el representante eclesiástico del pueblo al día siguiente al mediodía, en la sala del juzgado, para responder preguntas relacionadas con el fallecimiento de Leonor Echeverría y con denuncias de prácticas contrarias a la fe.

Macaria leyó el citatorio una vez. Luego fue a buscar a Tomás.

Lo encontró en el despacho del escribano, copiando un documento con la concentración de quien hace dos cosas al mismo tiempo: la que se ve y la que no se ve. Cuando Macaria llegó con el papel en la mano, Tomás lo leyó y dejó la pluma sobre el tintero.

—¿Cuándo lo recibió?

—Hace una hora.

—¿Va a ir?

—Si no voy, el citatorio se convierte en prueba de rebeldía —dijo Macaria—. Y la rebeldía en este contexto equivale a culpa. Tengo que ir.

—¿Qué necesita de mí?

—Que esté en la sala —dijo Macaria—. No como mi representante. Como testigo de lo que ocurra. Con la libreta.

—¿Me lo permitirán?

—Usted es el escribano auxiliar. Puede alegar que va en función de levantar el acta auxiliar del proceso. Nadie va a cuestionarlo mientras llegue con la ropa correcta y la actitud correcta.

Tomás asintió.

—¿Y qué va a decir en el interrogatorio?

—La verdad —dijo Macaria.

—¿Toda?

—La que me pregunten. Con el orden y la precisión exactos que la pregunta requiera. Ni más ni menos.

—¿Y si las preguntas están diseñadas para que cualquier respuesta verdadera parezca una confesión?

—Entonces tengo que ser más precisa que las preguntas —dijo Macaria.

El interrogatorio del día siguiente fue exactamente lo que ambos habían anticipado y peor de lo que cualquiera de los dos habría querido admitir.

La sala del juzgado era una habitación de paredes gruesas y ventana alta que dejaba entrar la luz sin dejar entrar el viento, lo cual producía una atmósfera de calor quieto que hacía difícil respirar con naturalidad. Había tres hombres sentados detrás de una mesa: don Baltasar de Echeverría en el centro, con la dignidad oficial del alcalde mayor y la expresión de quien sabe que el resultado ya está decidido pero tiene que cumplir con la forma.

A su derecha, fray Anselmo, con el crucifijo sobre el pecho y los ojos que ya no miraban a Macaria con la incomodidad de quien reconoce que ella tiene razón, sino con la determinación de quien ha elegido un lado y ya no puede no haberlo elegido. A la izquierda de don Baltasar, un funcionario del cabildo que llevaba el acta oficial y que miraba el papel con la atención de alguien que prefiere no ver lo que tiene delante.

Tomás estaba en un rincón, con su libreta, en la posición exacta que Macaria le había indicado: visible pero no en primer plano, oficial pero no protagonista.

Macaria se sentó frente a los tres sin que nadie le ofreciera asiento, porque nadie le ofreció asiento, y ese detalle fue el primero que Tomás anotó.

El interrogatorio duró tres horas.

Las preguntas de fray Anselmo buscaban instalar lo sobrenatural en cada respuesta de Macaria. ¿Había heredado prácticas de su madre? Macaria respondió que había heredado el conocimiento de plantas medicinales y la costumbre de escuchar a las personas que acudían en busca de ayuda.

¿Conocía palabras en lengua antigua? Macaria respondió que sabía algunas palabras que su madre usaba para nombrar plantas que no tenían nombre

en español, y que usarlas no era diferente de usar el latín de los rezos. ¿Había estado en el barranco la noche anterior a la desaparición de Leonor? Macaria respondió que no, que podía demostrar que esa noche había atendido a una mujer con fiebre puerperal hasta después de la medianoche.

—¿Puede nombrar a esa mujer? —preguntó fray Anselmo.

—Si ella lo permite —dijo Macaria—. No acostumbro nombrar a las personas que atiendo sin su consentimiento.

—¿Por qué?

—Por la misma razón por la que el confesionario es secreto, padre —dijo Macaria—. Porque la confianza requiere discreción.

Fray Anselmo anotó algo. Tomás también.

Las preguntas de don Baltasar eran diferentes: más directas, más orientadas a los hechos, con el tono de quien está buscando una grieta específica.

¿Cómo había sabido que Leonor estaba en el barranco? Macaria explicó que siguió las huellas del camino del Tejocote porque la procesión tenía un espacio vacío donde debería haber estado una niña.

¿Cómo había podido leer las huellas con la oscuridad de la tarde? Macaria respondió que todavía había luz suficiente y que las huellas en tierra húmeda son visibles si uno sabe buscarlas.

¿Cómo había sabido que la niña no había caído sino sido llevada? Macaria explicó punto por punto: la posición del cuerpo, la ausencia de marcas de impacto en las manos y las rodillas, la colocación de los brazos, la herida detrás de la oreja que no correspondía a ningún golpe contra piedras.

Don Baltasar la escuchó con la cara de piedra de quien escucha algo que le incomoda profundamente pero no puede mostrar que le incomoda.

—¿Cómo sabe usted qué marcas produce una caída? —dijo.

—Porque he atendido personas que han caído —dijo Macaria—. Y he visto las diferencias.

—¿Tiene formación médica?

—No. Tengo experiencia y atención. Que en muchos casos es más útil.

Don Baltasar la miró durante un momento.

—Esa afirmación es un insulto a la medicina y a la autoridad —dijo.

—No era mi intención —dijo Macaria—. Era una descripción.

Fue en ese momento cuando ocurrió lo que Tomás registró en su libreta con tres signos de exclamación al margen: Macaria miró directamente a don Baltasar y dijo:

—Señor alcalde. La herida detrás de la oreja derecha de su hija fue producida por un objeto fino y punzante, antes de que el cuerpo llegara al barranco. El médico del pueblo lo vio. El médico eligió no registrarlo en su dictamen. Eso no lo hace invisible. Lo hace parte de la pregunta que nadie en esta sala ha formulado todavía.

El silencio que siguió fue del tipo que no es silencio sino la suspensión de todos los ruidos que normalmente llena una habitación.

Don Baltasar no respondió. Fray Anselmo no respondió. El funcionario del acta dejó de escribir.

Fue don Baltasar quien rompió el silencio, con la voz de quien ha decidido que la única respuesta útil es el ataque.

—Esta mujer —dijo, mirando al funcionario del acta como si Macaria no estuviera en la sala—, está ejerciendo prácticas contrarias a la fe, ha interferido en un proceso oficial de justicia, y ha usado sus supuestos conocimientos para crear confusión donde debería haber claridad. Solicito que sea retenida para interrogatorio formal.

Fray Anselmo asintió.

Macaria no protestó. Miró a Tomás desde el otro extremo de la sala, con una mirada que no era desesperación sino instrucción: lo que anotaste, úsalo.

Tomás cerró la libreta y asintió, casi imperceptiblemente.

Lo que vino después fue la ceremonia que el pueblo necesitaba.

La condujeron a la plaza. No encadenada, porque no había cadenas en el citatorio y añadirlas habría requerido una formalidad que todavía no estaban listos para ejecutar, sino flanqueada por dos hombres que caminaban lo suficientemente cerca como para que quedara claro que no era libre de irse. La plaza estaba llena, que Macaria interpretó como señal de que la misa de la mañana había cumplido su función de reunir al pueblo con anticipación suficiente.

Frente a la iglesia, fray Anselmo inició las letanías.

Las mujeres respondían en el tono colectivo de los rezos que se saben de memoria. Los hombres se persignaban. Los niños miraban desde los hombros de sus padres con los ojos grandes de quien todavía no entiende qué tipo de espectáculo está viendo pero sabe que es importante.

Una mujer se acercó a Macaria con una tijera. Le cortó un mechón de cabello. No con brutalidad sino con la eficiencia de quien cumple un ritual. El mechón fue llevado al sacerdote, que lo examinó con una solemnidad que duró exactamente lo que necesitaba durar para que el pueblo sintiera que algo estaba siendo verificado.

Macaria no bajó los ojos durante ese proceso. Miró a la gente, cara por cara, con la atención que ponía en todas las cosas. Reconoció en la multitud a personas que habían venido al manantial de noche: la beata del hijo enfermo, el arriero de la esposa, el escribano de los papeles perdidos. Los reconoció sin que su cara dijera que los reconocía, que era la forma de discreción más absoluta disponible en ese momento.

Fue entonces cuando vio al emisario del marqués de Santillana.

Estaba en el borde de la multitud, con la ropa oscura y la cara cerrada de siempre, mirándola no con el fervor de los que rezaban sino con la atención

calculadora de quien verifica si algo está saliendo como planeó. Su presencia allí confirmaba lo que Macaria ya sospechaba: que la ceremonia de ese día no era solo religiosa sino también un mensaje destinado a alguien específico, y que ese alguien era, al menos en parte, el marqués de Santillana.

Y fue en ese momento, mientras las letanías seguían y el mechón de cabello era llevado de mano en mano entre los hombres principales del pueblo, cuando una niña pequeña se abrió paso entre las faldas de los adultos y llegó hasta Macaria. Tenía seis o siete años, cara de quien ha sido enviada a hacer algo y está concentrada en hacerlo bien. Le metió en la mano un papel doblado en cuatro, con la rapidez de quien sabe que no tiene mucho tiempo, y desapareció de nuevo entre la multitud antes de que nadie pudiera identificarla.

Macaria cerró el papel en el puño.

No lo leyó en la plaza. Lo leyó más tarde, cuando la llevaron de regreso al cuarto donde la retendrían mientras el cabildo decidía los siguientes pasos. Lo leyó con la mano extendida hacia la luz de la ventana alta, con los ojos que leían rápido cuando la situación lo requería.

Cuatro palabras escritas con la letra torpe de alguien que escribe poco pero que en ese momento necesitaba escribir: *Leonor lo escondió antes.*

Macaria dobló el papel y lo cerró en el puño de nuevo.

Leonor lo escondió antes. Antes de la procesión. Antes de que empezara todo.

El papel del corpiño no desapareció en el barranco.

Alguien lo había ocultado. Y ese alguien sabía dónde buscarlo.

Afuera, las campanas de la iglesia empezaban a sonar. No con el ritmo de las letanías sino con otro ritmo, más lento, que en San Jerónimo de los Altos solo tenía un significado: que algo había terminado o estaba a punto de terminar. Macaria no sabía todavía si ese algo era el proceso que querían construir contra ella o si era otra cosa. Pero sabía, con la certeza que le daban cuatro palabras escritas con letra torpe, que el siguiente paso ya no dependía de lo que los hombres de la sala del juzgado decidieran.

Dependía de encontrar lo que Leonor había escondido antes de que los que lo buscaban llegaran primero.

CAPÍTULO 11

La carta de Leonor

San Jerónimo de los Altos. El cuarto de retención.

El cuarto donde retuvieron a Macaria era pequeño, con una ventana alta que dejaba entrar un rectángulo de luz que se movía lentamente durante el día y desaparecía al atardecer. Tenía un catre de madera, una manta gruesa que olía a encierro antiguo, y una jarra de agua que alguien cambiaba cada

mañana sin entrar del todo al cuarto, asomando solo el brazo por la puerta entreabierta como quien prefiere no mirar de frente aquello que teme.

Macaria pasó el primer día ordenando en silencio lo que sabía, que era su manera de trabajar cuando el cuerpo no tenía más libertad que el pensamiento. Organizó los datos con la misma paciencia con que Ixchel organizaba las hierbas sobre la mesa: cada cosa en su lugar, cada relación en su lugar, cada hueco señalado como hueco porque los huecos también son información.

Tomás llegó al segundo día.

Llegó con el pretexto de un documento que necesitaba la firma de Macaria para un trámite relacionado con la casa del manantial, que era el tipo de pretexto que funcionaba en los lugares donde los papeles tienen más autoridad que las personas. El guardia lo dejó entrar con la resignación de quien sabe que los escribanos son una molestia inevitable.

Tomás entró con el documento en la mano y la libreta escondida en la chaqueta.

—¿Cómo está? —dijo, en el tono de quien pregunta algo oficial.

—Pensando —dijo Macaria, en el mismo tono.

El guardia cerró la puerta desde afuera pero no del todo, que era el acuerdo tácito de los cuartos de retención donde el prisionero no era todavía un condenado.

Tomás se sentó en el borde del catre y sacó la libreta.

—¿Qué encontró? —dijo Macaria, bajando la voz.

—Varias cosas —dijo Tomás—. Primero: Jacinta está con mi tía. Nadie la ha buscado todavía allí, pero es solo cuestión de tiempo.

—¿Puede moverla?

—Hay un arriero que sale hacia el norte el jueves. Es de confianza. Puede llevarla hasta el pueblo de su hermana si ella quiere ir.

—¿Quiere?

—Creo que sí. Pero tiene miedo de que la sigan.

—El miedo a que la sigan es más seguro que quedarse donde está —dijo Macaria—. ¿Qué más?

—El expediente avanzó —dijo Tomás—. Fray Anselmo firmó una solicitud para elevar el caso a la autoridad eclesiástica de la capital. Si eso ocurre, el proceso local queda subordinado al proceso superior y nosotros perdemos cualquier margen de maniobra que todavía tengamos aquí.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—La solicitud tarda en llegar y en ser procesada. Pero si alguien la acelera desde la capital...

—¿Santillana?

—O sus contactos en la curia —dijo Tomás—. Sí.

Macaria miró el rectángulo de luz en la pared.

—¿Y las notas de mi madre? ¿Están seguras?

—Las que usted tiene en el rebozo están aquí con usted —dijo Tomás—. Las que me dejó en copia las tengo guardadas en un lugar que no es mi casa ni el despacho.

—Bien. —Macaria bajó todavía más la voz—. Tomás. El papel que Leonor llevaba en el corpiño.

—¿El que tomó del escritorio de su padre?

—Sí. La niña que me entregó el mensaje en la plaza dijo que Leonor lo escondió antes de la procesión. No en el corpiño, entonces. En algún otro lugar.

Tomás la miró.

—¿Qué tipo de lugar escondería una niña de ocho años un papel que considera importante?

Macaria pensó en eso.

—Un lugar que solo ella conociera —dijo—. Un lugar que los adultos no revisaran porque no sabrían que era un escondite.

—¿La habitación de Leonor?

—Posiblemente. Pero si los Echeverría buscaron después de la muerte de la niña, la habitación habría sido revisada.

—¿Y si no buscaron en la habitación porque no sabían que había algo que buscar?

Macaria lo miró.

—¿Qué quiere decir?

—Que si Celso Garduño o el emisario de Santillana tomaron el papel del corpiño en el barranco, puede que crean que ya tienen lo que necesitaban y que no buscaron el resto. Pero el mensaje dice que Leonor lo escondió antes. Si lo escondió en dos partes...

—El papel del corpiño y algo más —dijo Macaria, terminando la frase.

—Sí. Algo que quedó escondido donde Leonor lo puso.

Macaria permaneció en silencio un momento.

—¿Puede entrar a la habitación de Leonor?

—No sin una razón que el cabildo acepte —dijo Tomás—. Y don Baltasar no va a permitir que nadie entre a la habitación de su hija sin que él lo autorice.

—¿Hay alguien en esa casa que pueda buscar sin que don Baltasar lo sepa?

Tomás pensó.

—Hay una criada —dijo finalmente—. La más vieja de las que trabajan en la casa. Lleva más años que Celso Garduño. Recuerdo haberla visto en el

velorio, de pie junto a la pared, mirando a don Baltasar con una expresión que no era exactamente luto.

—¿Sabe su nombre?

—Remedios. La llaman Remedios.

—¿La conoce?

—La conozco de vista. Pero hay alguien que la conoce de otra manera: la mujer que me habló de Jacinta. Ellas son de la misma parte del pueblo.

—Entonces necesito que hable con esa mujer —dijo Macaria—. Y que esa mujer hable con Remedios. Y que Remedios busque en la habitación de Leonor los lugares donde una niña de ocho años escondería algo que no quería que los adultos encontraran.

—¿Y qué busca exactamente?

—Cualquier cosa que no sea lo que debería estar allí —dijo Macaria—. Leonor era una niña inteligente. No habría escondido nada en un lugar donde parecía escondido. Lo habría puesto en un lugar donde parecía que pertenecía.

Tomás anotó eso en la libreta.

—¿Hay algo más que necesite?

—Sí —dijo Macaria—. Necesito saber si el médico del pueblo puede ser convencido de enmendar su dictamen.

Tomás vaciló.

—Eso es difícil.

—Lo sé. Pero necesito saber si es posible.

—¿Por qué cambiaría ahora si no lo hizo entonces?

—Porque entonces tenía que elegir entre la verdad y la protección de don Baltasar, y eligió lo segundo. Si ahora tiene razones para creer que don Baltasar va a caer de todas formas, la ecuación cambia.

—¿Y si don Baltasar no va a caer de todas formas?

—Entonces el médico no cambiará su dictamen —dijo Macaria—. Pero necesito saber en qué lado está parado antes de decidir si puedo contar con él.

Tomás asintió. Luego sacó el documento que había traído como pretexto y lo extendió frente a Macaria.

—Firme aquí —dijo, señalando un lugar en el papel—. Para que el guardia vea que hicimos lo que vinimos a hacer.

Macaria firmó. Tomás recogió el documento y se levantó.

—¿Cuándo vuelve? —dijo Macaria.

—Cuando tenga algo que decir —dijo Tomás.

—¿Y si tarda más de tres días?

—Entonces algo habrá salido mal —dijo Tomás—. Y si algo sale mal, usted ya sabe qué hacer.

—El arroyo del norte —dijo Macaria—. Los ahuehuetes.

—Los ahuehuetes —confirmó Tomás.

Salió. El guardia cerró la puerta. Macaria volvió al catre y al rectángulo de luz en la pared y al trabajo de ordenar lo que sabía y lo que todavía no sabía, que era el único trabajo disponible.

Tomás tardó dos días.

Cuando volvió, traía bajo el brazo un libro de propiedades del cabildo que no era el libro que a Macaria le importaba, pero que tenía el tamaño y la apariencia de un libro que podía contener cualquier cosa dentro de sus tapas.

Entre las páginas del libro venía un papel doblado. Tomás se lo pasó a Macaria con el movimiento de quien vuelve una página, y el guardia, que miraba desde el umbral de la puerta entreabierta, no vio nada que no debiera ver.

Macaria desplegó el papel sobre el libro abierto.

Era un dibujo. O más bien: era la mitad de un dibujo y la mitad de un texto, escrito con la letra irregular de una niña que escribe despacio porque quiere ser precisa. El papel estaba doblado y redoblado, como si hubiera estado guardado en un espacio muy pequeño durante un tiempo considerable. El borde derecho tenía una pequeña mancha de cera. La tinta era azul, del tipo que usaba el escritorio de don Baltasar.

Macaria lo leyó en silencio, con el libro abierto en las rodillas y la cara de quien lee algo que va confirmando lo que ya pensaba y añadiendo detalles que no había podido anticipar.

Cuando terminó, levantó los ojos hacia Tomás.

—¿Dónde lo encontró?

—Remedios lo encontró —dijo Tomás—. En el interior del muñeco de trapo que Leonor tenía sobre la cama. Descosido y vuelto a coser. La costura era diferente a la original.

—¿Remedios lo leyó?

—Dice que no sabe leer. No sé si es verdad, pero si lo dice, de momento es suficiente.

—¿Está segura Remedios?

—Por ahora. Pero conviene que no sepan que lo encontró.

Macaria miró el papel de nuevo.

—¿Qué dice? —preguntó Tomás, que no lo había leído.

—Dice nombres —dijo Macaria—. Cuatro nombres de niñas. Con una fecha junto a cada uno. Las fechas son de los últimos tres años.

—¿Niñas del pueblo?

—Dos de aquí. Dos de pueblos cercanos. Las cuatro con una característica en común: sin padre reconocido o con familia de peones. Las cuatro desaparecidas sin que nadie presentara una denuncia formal.

Tomás dejó de escribir.

—¿Cómo sabía Leonor esos nombres?

—Porque los escuchó —dijo Macaria—. Escuchó conversaciones que los adultos tenían creyendo que las niñas no prestan atención. Leonor prestaba atención. Y además de los nombres, hay algo más.

—¿Qué?

—Una frase al final, escrita con letras más grandes que el resto, como si Leonor quisiera asegurarse de que fuera lo primero que alguien viera al abrir el papel. —Macaria leyó la frase en voz baja—. *El cuarto cerrado está en la hacienda norte. La llave es pequeña y tiene una muesca arriba.*

El silencio que siguió fue del tipo que se instala cuando dos personas están mirando la misma cosa y comprendiendo al mismo tiempo lo que significa.

—La llave de Jacinta —dijo Tomás.

—La llave de Jacinta —confirmó Macaria.

—¿Y la hacienda norte?

—La hacienda que tiene convenio de uso con los Arriozábal —dijo Macaria—. La que está entre los cerros y el arroyo. La que usted mencionó en el documento que usamos para entrar a la hacienda principal.

—¿Esa hacienda tiene cuartos cerrados?

—Ahora sí sé que sí —dijo Macaria—. Lo que no sé es qué hay adentro. Pero Leonor lo sabía, o lo intuía, y por eso tomó la llave del piso del corredor. Porque reconoció que era la llave de ese cuarto.

Tomás miró la libreta donde había anotado todo.

—¿Cuándo?

—Antes de que el expediente llegue a la capital —dijo Macaria—. Eso nos da días, no semanas.

—¿Y usted está retenida.

—Sí.

—¿Cómo piensa ir a ningún lado si está retenida?

Macaria lo miró con la expresión de quien ha estado pensando en eso durante dos días y ha llegado a una conclusión que no le entusiasma pero que es la que hay.

—Necesito salir de aquí antes de que el expediente avance —dijo—. Y para eso necesito que el médico diga lo que vio. O que Brígida declare lo que me contó. O que alguien con más autoridad que don Baltasar haga una pregunta que don Baltasar no pueda responder sin exponerse.

—¿Tiene alguna de esas tres opciones disponibles?

—Tengo dos días para construirlas —dijo Macaria—. ¿Puede conseguirme papel y tinta?

—¿Para qué?

—Para escribir dos cartas —dijo Macaria—. Una para el médico y otra para una autoridad que no sea fray Anselmo ni don Baltasar. Hay un oidor que pasa por esta región dos veces al año. ¿Sabe si está en la zona?

Tomás pensó.

—No lo sé con certeza. Pero puedo averiguarlo.

—Averígüelo —dijo Macaria—. Y tráigame el papel y la tinta.

—¿Qué le va a decir al oidor?

Macaria miró el papel de Leonor una vez más, con los cuatro nombres y las cuatro fechas y la frase al final.

—La verdad —dijo—. Con la documentación suficiente para que no pueda ignorarla.

—¿Tiene esa documentación?

—Estoy construyéndola —dijo Macaria—. Lleva meses construyéndose. Solo necesita juntarse.

Tomás guardó la libreta en la chaqueta.

—¿Algo más?

—Sí —dijo Macaria—. El papel de Leonor. Guárdelo usted. No en la libreta. En el mismo lugar donde tiene las otras copias.

—¿Por qué no lo guarda usted?

—Porque si registran este cuarto, prefiero que el papel no esté aquí —dijo Macaria—. Y porque si me sacan de aquí de manera que no sea la que planeo, usted va a necesitar ese papel para lo que venga después.

Tomás extendió la mano. Macaria le pasó el papel de Leonor, doblado en cuatro, con la frase de la llave y los cuatro nombres y las cuatro fechas. Tomás lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta, junto al corazón, que era el lugar donde los escribanos que han dejado de ser solo escribanos guardan las cosas que ya no pueden dejar de importarles.

—De acuerdo —dijo.

Salió. El guardia cerró la puerta.

Macaria miró el rectángulo de luz en la pared, que a esa hora del día ya había recorrido la mitad de su trayecto y anunciaba que la tarde llegaba antes de lo que uno quisiera. Cuatro nombres. Cuatro fechas. Una llave con una muesca arriba. Un cuarto cerrado en una hacienda entre los cerros.

No era suficiente para un juicio. Todavía.

Pero era suficiente para saber que lo que habían construido los Echeverría y Santillana durante años no descansaba sobre el aire. Descansaba sobre

cosas físicas, objetos, papeles, cuartos cerrados. Y las cosas físicas podían encontrarse si uno sabía dónde buscar y tenía la llave.

Tenía la llave.

Afuera, las campanas de la tarde llamaban al rosario. Macaria las escuchó con la atención que ponía en todo. Contó los toques. Seis. Quedaban aproximadamente dieciséis horas antes de que el guardia del turno nocturno llegara con el carácter más blando del que tenía el del día.

Dieciséis horas eran suficientes para escribir dos cartas, si el papel y la tinta llegaban a tiempo.

Empezó a redactar en la cabeza.

CAPÍTULO 12

La sangre de los Arriozábal

San Jerónimo de los Altos y la hacienda norte. Días cruciales.

Las dos cartas salieron del cuarto de retención con Tomás, escondidas en el libro de propiedades con el mismo método que había traído el papel de Leonor. Macaria las había escrito en la noche, con el papel y la tinta que Tomás trajo en la segunda visita, aprovechando el turno del guardia nocturno que tenía la costumbre de quedarse dormido hacia la madrugada, lo cual no era información que nadie le había dado sino que Macaria había deducido del sonido de la respiración que llegaba por debajo de la puerta a partir de las dos horas de haberse instalado.

La primera carta era para el médico del pueblo.

No era una acusación. Era una invitación a reconsiderar, redactada con la precisión de quien conoce la diferencia entre lo que un hombre dice públicamente y lo que sabe en privado, y que apela a lo segundo sin mencionar lo primero. Le recordaba que la herida detrás de la oreja derecha de Leonor Echeverría era un dato clínico, no una interpretación, y que los datos clínicos no desaparecen porque no se registren sino que permanecen disponibles para cualquier autoridad superior que decida examinar el cuerpo. Le señalaba, con la misma cortesía que cubre una amenaza sin ser una amenaza, que si un oidor llegaba a San Jerónimo de los Altos y solicitaba una segunda opinión médica, la discrepancia entre lo que ese examen encontrara y lo que el dictamen original decía tendría consecuencias que afectarían al médico de una manera que ya no dependería de don Baltasar sino de una autoridad por encima de don Baltasar.

La segunda carta era para el oidor.

Esa sí era una acusación. Directa, documentada, firmada con su nombre completo: Macaria Arriozábal Xólotl. Incluía la descripción de la escena del barranco tal como ella la había observado, la lista de las inconsistencias en el dictamen médico, la referencia al papel de Leonor con los cuatro nombres y las cuatro fechas, y la descripción de la llave y el cuarto cerrado en la

hacienda norte. Al final añadía que el expediente que se había construido en su contra era el mecanismo utilizado para silenciarla antes de que pudiera completar la investigación, y que solicitaba respetuosamente que el oidor examinara ambos procesos en paralelo antes de permitir que el primero avanzara sin que el segundo hubiera recibido respuesta.

Tomás leyó las dos cartas antes de salir.

—¿La carta para el médico no va a ofenderlo? —preguntó.

—Un hombre que ya eligió callarse no se ofende fácilmente —dijo Macaria—. Se asusta. Y el miedo adecuado puede producir el movimiento correcto.

—¿Y la carta para el oidor?

—Es la más arriesgada —admitió Macaria—. Si el oidor está en contacto con Santillana o con la curia que fray Anselmo consultó, la carta puede volverse en mi contra. Pero si no está en contacto con ellos, es la única palanca que tenemos fuera del alcance de don Baltasar.

—¿Cómo sabe si el oidor está en contacto con ellos?

—No lo sé —dijo Macaria—. Por eso es arriesgado.

Tomás guardó las cartas en el libro y el libro bajo el brazo.

—¿Algo más que deba saber antes de salir?

—Sí —dijo Macaria—. La hacienda norte. Necesito que vaya antes de que yo pueda ir.

—¿Para qué?

—Para verificar que el cuarto existe. No para entrar. Solo para ver si la descripción de Leonor corresponde con la realidad.

—Eso es igualmente peligroso.

—Menos peligroso que llegar con la llave y descubrir que la descripción estaba equivocada —dijo Macaria—. Si el cuarto existe y la llave encaja, lo demás puede planificarse. Si el cuarto no existe, hay que replantear todo.

Tomás asintió.

—De acuerdo —dijo—. ¿Cómo entro sin levantar sospechas?

—Con el mismo pretexto del convenio de linderos —dijo Macaria—. Tiene el documento firmado del pariente de los Arriozábal. Puede alegar que necesita verificar los accesos desde el lado norte.

Tomás la miró durante un momento.

—¿Ya tenía planeado esto cuando me pidió ese documento?

Macaria no respondió de inmediato.

—Tenía planeado que podría ser útil —dijo finalmente.

Tomás salió.

Macaria pasó los días siguientes en el cuarto de retención haciendo lo que hacía siempre: pensar con la precisión que el pensamiento permitía cuando

el cuerpo no podía moverse, y escuchar. Escuchaba las conversaciones del corredor, los pasos de los guardias, el ritmo de las campanas que marcaba las horas del día, las voces que subían desde la plaza cuando el pueblo se reunía por cualquier motivo. El mundo era sonido cuando el cuarto era el único espacio disponible, y el sonido era suficiente para mantener el mapa actualizado.

El cuarto día, fray Anselmo vino a verla.

Vino solo, sin el alguacil y sin la liturgia de los interrogatorios formales, en la hora de la tarde cuando el corredor quedaba más tranquilo. Entró con el crucifijo en la mano y la expresión de un hombre que ha tomado una decisión difícil y no sabe todavía si fue la correcta.

—Hija —dijo.

—Padre —dijo Macaria.

Fray Anselmo se quedó de pie frente al catre, porque en el cuarto no había silla para visitas y el sacerdote no era el tipo de hombre que se sentara en un catre sin que se lo pidieran.

—Quiero hacerle una pregunta —dijo—. Y le pido que responda con honestidad.

—Siempre lo hago, padre.

Fray Anselmo la miró.

—¿Mató usted a esa niña?

Macaria lo miró de regreso.

—No —dijo.

—¿Lo jura?

—Sí.

—¿Por qué debería creerle?

—Por la misma razón por la que no debería creerle a un expediente construido por hombres que tienen razones para destruirme que no tienen que ver con la niña —dijo Macaria—. Porque la mentira y la verdad no se reconocen por quién las dice sino por qué sostienen. Y lo que sostiene la acusación contra mí es la conveniencia de personas poderosas, no los hechos.

Fray Anselmo guardó silencio durante un momento.

—¿Sabe quién la mató?

—Sé quién tuvo motivos —dijo Macaria—. Y sé que esos motivos no tienen nada de sobrenatural. Son motivos humanos, padre. De los que los hombres tienen cuando algo que saben amenaza con ser conocido por otros.

—¿Y puede probarlo?

—Estoy en proceso de poder probarlo —dijo Macaria—. Lo que necesito es tiempo. Y lo que me quita tiempo es el expediente que alguien construyó con el propósito de que yo no llegue a probar nada.

Fray Anselmo miró el crucifijo en su mano.

—Hay cosas que me dicen que debería ignorar —dijo, con una voz que era más pequeña que la que usaba en los sermones—. Y hay cosas que me dicen que no puedo ignorar.

—¿Qué tipo de cosas? —dijo Macaria.

—Las que se piden. Y las que se ven.

—¿Y qué ha visto usted, padre?

Fray Anselmo la miró con una expresión que no era exactamente arrepentimiento pero que se le parecía en la parte que más importa: la que reconoce que algo fue mal sin saber todavía cómo nombrarlo.

—He visto que hay personas que querían que este proceso avanzara antes de que se hicieran preguntas que debían hacerse —dijo—. Y he visto que esas personas no son las mismas que vienen a misa y rezan el rosario.

—¿Y qué va a hacer con lo que vio?

Fray Anselmo tardó en responder.

—No puedo deshacer lo que firme —dijo finalmente—. Pero puedo no firmar lo que todavía no he firmado.

Macaria lo miró.

—¿Qué está a punto de firmar?

—La solicitud para elevar el caso a la autoridad eclesiástica superior —dijo fray Anselmo—. Me la traen mañana para la firma definitiva.

—¿Y si no la firma?

—El proceso se detiene aquí hasta que haya una instrucción superior que me obligue a avanzar.

—¿Cuánto tiempo compraría eso?

—Semanas. Quizás más.

Macaria lo miró durante un momento largo, con la atención que ponía en las cosas que todavía no terminaba de entender pero que sentía como decisivas.

—¿Por qué me dice esto, padre?

Fray Anselmo miró el crucifijo de nuevo.

—Porque hay algo que mi fe me impide ignorar —dijo—. Que si una mujer inocente muere por mi firma, esa muerte me pertenece. Y yo ya tengo suficientes cosas que responder.

—¿Es usted capaz de no firmar frente a don Baltasar?

—Don Baltasar no firmó nada que me obligue a nada —dijo fray Anselmo, con algo que podría haber sido dignidad o podría haber sido orgullo herido, que en los hombres de su tipo eran con frecuencia la misma cosa—. Soy el representante de la Iglesia en este pueblo. No el empleado del alcalde mayor.

Macaria asintió.

—Padre —dijo—. Si no firma mañana, necesito que sepa que lo que dice que vio tiene que decírselo a alguien más tarde, no solo a mí. Un oidor que llegue a revisar el caso necesitará escuchar lo mismo de usted que me dijo a mí ahora.

—¿Va a llegar un oidor?

—Eso depende de una carta —dijo Macaria—. Que ya fue enviada.

Fray Anselmo la miró durante un momento. Luego se persignó, brevemente, con el gesto de quien pone algo en manos de algo más grande que él mismo.

—Rezaré —dijo.

—Hágalo, padre —dijo Macaria—. No va a estorbar.

El sacerdote salió. Macaria escuchó sus pasos alejarse por el corredor, lentos y regulares, con el peso de un hombre que ha cargado mucho y no sabe todavía si lo que acaba de hacer aligera o añade.

Al día siguiente, Tomás llegó con el libro de propiedades y la cara de alguien que ha confirmado algo que esperaba confirmar pero que de todas formas produce un impacto cuando ocurre.

—El cuarto existe —dijo, sentándose en el borde del catre sin preámbulos—. Está en el ala norte de la hacienda, detrás de una bodega de aperos. La puerta es de madera oscura con herrajes de hierro. No hay ventana.

—¿La puerta tiene una cerradura pequeña?

—Con una cerradura que corresponde a una llave pequeña. Sí.

Macaria cerró los ojos un momento.

—¿Vio algo más?

—Dos cosas —dijo Tomás—. Primera: hay una cadena nueva en el portón de entrada. Nueva, no porque la cerradura fuera vieja, sino porque alguien la cambió recientemente. Segunda: hay un hombre que no es de la hacienda viviendo en los cuartos de los trabajadores. Con aspecto de no ser trabajador.

—¿El emisario del marqués?

—No lo vi lo suficiente para confirmarlo. Pero el porte coincide.

—¿Hay alguien en esa hacienda que sea de confianza?

Tomás pensó.

—Hay una mujer que cuida las gallinas —dijo—. Habló conmigo cuando llegué. Tiene cara de llevar años esperando que alguien llegue a preguntar algo que ella pueda responder.

—¿Qué le dijo?

—Que el cuarto del ala norte está cerrado desde hace más de un año. Que a ella nunca la dejan acercarse. Y que una vez, hace mucho tiempo, escuchó desde adentro un sonido que no era de aperos.

El silencio que siguió fue del tipo que no requiere que nadie diga nada porque lo que ya se dijo es suficiente para llenar el espacio.

—¿Cuándo? —dijo Macaria finalmente.

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo podemos entrar?

Tomás la miró.

—Usted está retenida.

—Temporalmente —dijo Macaria—. Fray Anselmo no va a firmar la solicitud mañana. Eso nos da tiempo. Y con tiempo puedo salir de aquí de una manera que no sea una fuga.

—¿Cómo?

—Si el oidor llegó a tiempo y leyó la carta, puede ordenar mi liberación mientras revisa el caso. Eso es un proceso legal, no una fuga. Y si eso ocurre, tenemos quizás un día antes de que don Baltasar entienda lo que está pasando y decida actuar.

—Un día es muy poco —dijo Tomás.

—Es suficiente si sabemos exactamente adónde vamos y exactamente qué buscamos —dijo Macaria—. ¿La llave la tiene usted?

—Sí.

—¿Y las notas?

—Todas guardadas.

—¿Y Jacinta?

—En el camino al norte desde ayer. El arriero salió a tiempo.

Macaria asintió.

—Entonces todo lo que falta es que el oidor responda —dijo—. Y que la sangre de los Arriozábal sirva para algo más que para darme el apellido que nadie quiso reconocerme.

Tomás la miró.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que el convenio de uso de linderos que firmó el pariente de los Arriozábal para que usted pudiera entrar a la hacienda —dijo Macaria— lleva mi apellido. Arriozábal Xólotl. Y ese apellido, que don Baltasar despreció durante

años, es la razón legal por la que yo tengo tanto derecho a cuestionar lo que ocurre en esa hacienda como cualquier otro heredero del conde muerto.

Tomás la miró durante un momento con la expresión de quien acaba de escuchar algo que cambia ligeramente la forma de todas las piezas que tenía en la mano.

—¿Va a usar el apellido de su padre?

—Voy a usar el único apellido que me dieron sin pedirme permiso —dijo Macaria—. Que es exactamente el mismo motivo por el que me lo pusieron.

Tomás sonrió, brevemente, con la sonrisa de quien aprecia la precisión de un argumento aunque el argumento sea también una herida.

—¿Algo más que necesite?

—No —dijo Macaria—. Ahora espero.

Tomás se fue. Macaria escuchó sus pasos alejarse y se quedó sola con el rectángulo de luz en la pared, que a esa hora ya estaba cerca del suelo y anunciaba que la tarde iba a terminar antes de lo que a ella le convenía.

Pero el oidor llegó antes del amanecer.

CAPÍTULO 13

El juicio de las campanas

San Jerónimo de los Altos. El día del oidor.

El oidor se llamaba don Rodrigo de Mendieta y tenía la cara de los hombres que han visto demasiadas injusticias para ser cínicos del todo y demasiadas mentiras para ser ingenuos del todo, que era el tipo de equilibrio incómodo que produce la experiencia en quienes la ejercen honestamente. Llegó antes del amanecer con dos asistentes y una mula de carga que llevaba baúles llenos de documentos, lo cual indicaba que no venía de paso sino que alguien le había dado razones para hacer el viaje con preparación.

Macaria no lo supo hasta la mañana, cuando el guardia de su cuarto fue reemplazado por uno distinto que tenía la expresión de quien recibió instrucciones nuevas y todavía no sabe cómo afectarán su jornada. Media hora después, la puerta se abrió y entró Tomás, sin el pretexto del libro de propiedades, sin la ceremonia de los documentos, simplemente con la cara de quien trae una noticia que no es perfecta pero es la mejor disponible.

—Llegó —dijo.

—¿Lo leyó?

—Pidió verla esta mañana. Antes de hablar con nadie más.

Macaria se levantó del catre.

—¿Cómo es?

—Serio —dijo Tomás—. Y no está en buenas relaciones con don Baltasar.

—¿Lo sabe de vista o de documentos?

—De la cara que puso don Baltasar cuando supo que había llegado —dijo Tomás—. Esa cara dice más que cualquier expediente.

La entrevista con el oidor ocurrió en una sala del cabildo que no era la sala del juzgado sino una sala más pequeña, con una ventana que daba al patio interior y una mesa donde don Rodrigo de Mendieta estaba sentado con sus papeles cuando Macaria entró. No había nadie más en la sala. Eso era inusual y significativo al mismo tiempo.

Macaria se sentó sin que nadie le dijera que se sentara.

El oidor la miró durante un momento con la atención calculadora de quien ha leído algo sobre una persona y ahora verifica si la persona corresponde con lo que leyó.

—¿Es usted Macaria Arriozábal Xólotl? —dijo.

—Sí.

—¿Firmó usted esta carta? —Puso sobre la mesa el papel que Macaria había escrito en el cuarto de retención.

—Sí.

—¿Es correcta toda la información que contiene?

—En la medida de lo que yo sé, sí —dijo Macaria—. Puede haber datos que desconozco. No incluí ningún dato que no pudiera respaldar con algo concreto.

—¿Con qué puede respaldarlo?

—Con las notas de mi madre, con la libreta de un escribano auxiliar que ha documentado el proceso desde el principio, con el testimonio de una criada de la casa Echeverría que fue escondida después de que presenció eventos relacionados con la muerte de la niña, y con el papel que la propia niña escondió antes de morir.

Don Rodrigo de Mendieta la miró durante un momento.

—¿Tiene usted todos esos documentos?

—Los documentos que me corresponden directamente los tengo. Los demás están en custodia de la persona que los reunió.

—¿El escribano auxiliar?

—Sí.

—¿Está disponible?

—Está en el despacho del cabildo en este momento —dijo Macaria.

Don Rodrigo asintió. Hizo una anotación en sus papeles. Luego levantó los ojos.

—¿Usted mató a la niña Leonor Echeverría?

—No.

—¿Sabe quién lo hizo?

—Sé quién tuvo motivos y quién tuvo acceso —dijo Macaria—. Probar que fue específicamente una persona determinada requiere lo que está en el cuarto cerrado de la hacienda norte. Que es adonde lleva la llave que encontró la criada que fue escondida.

—¿Tiene esa llave?

—La tiene el escribano auxiliar. Con instrucciones de entregársela a usted si usted la solicitaba.

Don Rodrigo la miró con algo que no era exactamente sorpresa sino su pariente más cercana: el reconocimiento de que alguien ha pensado más pasos hacia adelante de lo que se esperaba.

—¿Cuánto tiempo lleva planeando esto? —dijo.

—Lo que se puede planear en un cuarto de retención —dijo Macaria—. Que es menos de lo que uno quisiera pero más de lo que la gente que pone a alguien allí generalmente calcula.

Don Rodrigo hizo otra anotación. Luego cerró sus papeles y se levantó.

—Voy a hablar con el escribano —dijo—. Y con el médico. Y con el sacerdote. Y luego voy a ir a esa hacienda. —Hizo una pausa—. ¿Hay algo que deba saber antes de hablar con alguno de ellos?

—Sí —dijo Macaria—. El sacerdote es el más difícil de los tres, pero también el más honesto. Lo que le diga en privado es más verdadero que lo que firmó en público. Empiece por él si puede.

Don Rodrigo la miró durante un momento.

—¿Por qué?

—Porque si el sacerdote habla primero, el médico tiene una razón para hablar que no depende únicamente de su propia valentía —dijo Macaria—. Y la valentía del médico es escasa. Sus intereses, en cambio, son considerables.

Don Rodrigo asintió una vez.

—¿Algo más?

—Cuídese del hombre que está viviendo en los cuartos de trabajadores de la hacienda norte —dijo Macaria—. No es trabajador. Y su presencia allí es la razón por la que hay una cadena nueva en el portón de entrada.

El oidor salió. Macaria se quedó en la sala durante un momento, sola, mirando la ventana que daba al patio interior donde la mañana estaba avanzando con su luz todavía blanda y sus sombras todavía largas.

Lo que siguió tardó casi todo el día.

Tomás le fue trayendo fragmentos por la tarde, cada vez que encontraba un momento para acercarse al cuarto donde la habían devuelto mientras el oidor hacía sus consultas. Primero: el oidor habló con fray Anselmo durante más de una hora. Cuando salió, fray Anselmo tenía la cara de alguien que ha dicho algo que no pensaba decir y no sabe si eso lo aligera o lo condena.

Segundo: el oidor habló con el médico durante menos tiempo, pero con efecto visible. El médico salió de la reunión con la expresión de alguien que acaba de calcular que el precio de mentir ya superó el precio de corregir. Tercero: el oidor fue a la hacienda norte con sus dos asistentes y la llave que Tomás le entregó. No volvió hasta entrada la tarde.

Cuando volvió, convocó a don Baltasar de Echeverría.

Esa conversación Tomás no pudo escucharla. Pero el resultado de la conversación sí era visible: don Baltasar salió de la sala con la cara de los hombres que han perdido algo que no pueden recuperar y que todavía no han encontrado las palabras para nombrarlo, lo cual es exactamente la cara que producen las verdades cuando finalmente aparecen en los lugares donde estuvieron ocultas demasiado tiempo.

La reunión pública ocurrió al atardecer, en la sala del juzgado, con los hombres principales del pueblo presentes y las puertas abiertas para que los que no cabían dentro pudieran escuchar desde el corredor. Don Rodrigo de Mendieta presidió desde la silla principal.

Macaria fue llevada a la sala con la misma ausencia de cadenas que en los interrogatorios anteriores, pero esta vez la posición de los guardias era diferente: no caminaban junto a ella como quien custodia sino ligeramente atrás, como quien acompaña. Eso también lo notó Tomás y lo anotó en su libreta.

—Lo que voy a decir —comenzó don Rodrigo, con la voz del hombre que ha aprendido que la autoridad real no necesita volumen— es el resultado de las consultas realizadas hoy y de la inspección de la hacienda norte que está bajo convenio de uso de las familias Arriozábal y Echeverría.

El pueblo escuchó.

—En la hacienda norte encontré lo que la carta de esta mujer indicaba que encontraría. Un cuarto cerrado con llave. Dentro del cuarto: documentos que prueban la participación de personas con nombre en este pueblo y fuera de él en la desaparición y daño de al menos cuatro menores de edad sin familia reconocida, en el período de los últimos tres años. —Hizo una pausa—. Lo que encontré en ese cuarto es suficiente para iniciar un proceso formal ante las autoridades competentes. El proceso no termina hoy. Pero empieza hoy.

Nadie en la sala habló.

—En lo que respecta a la muerte de la niña Leonor Echeverría —continuó don Rodrigo—, el dictamen médico original presenta omisiones que el médico del pueblo ha reconocido ante mí esta tarde. Esas omisiones serán registradas en el expediente. La investigación sobre la muerte de Leonor Echeverría queda abierta y bajo mi jurisdicción.

Don Baltasar, sentado en la primera fila, no se movió.

—En lo que respecta a Macaria Arriozábal Xólotl —dijo el oidor—, el expediente construido en su contra presenta inconsistencias que requieren revisión. Su retención queda suspendida en este momento. Podrá ser

llamada a declarar en el proceso formal, pero no como acusada sino como testigo.

El murmullo que recorrió la sala tenía distintas temperaturas según quién lo producía. Los que habían creído en la acusación con la fe de quien necesita un monstruo simple murmuraron con la incomodidad de quien descubre que la historia era más complicada de lo que quería. Los que habían dudado en silencio murmuraron con algo más parecido al alivio. Y los que sabían lo que había en el cuarto cerrado no murmuraron en absoluto.

Fue entonces cuando se levantó Brígida.

Nadie la había invitado. Había llegado sola, en un carro prestado, en algún momento de la mañana, y había esperado en el corredor durante horas con la paciencia de quien lleva décadas esperando el momento correcto para decir algo que lleva décadas guardando.

—¿Puedo hablar? —dijo, desde la puerta, con la voz de los setenta años que no se avergüenzan de su volumen.

Don Rodrigo la miró.

—¿Quién es usted?

—Brígida. Antigua criada de la casa Arriozábal. Conocí al conde don Alonso. Sé lo que intentó. Y sé por qué murió.

Don Rodrigo hizo una señal con la mano para que la dejaran pasar.

Brígida avanzó por el pasillo central de la sala con el paso lento que le permitía el cuerpo y la dignidad que setenta años de sobrevivir con los ojos abiertos le habían dado sin que nadie se la regalara. Llegó hasta la mesa del oidor y se quedó de pie, porque Brígida era el tipo de mujer que no se sienta cuando tiene algo importante que decir.

Habló durante veinte minutos.

Habló de don Alonso y de lo que descubrió. De la conversación que escuchó a medias, las niñas, el cuarto cerrado, los Echeverría y Santillana. Del duelo y de por qué no fue solo una deuda de juego. De los años que llevaba guardando eso porque no había nadie a quien decírselo sin que le costara más de lo que podía pagar.

La sala escuchó en silencio.

Tomás anotó cada palabra.

Macaria, sentada en la primera fila frente al oidor, la escuchó con los ojos fijos en la anciana, con la atención de siempre. Y en algún momento de los veinte minutos, sin que nadie lo hubiera planeado, sin que ninguna ceremonia lo marcara, sintió que algo en la sala cambiaba. No el mundo, que es demasiado grande para cambiar de golpe. Sino el peso del silencio que había estado protegiendo a ciertas personas durante demasiado tiempo.

Ese peso empezaba a caer donde siempre debió haber caído.

Cuando Brígida terminó, se hizo el silencio de las cosas que ya están dichas y que por eso ya no pueden deshacerse.

Luego empezaron las campanas.

No con el ritmo de las letanías ni con el de los castigos ni con el de las fiestas. Con un ritmo diferente, irregular, que nadie del pueblo había escuchado antes y que por eso producía en todos la misma sensación: que algo estaba terminando y que lo que empezaba después todavía no tenía nombre.

Afuera, la plaza estaba llena. Pero esta vez la multitud no miraba la tarima. Miraba la sala del juzgado con las puertas abiertas, y lo que miraba era algo que San Jerónimo de los Altos pocas veces había visto: a los poderosos escuchando a los que habitualmente no son escuchados. A un hombre viejo de ropa oscura y cara cerrada saliendo por la puerta lateral con el paso de quien sabe que ya no puede quedarse más. A don Baltasar de Echeverría sentado en la primera fila sin moverse, con la cara de los que han perdido el control del relato y todavía no han encontrado el momento de levantarse.

Y a Macaria Arriozábal Xólotl, libre por primera vez en semanas, de pie frente a la sala, mirando la plaza y el pueblo y los cerros del Tejocote que se oscurecían con la tarde con la misma indiferencia de siempre.

Tomás llegó a su lado.

—¿Cómo se siente? —dijo.

Macaria pensó en eso durante un momento.

—Como alguien que sabe que esto no terminó —dijo.

—No —dijo Tomás—. Pero empezó a terminar.

—¿Es suficiente?

Tomás la miró.

—Por ahora —dijo—. ¿Lo es para usted?

Macaria miró la plaza, el pueblo, los cerros.

—No —dijo—. Pero es lo que hay.

Y las campanas siguieron sonando con su ritmo nuevo e irregular, como si también ellas estuvieran aprendiendo a decir algo que todavía no tenía las palabras completas pero que ya tenía la intención clara.

CAPÍTULO 14

Las mujeres del manantial

San Jerónimo de los Altos y los caminos del monte. Días después.

La liberación de Macaria no cambió el pueblo de golpe porque los pueblos no cambian de golpe. Lo que cambió fue el peso del silencio: antes pesaba sobre ella, ahora pesaba sobre otros, y ese traslado, invisible para quien no

sabe mirarlo, era en realidad el cambio más profundo que podía ocurrir en un lugar como San Jerónimo de los Altos.

Don Baltasar seguía siendo el alcalde mayor. Fray Anselmo seguía predicando en la misma iglesia. El médico seguía siendo el médico. Pero los tres sabían que el oidor había abierto un proceso que no dependía de ellos para avanzar, que los documentos del cuarto cerrado estaban en manos de una autoridad que no estaba en el pueblo, y que Brígida había dicho en público lo que llevaba décadas sabiendo en privado. Y saber eso cambiaba la naturaleza de cada decisión que tomaban, cada palabra que decían, cada silencio que mantenían.

Macaria regresó a la casa del manantial esa misma noche.

La encontró en el mismo estado en que la había dejado semanas atrás, salvo por la sal en el umbral que alguien había arrojado y que el viento y la lluvia no habían terminado de limpiar del todo. Barrió el umbral. Encendió una vela. Puso agua a calentar. Hizo todo con los movimientos lentos de quien regresa a un espacio que extrañó pero que también necesita volver a llenar con su presencia antes de que pertenezca del todo de nuevo.

Tomás llegó al día siguiente.

—¿Cómo durmió? —dijo, desde el umbral, con los dos cafés.

—Bien —dijo Macaria—. La primera noche después de semanas en un catre de madera siempre duerme bien.

—¿Y hoy?

—Hoy hay que trabajar.

Tomás entró y dejó el café sobre la mesa de las hierbas.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Las notas de Ixchel —dijo Macaria—. Las que dejé con usted y las que tengo en el rebozo. Necesitan estar juntas y organizadas de manera que el oidor pueda leerlas sin necesitar que yo se las explique.

—¿Va a entregárselas al oidor?

—Una copia. El original lo guardo. —Macaria tomó el café—. Hay algo más.

—¿Qué?

—El proceso que el oidor abrió va a tomar tiempo. Meses. Quizás más. Y durante ese tiempo, don Baltasar va a buscar la manera de reducir el daño. No puede destruir lo que el oidor tiene, pero puede trabajar para que la interpretación de esos documentos favorezca su versión.

—¿Cómo?

—Con testigos que corrijan sus declaraciones anteriores. Con documentos que aparezcan de repente. Con versiones alternativas de los eventos. —Macaria bebió el café—. Por eso necesito que lo que tenemos nosotros esté tan bien documentado que cualquier versión alternativa tenga que enfrentarse a él.

—¿Y Brígida?

—Brígida habló. Pero Brígida es vieja y vive lejos y los hombres de don Baltasar saben dónde está. Necesito que su testimonio quede registrado de manera formal antes de que alguien encuentre la manera de desacreditarla.

—¿Cómo hago eso?

—Con una declaración ante el oidor, antes de que se vaya del pueblo. ¿Cuándo sale?

—Pasado mañana, según me dijeron.

—Entonces hoy —dijo Macaria—. ¿Puede conseguir que Brígida llegue al pueblo hoy?

—Puedo intentarlo —dijo Tomás—. Tiene un sobrino que le hace los mandados.

—Inténtelo.

Tomás asintió y recogió la libreta.

—¿Algo más antes de que salga?

Macaria lo miró durante un momento con la expresión de quien tiene algo que decir y está eligiendo cómo.

—Sí —dijo—. Gracias.

Tomás la miró.

—¿Por qué?

—Por la libreta —dijo Macaria—. Por las visitas al cuarto de retención. Por Jacinta. Por Brígida. Por la hacienda norte. Por todo lo que no tenía que hacer y que hizo de todas formas.

Tomás guardó silencio un momento.

—Empecé porque me parecía que había algo que no cuadraba —dijo—. Y seguí porque se volvió imposible no seguir.

—¿Cuándo se volvió imposible?

—Cuando vi la posición del cuerpo de Leonor en el barranco y nadie más parecía estar mirando lo mismo que yo miraba —dijo Tomás—. Desde ese momento ya no pude no saber lo que sabía.

Macaria asintió.

—Mi madre decía que hay cosas que se ven que no pueden dejar de verse —dijo—. Y que una vez que se ven, uno ya no puede pretender que las cosas son como eran antes.

—¿Ella también tuvo ese momento?

—Muchas veces —dijo Macaria—. La diferencia entre mi madre y yo es que ella aprendió a vivir con eso mejor de lo que yo lo he aprendido todavía.

Tomás la miró.

—¿Y yo?

—Usted lo está aprendiendo ahora —dijo Macaria.

Tomás se fue. Macaria organizó las notas de Ixchel sobre la mesa de las hierbas, con la paciencia de quien sabe que el orden es también una forma de respeto hacia lo que se ordena, y empezó el trabajo de hacer comprensible para un extraño lo que su madre había escrito para nadie más que para sí misma.

Esa tarde llegaron las primeras mujeres.

No fue planeado. O fue planeado por nadie en particular y por todas al mismo tiempo, que era como ocurrían en ese pueblo las cosas que el pueblo no sabía todavía cómo nombrar. Llegaron de dos en dos, de tres en tres, por el camino del manantial, con el paso tranquilo de quien va a un lugar al que tiene derecho de ir. Algunas traían cosas: un tazón de comida, un manojo de hierbas, un rebozo que alguien había enviado con una criada sin decir de quién era.

Macaria las recibió en el corredor, porque la casa no era suficientemente grande para todas, y las escuchó con la atención de siempre.

Eran mujeres distintas. Había indígenas de la ladera, criadas criollas, una mujer mestiza que era la esposa de uno de los hombres del cabildo, una anciana que Macaria no reconoció y que resultó ser de un pueblo vecino, una partera que había trabajado con Ixchel en tiempos pasados y que vino sola, desde lejos, porque había escuchado lo que había ocurrido y necesitaba verla con sus propios ojos para creerlo.

No formaban una sociedad secreta. No tenían un propósito declarado. Eran mujeres que habían llegado porque algo en lo que había ocurrido en los últimos días había movido algo en ellas que llevaba tiempo sin moverse. Algunas lo dijeron en voz alta. Otras simplemente estuvieron allí, tomando el atole que una de las que llegaron primero había puesto a calentar en la cocina de Ixchel sin que nadie se lo pidiera, porque esa era la manera en que las mujeres de ese pueblo sabían hacerse un lugar en los momentos importantes.

La anciana del pueblo vecino fue quien habló de manera más directa.

—Nos llaman brujas cuando no entienden cómo sobrevivimos —dijo, con la voz de quien repite algo que lleva muchos años dicho en voz baja y que ese día le parece que puede decirse un poco más fuerte.

Nadie respondió de inmediato. Pero varias asintieron, con el gesto pequeño y preciso de quien reconoce algo que ya sabía aunque nunca lo hubiera escuchado dicho así.

Macaria la miró.

—¿Cómo se llama usted?

—Lucía —dijo la anciana.

—¿Conoció usted a mi madre?

—De nombre —dijo Lucía—. De la manera en que las mujeres de estos pueblos nos conocemos sin habernos visto: por lo que hacemos y por lo que nos hacen.

Tomás llegó a media tarde, cuando el corredor todavía tenía mujeres sentadas en los bancos y en el suelo y en los escalones, y se detuvo en el umbral con la expresión de quien llega a un espacio que no le corresponde del todo pero que tampoco puede ignorar.

Macaria lo vio desde adentro y salió a su encuentro.

—¿Brígida? —dijo.

—Viene mañana con el sobrino —dijo Tomás—. El oidor la recibirá antes del mediodía.

—Bien. —Macaria miró el corredor lleno—. ¿Puede quedarse un momento?

—¿Para qué?

—Para que lo vean —dijo Macaria—. Para que sepan que no estamos solos en esto.

Tomás entendió lo que quería decir y se quedó. Se sentó en el escalón de la entrada, un poco aparte, con la libreta en la rodilla pero sin escribir, con la actitud de alguien que está presente sin ocupar el espacio que no le corresponde. Varias mujeres lo miraron. Ninguna le dijo nada. Pero que estuviera allí, en ese lugar específico, en ese momento específico, dijo lo que necesitaba decir sin que tuviera que decirlo.

Fue más tarde, cuando el corredor fue vaciándose y solo quedaban tres o cuatro mujeres que no tenían prisa por irse, cuando Macaria fue al manantial.

Lo hizo sola, en el crepúsculo, con el rebozo de Ixchel sobre los hombros. El manantial brotaba con su insistencia de siempre, echando un vapor ligero en el aire frío de la tarde. Los árboles del huerto habían crecido sin que nadie los podara durante las semanas de ausencia, y el árbol de pirul en particular tenía las ramas más bajas rozando el suelo de una manera que habría incomodado a Ixchel porque Ixchel siempre decía que el pirul necesita espacio para crecer hacia arriba y no hacia abajo.

Macaria se sentó junto al manantial con las rodillas recogidas y las manos abiertas sobre la tierra húmeda.

No rezó. No conjuró. No hizo ninguna de las cosas que le atribuían. Simplemente estuvo allí, en el silencio específico del manantial al atardecer, que era el silencio que más se parecía al silencio de Ixchel, y permitió que ese parecido existiera sin intentar convertirlo en otra cosa.

Tomás la encontró allí cuando salió a buscarla, después de que las últimas mujeres se fueron.

Se sentó a cierta distancia, sin hablar. El manantial sonaba entre los dos. Los pájaros del árbol de pirul hacían su ruido del atardecer. La luz bajaba desde los cerros del Tejocote con la misma paciencia de siempre.

—¿Está bien? —dijo Tomás, después de un rato.

—Sí —dijo Macaria—. Estoy recordando.

—¿Qué?

—Todo —dijo Macaria—. Lo que Ixchel me enseñó. Lo que aprendí sola. Lo que todavía no sé y que ella habría sabido. —Hizo una pausa—. Y lo que viene ahora, que ninguna de las dos calculó, pero que creo que ella habría reconocido.

—¿Qué viene ahora?

Macaria lo miró.

—Que el proceso del oidor va a nombrar lo que ocurrió con Leonor y con las otras niñas —dijo—. Pero no va a nombrar todo lo que sostiene que eso pueda ocurrir. El sistema que lo permitió no desaparece con un proceso. Solo... se ajusta. Se vuelve más cuidadoso. Busca otras grietas.

—¿Y entonces?

—Entonces hay que seguir haciendo lo que Ixchel hacía —dijo Macaria—. Mirar donde otros no miran. Escuchar lo que otros no escuchan. Recordar lo que otros prefieren olvidar.

Tomás asintió.

—¿Y si eso vuelve a costarle lo que le costó esta vez?

Macaria lo miró durante un momento con la atención que ponía en las cosas que importaban.

—¿Usted seguirá aquí? —dijo.

Tomás tardó un momento en responder.

—Sí —dijo—. Creo que sí.

—Entonces costará menos —dijo Macaria—. No poco. Menos.

El manantial siguió brotando. La luz terminó de bajar de los cerros y el pueblo encendió sus primeras velas de la noche. Desde el manantial, si uno se quedaba lo suficientemente quieto, podía escuchar el rumor de las voces de San Jerónimo de los Altos mezclado con el rumor del agua, que era una mezcla particular y antigua, la de un lugar que llevaba siglos siendo lo que era sin importar quién lo nombraba de qué manera.

Macaria se levantó finalmente.

—Vamos —dijo—. Mañana hay que organizar el testimonio de Brígida.

—¿Y después del testimonio de Brígida?

—Después del testimonio de Brígida —dijo Macaria, empezando a caminar hacia la casa—, empieza la parte larga.

—¿Cuánto de larga?

—Todo lo que sea necesario —dijo Macaria—. Que en estos asuntos siempre es más de lo que uno quisiera y menos de lo que el daño mereció.

Tomás la siguió hacia la casa, donde la vela que habían dejado encendida todavía brillaba en la ventana, pequeña y persistente, con la terquedad específica de las cosas que no se apagan porque nadie se ocupó de apagarlas.

Que era, quizás, la descripción más honesta de lo que Macaria Arriozábal Xólotl había sido durante toda su vida.

CAPÍTULO 15

La noche sin hoguera

San Jerónimo de los Altos. La noche que todo el mundo recuerda de manera diferente.

El plan para matar a Macaria antes de que el proceso del oidor avanzara no fue un plan en el sentido en que los planes tienen un nombre y un momento en que alguien lo propone. Fue más bien el resultado de tres conversaciones distintas que ocurrieron en tres lugares distintos en el mismo período de días, y que convergieron hacia el mismo resultado sin que ninguno de los tres que conversaron tuviera que decirle al otro lo que había concluido.

Don Baltasar lo concluyó solo, en su despacho, revisando lo que el oidor se había llevado y calculando lo que quedaba fuera del alcance de la autoridad que el oidor representaba. Lo que quedaba era suficiente para destruir a un hombre si ese hombre no actuaba primero.

Celso Garduño lo concluyó en los cuartos de trabajadores de la hacienda norte, donde llevaba días esperando instrucciones que tardaban en llegar porque el emisario del marqués de Santillana se había marchado sin darlas, lo cual era la señal más clara posible de que el marqués había decidido no arriesgarse más y que Celso estaba solo.

El emisario del marqués lo concluyó en el camino entre San Jerónimo y la ciudad, montado en el mismo caballo con el que había llegado, calculando que lo que ocurriera en el pueblo en los días siguientes ya no era su problema.

Lo que Macaria no sabía era que Tomás sí lo sabía.

No porque alguien se lo hubiera dicho. Sino porque Tomás de Arévalo llevaba semanas leyendo papeles del cabildo con la atención de quien ya no puede dejar de leer entre líneas, y entre las líneas de un registro de provisiones había encontrado una compra de madera y cuerda que no correspondía a ninguna obra pública autorizada, y esa compra tenía la fecha del día siguiente a la declaración de Brígida ante el oidor.

Fue directo a la casa del manantial.

Macaria estaba organizando las notas de Ixchel cuando llegó. Lo vio entrar con la cara que traía y dejó las notas sobre la mesa.

—¿Qué encontró? —dijo.

—Madera y cuerda —dijo Tomás—. Comprada ayer con fondos de una cuenta que no es del cabildo pero que pasa por el cabildo.

—¿Cuánta?

—Suficiente para una tarima.

Macaria asintió despacio, con el gesto de quien recibe una noticia que esperaba pero que de todas formas tiene peso cuando llega.

—¿Cuándo?

—Esta noche, probablemente. El oidor sale mañana al mediodía. Si van a hacer algo, tiene que ser antes de que salga.

—¿El oidor sabe?

—Todavía no.

—¿Puede avisarle?

—Puedo intentarlo. Pero si don Baltasar sabe que el oidor fue avisado, puede mover el plan para antes de que el oidor reaccione.

Macaria pensó en eso durante un momento.

—¿Cuántas personas saben lo de la madera?

—Las que la compraron y las que la descargaron —dijo Tomás—. Y yo.

—¿Puede confirmar adónde la llevaron?

—Al almacén que está detrás de la iglesia —dijo Tomás—. El mismo donde guardan los materiales de las procesiones.

—¿Hay alguien de confianza cerca de ese almacén?

Tomás pensó.

—El sacristán —dijo—. Es hombre de fray Anselmo, no de don Baltasar. Si fray Anselmo le dice que vigile ese almacén y avise si alguien lo abre de noche, lo hará.

—¿Puede hablar con fray Anselmo?

—Puedo intentarlo. ¿Qué le digo?

—La verdad —dijo Macaria—. Que hay madera comprada para una tarima. Que la tarima es para esta noche. Que si el sacerdote firmó papeles que no debería haber firmado y quiere que eso no sea lo último que su nombre haga en este pueblo, tiene que impedir que esa tarima se arme.

Tomás la miró.

—¿Cree que lo hará?

—No lo sé —dijo Macaria—. Pero fray Anselmo ya me hizo una pregunta que no le correspondía hacer y que indica que algo en él no está del todo tranquilo con lo que firmó. Eso no lo convierte en aliado. Pero puede convertirlo en un obstáculo útil en el momento correcto.

—¿Y usted?

—Yo voy a estar donde tenga que estar —dijo Macaria.

—¿Dónde es eso?

—Donde pueda salir si es necesario —dijo Macaria—. El arroyo del norte. Los ahuehuetes.

—¿Sola?

—No —dijo Macaria—. Las mujeres del manantial van a saber dónde estoy. Si algo ocurre, ellas saben los caminos nocturnos mejor que cualquier hombre del cabildo.

Tomás la miró durante un momento con la expresión de quien quiere decir algo y no sabe si decirlo cambia algo o solo añade complicación.

—Macaria —dijo.

—Sí.

—¿Y si fray Anselmo no puede detener la tarima? ¿Y si las mujeres no llegan a tiempo?

—Entonces salgo —dijo Macaria—. Ya lo hice antes.

—¿A dónde?

—Lejos —dijo Macaria—. Y más tarde, cuando el proceso del oidor haya avanzado suficiente para que volver no sea un suicidio, vuelvo.

—¿Cuándo sería eso?

—No lo sé. Meses. Quizás un año.

Tomás guardó silencio.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Voy a hablar con fray Anselmo.

—Tomás —dijo Macaria, antes de que saliera.

—¿Sí?

—La libreta. Guárdela en el mismo lugar que los otros documentos. Si esta noche sale mal, esa libreta es más importante que cualquier otra cosa que hayamos construido.

—Lo sé —dijo Tomás—. Ya está guardada.

—¿Desde cuándo?

—Desde el día que vi la posición del cuerpo de Leonor en el barranco —dijo Tomás—. Desde ese día supe que podía necesitarse.

Macaria lo miró durante un momento.

—Vaya —dijo.

Tomás fue.

El resto del día transcurrió con la calma específica de los días en que algo importante está a punto de ocurrir y no hay nada que hacer excepto prepararse y esperar. Macaria ordenó las notas de Ixchel hasta el final, no porque creyera que no tendría otra oportunidad sino porque era el tipo de trabajo que necesitaba estar hecho independientemente de lo que ocurriera después. Puso en el rebozo lo que necesitaba llevarse si tenía que irse

rápido: el medallón de su padre, las notas más importantes de Ixchel cosidas en el forro, la carta de Leonor en copia. Lo demás podía quedarse. Las hierbas siempre crecían de nuevo. Los morteros y los cuencos se reemplazaban. El cuaderno de remedios estaba casi de memoria.

Las mujeres llegaron sin que nadie las llamara, como el día anterior, con la diferencia de que hoy llegaron más tarde, cuando el pueblo empezaba a oscurecer y las familias cerraban las puertas para la noche. Llegaron con el paso de quien sabe para qué viene aunque no lo diga, y se distribuyeron en el corredor y el huerto y el camino hacia el manantial con la organización silenciosa de quien ha vivido suficiente en los márgenes para saber cómo moverse en ellos cuando es necesario.

Lucía, la anciana del pueblo vecino, llegó también.

—¿Vino usted de tan lejos? —le dijo Macaria cuando la vio llegar.

—Vine ayer y me quedé —dijo Lucía—. Tengo la edad suficiente para saber cuándo hay que quedarse.

—¿Sabe lo que puede ocurrir esta noche?

—Sí —dijo Lucía—. ¿Necesita que sepa algo más?

—No —dijo Macaria—. Solo que esté.

—Estoy —dijo Lucía.

Lo que ocurrió esa noche en San Jerónimo de los Altos fue narrado de tantas maneras distintas por tantas personas distintas que la versión definitiva nunca terminó de existir, que era quizás el resultado más apropiado para una historia que siempre tuvo más versiones que hechos verificables.

Lo que sí puede decirse es esto: alguien abrió el almacén detrás de la iglesia a medianoche. El sacristán los vio y corrió a avisar a fray Anselmo. Fray Anselmo llegó al almacén con el crucifijo y una autoridad que no dependía de don Baltasar y que esa noche ejerció de una manera que nadie le habría predicho dos semanas antes. Lo que dijo exactamente nadie lo transcribió, pero el resultado fue que la madera no salió del almacén.

Al mismo tiempo, en la plaza, un grupo de hombres esperaba que les trajeran esa madera. Esperaron durante un tiempo que fue haciéndose incómodo a medida que nadie llegaba con nada. La incomodidad del grupo que espera algo que no llega es específica: al principio produce impaciencia, luego produce duda, luego produce el deseo de no estar allí cuando alguien pregunte qué estaban haciendo.

El grupo se fue dispersando antes del amanecer.

Don Baltasar, que no estaba en la plaza sino en su despacho, supo lo que había ocurrido cuando el silencio se prolongó más allá del tiempo en que debería haber llegado algún ruido. Salió al corredor de su casa y escuchó el pueblo. No había nada que escuchar. Y el silencio del pueblo cuando no hay nada que escuchar puede decir muchas cosas distintas según el estado de

ánimo de quien lo escucha. Esa noche, para don Baltasar, dijo que algo había salido mal.

En la casa del manantial, Macaria escuchó el mismo silencio con la atención de quien lleva horas preparada para moverse y ha aprendido que el silencio que se prolonga más allá del momento de peligro puede significar que el peligro pasó. No siempre. Pero puede.

Esperó.

A las dos de la mañana, Tomás llegó por el camino del manantial. Llegó solo, con la linterna baja, con el paso de quien trae noticias que no son perfectas pero tampoco son las peores.

—La madera no salió —dijo desde el umbral.

Macaria exhaló.

—¿Fray Anselmo?

—Fray Anselmo —confirmó Tomás—. Estuvo en el almacén hasta hace una hora. Cuando los hombres de la plaza empezaron a dispersarse, se fue a la iglesia. No sé qué está rezando ahora mismo, pero es la primera vez en años que reza algo que no me parece calculado.

—¿Y don Baltasar?

—En su casa. El oidor fue avisado. Mañana, antes de salir, va a dejar instrucciones adicionales con el cabildo que no dependen de don Baltasar para ejecutarse.

—¿Suficientes para que el proceso continúe sin que alguien lo detenga?

—Suficientes para que detenerlo cueste más de lo que vale —dijo Tomás—. No es garantía. Pero es lo mejor disponible.

Macaria asintió.

Las mujeres del corredor y el huerto fueron saliendo de a poco, con la discreción con que habían llegado, sin despedirse con palabras sino con los gestos pequeños que no necesitan palabras: una mano sobre el hombro de Macaria al pasar, una mirada que dice lo que diría, el sonido de los pasos alejándose por el camino de tierra hacia el pueblo.

Lucía fue la última en salir. Se detuvo frente a Macaria.

—¿Mañana sigue en pie? —dijo.

—Sí —dijo Macaria.

—¿Y pasado mañana?

—También.

—Bien —dijo Lucía—. Eso es lo que importa.

Se fue. Macaria se quedó en el umbral de la casa de Ixchel mirando el camino vacío durante un momento. Luego miró el manantial, que en la oscuridad de la noche seguía brotando con su vapor y su sonido y su insistencia de siempre.

Tomás seguía en el huerto, sentado en el banco de madera que Ixchel había puesto allí hacía años y que nadie había movido porque no había ninguna razón para moverlo.

—¿Qué hace? —dijo Macaria.

—Esperando —dijo Tomás—. Por si acaso.

—Ya pasó por acaso.

—Ya lo sé. Pero me quedo un rato más.

Macaria lo miró durante un momento.

—¿Tiene hambre?

—Sí.

—Hay frijoles —dijo Macaria—. Y tortillas de ayer, que ya están duras pero con el frijol se ablandan.

—Me parece bien —dijo Tomás.

Entraron. Macaria puso el comal. Tomás encendió la vela de la cocina. Afuera, la noche seguía siendo noche, pero de la manera diferente en que es noche cuando lo que se temía ya no va a ocurrir esa noche, que es una diferencia que no tiene nombre pero que cualquier persona que la haya vivido reconoce sin necesidad de que nadie se la nombre.

El pueblo dormía. La plaza estaba vacía. La tarima no había sido armada.

Y en el cuarto de la casa del manantial, entre las notas de Ixchel y el medallón del padre muerto y las hierbas clasificadas sobre la mesa, ardía una vela que nadie había apagado porque nadie se había ocupado de apagarla, que era la misma razón por la que Macaria Arriozábal Xólotl seguía en pie cuando muchos habrían preferido que no estuviera.

No porque nadie pudiera detenerla.

Porque nadie había podido ocuparse de eso con suficiente convicción.

Y eso, en un mundo donde la convicción de los poderosos era generalmente suficiente para lo que quisiera, era exactamente el tipo de victoria que no cabía en ningún discurso pero que de todas formas era real.

EPÍLOGO

La leyenda de Macaria Xólotl

San Jerónimo de los Altos. Muchos años después.

Lo que ocurrió después fue lo que siempre ocurre después de los eventos que un pueblo no sabe cómo procesar: se convirtió en historia, y la historia se convirtió en leyenda, y la leyenda fue creciendo con cada boca que la pasaba hasta que ya nadie sabía con exactitud dónde terminaban los hechos y dónde empezaban las capas que el tiempo había añadido.

El proceso del oidor don Rodrigo de Mendieta tardó casi dos años en producir sus resultados formales, que fueron los que fueron: don Baltasar de

Echeverría perdió el cargo de alcalde mayor y parte de sus propiedades por deudas que ya no pudo seguir escondiendo detrás de la autoridad del puesto. El marqués de Santillana nunca fue nombrado directamente en ningún documento oficial, porque los marqueses raramente son nombrados directamente en ningún documento oficial, pero sus negocios en la región se contrajeron de una manera que los hombres de su clase llaman discreción y que los demás llaman lo que es: retroceso frente a la evidencia. Celso Garduño desapareció antes de que el proceso lo alcanzara y nadie lo buscó con demasiada energía, que era una manera de resolver los asuntos que también tiene nombre aunque el nombre no aparezca en los libros de jurisprudencia.

Fray Anselmo fue trasladado a otro pueblo, lejos del altiplano, en un movimiento que la curia presentó como una designación ordinaria y que todo el mundo entendió como lo que era. Se fue sin despedirse de nadie en particular, aunque el sacristán dijo después que la noche antes de partir el sacerdote estuvo en la iglesia hasta el amanecer rezando, lo cual podía interpretarse de muchas maneras y que fray Anselmo se llevó la suya a su nuevo destino sin compartirla con nadie.

El médico del pueblo nunca emitió el dictamen corregido que había prometido al oidor. Lo que sí hizo fue retirarse de la práctica antes de lo que su edad habría requerido, y vivió el resto de sus años en una casa pequeña en las afueras de San Jerónimo con la expresión de quien ha calculado que el silencio tardío es mejor que el silencio temprano pero peor que el silencio nunca, que era el tipo de aritmética con la que los hombres de su tipo aprendían a vivir.

Tomás de Arévalo se quedó en San Jerónimo de los Altos.

Eso también es parte de la historia, aunque es la parte que la leyenda tiende a omitir porque los hombres que se quedan sin hacer ruido no producen el tipo de material que las leyendas necesitan. Lo que hizo Tomás después de aquella noche fue seguir siendo escribano, primero auxiliar y luego principal cuando el anterior se jubiló, y usar ese puesto con la paciencia acumulada de quien ha aprendido que los papeles son más duraderos que las personas y que las personas duraderas son las que saben qué papeles importan.

La libreta que llenó durante los meses del caso de Leonor Echeverría fue archivada en el despacho del cabildo, en una carpeta sin nombre especial, junto a otros documentos de procesos que la institución había preferido no destacar. Allí permaneció durante décadas, disponible para cualquiera que la buscara, ignorada por quienes no sabían que estaba.

Macaria se quedó también.

Eso fue lo que más sorprendió al pueblo, que había esperado que se fuera, y que después de que no se fue continuó esperando que se fuera, y que finalmente dejó de esperar con la resignación de quien acepta que ciertas personas no se van porque tienen raíces más profundas de lo que la superficie deja ver.

Siguió viviendo en la casa del manantial. Siguió atendiendo a quien llegaba de noche con el paso de quien tiene algo que decir y no sabe cómo empezar. Siguió clasificando hierbas sobre la mesa de Ixchel y caminando por el monte con la canasta al brazo y leyendo en las personas lo que las personas no terminaban de leer en sí mismas. Lo que cambió fue el tipo de silencio que la rodeaba: antes era el silencio del miedo; después fue el silencio del respeto, que en ese pueblo se parecían mucho en la superficie pero que cualquiera que hubiera conocido los dos podía distinguir sin esfuerzo.

Las mujeres que habían llegado aquella tarde y aquella noche siguieron llegando. No siempre al mismo tiempo, no siempre por las mismas razones, pero con la regularidad discreta de quienes han encontrado un espacio que les pertenece y que no necesita nombre oficial para ser real. Lucía volvió varias veces, con el sobrino que le hacía los viajes, y cada vez que llegaba traía noticias de otras mujeres de otros pueblos que hacían cosas parecidas a las que hacía Macaria, que conocían plantas y personas y maneras de ver lo que otros no veían, y que eran llamadas con nombres distintos según el pueblo pero que se reconocían entre sí sin necesitar presentación.

Lo que el tiempo fue construyendo alrededor de Macaria Arriozábal Xólotl no fue una reputación, porque las reputaciones se construyen sobre hechos verificables y este pueblo tenía demasiados intereses en qué hechos verificar y cuáles ignorar. Lo que se construyó fue algo más antiguo y más resistente: una presencia. La clase de presencia que no se anuncia pero que todo el mundo siente, que no pide permiso pero que tampoco lo necesita, que simplemente existe en el espacio entre lo que el pueblo sabe que ocurre y lo que el pueblo prefiere no decir que sabe.

Las madres del pueblo le decían a sus hijos que no se acercaran al manantial de noche. Algunas lo decían con miedo genuino. Otras lo decían con el tono de quien da una instrucción que sabe que no va a ser completamente obedecida y que en el fondo no está seguro de que la desobediencia sea lo peor que podría ocurrir.

Las muchachas que tenían problemas que no podían llevar al confesionario llegaban al manantial con una regularidad que fray Anselmo nunca habría aprobado y que su sucesor aprendió a ignorar porque algunas batallas cuestan más de lo que valen.

Y los hombres del cabildo, los nuevos y los de siempre, la trataban con la cortesía vigilante de quien ha aprendido que hay personas a las que conviene tener de su lado aunque no se esté completamente seguro de qué lado es el suyo.

Años después, cuando Macaria Arriozábal Xólotl ya era vieja de la manera en que son viejas las personas que han gastado su vida haciendo cosas que no se desgastan, llegó al pueblo una joven investigadora de la ciudad que estaba escribiendo sobre las curanderas del altiplano novohispano y que quería hablar con ella.

—¿Qué quiere saber? —le preguntó Macaria, en el mismo banco del corredor donde Ixchel había recibido a medio pueblo durante décadas.

—Todo —dijo la joven, con el entusiasmo de quien todavía cree que todo cabe en un libro.

—Todo no cabe —dijo Macaria—. ¿Qué le importa más?

La joven pensó en eso.

—¿Cómo se sobrevive en un mundo que quiere que no existas?

Macaria la miró durante un momento con los ojos que habían visto tantas cosas que ya no necesitaban parpadear para ver.

—Mirando donde otros no miran —dijo—. Escuchando lo que otros no escuchan. Y recordando lo que otros prefieren olvidar.

—¿Eso es suficiente?

—No —dijo Macaria—. Pero es lo que hay.

La joven anotó eso en su cuaderno. Luego preguntó:

—¿Le enseñó eso su madre?

—Mi madre me enseñó a no adivinar —dijo Macaria—. A mirar. Que parece lo mismo pero no lo es.

—¿Cuál es la diferencia?

—Que la adivinación depende del que adivina —dijo Macaria—. La atención depende de lo que hay. Y lo que hay siempre es más honesto que lo que uno espera encontrar.

La joven siguió anotando. Macaria la dejó anotar durante un rato, con la paciencia que da el haber esperado muchas cosas durante mucho tiempo.

—¿Y Tomás de Arévalo? —preguntó la joven, porque había leído los papeles del archivo del cabildo y el nombre aparecía con una frecuencia que le resultaba significativa.

—¿Qué quiere saber de él?

—¿Qué fue de él?

—Se quedó —dijo Macaria—. Eso fue de él.

—¿Solo eso?

—Es suficiente —dijo Macaria—. Quedarse cuando uno puede irse es más de lo que la mayoría hace.

La joven anotó eso también. Luego cerró el cuaderno.

—¿Puedo volver con más preguntas?

—Puede —dijo Macaria—. Aunque le recomiendo que la próxima vez también traiga las respuestas que ya tiene. Las conversaciones donde solo uno de los dos pregunta se cansan rápido.

La joven se fue con el cuaderno lleno y la expresión de quien acaba de tener una conversación que va a tardar tiempo en procesar completamente.

Macaria se quedó en el banco del corredor hasta que el sol bajó detrás de los cerros del Tejocote. Luego fue al manantial, como hacía todas las tardes desde que tenía memoria, y se quedó allí el tiempo que necesitaba quedarse.

El manantial nunca se secaba.

En los años de sequía, cuando el monte se ponía amarillo desde las lomas hasta el fondo de las barrancas y los animales bajaban al pueblo buscando agua en los bebederos de los corrales, el manantial de Macaria Arriozábal Xólotl seguía brotando con la misma insistencia tranquila de siempre, como si el agua que lo alimentaba viniera de un lugar más profundo que los mismos cerros, de algún sitio donde las estaciones no mandaban.

Los hombres de San Jerónimo de los Altos atribuían esa permanencia a razones que preferían no examinar demasiado.

Las mujeres, en cambio, sabían que el agua seguía porque alguien se había quedado a cuidarla.

Y eso, aunque nadie lo dijera en voz alta, era exactamente la diferencia entre lo que los hombres del pueblo llamaban brujería y lo que las mujeres del pueblo llamaban simplemente vivir.

La última historia que se cuenta de Macaria Arriozábal Xólotl dice que una tarde, cuando ya era muy vieja, vino a verla una niña enferma traída por su madre desde un pueblo lejano. Macaria la recibió en el banco del corredor, le miró las manos, le preguntó cómo respiraba, escuchó lo que la madre decía y lo que no decía. Luego preparó algo. La niña mejoró.

La madre, al despedirse, le preguntó cómo lo sabía.

Macaria la miró.

—No sé —dijo—. Solo miré.

Y la madre se fue sin entender del todo la respuesta, que era exactamente como habían salido de ese banco la mayoría de las personas que habían llegado a él con preguntas que no esperaban que tuvieran respuesta tan sencilla.

Porque las cosas que parecen mágicas rara vez lo son.

Porque la atención, ejercida con paciencia y sin miedo, produce resultados que el miedo del mundo decide llamar de otra manera.

Porque en San Jerónimo de los Altos, como en todos los pueblos que se parecen a San Jerónimo de los Altos, el bautizo de las brujas ocurrió muchas veces y ocurrirá muchas más. Y las mujeres que recibieron ese bautizo, las que sobrevivieron y las que no, sabían algo que el pueblo no quería saber: que el nombre que les pusieron no era suyo.

Era del miedo de quien se los puso.

Y el miedo, como toda cosa que se infla demasiado, termina por desinflarse.

Lo que queda después es lo que siempre estuvo: el manantial. El árbol de pirul. Las hierbas sobre la mesa. Y alguien que mira donde otros no miran, escucha lo que otros no escuchan, y recuerda lo que otros prefieren olvidar.

Que es, en cualquier siglo y en cualquier lugar, suficiente razón para seguir.